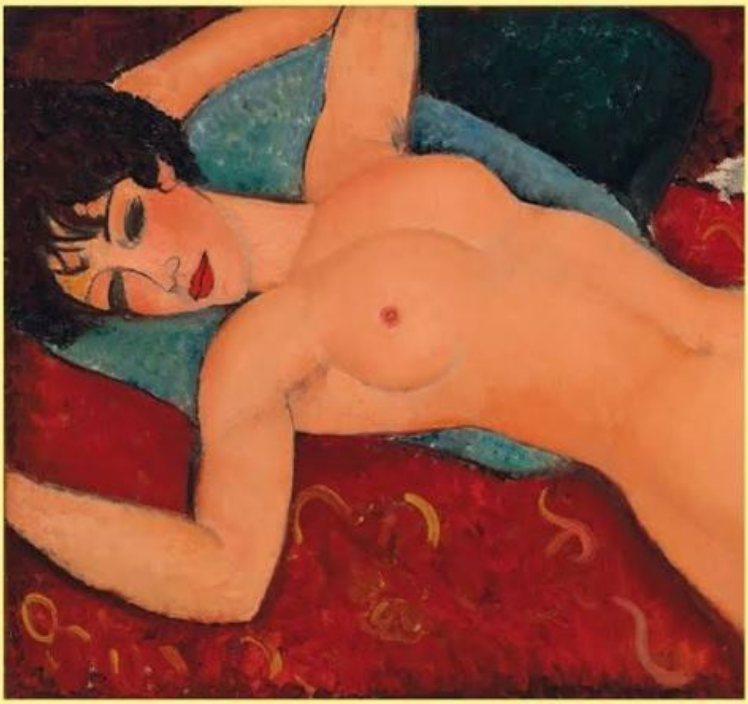
GRAHAM SWIFT

El Domingo de las Madres



Inglaterra, 30 de marzo de 1924. El Domingo de las Madres. Una jornada en la que las criadas vuelven a sus casas para visitar a sus familias. Pero Jane Fairchild, de veintidós años y que trabaja para los Niven, es huérfana, y pasa ese día de un modo muy distinto. Se cita con su amante, Paul Sheringham, el único hijo vivo de los vecinos de los Niven, que han perdido a los otros en la guerra. Jane y Paul llevan años de relación clandestina, pero ha llegado el momento de dejarlo, porque él va a casarse con una chica de su clase social dentro de dos semanas. La pareja hará el amor por última vez, pero después de despedirse sucederá algo inesperado que cambiará para siempre la vida de ella…

En los años que le quedan por delante, Jane acrecentará su interés por la lectura —a través de los libros de Conrad—, trabajará en una librería de Oxford y con el tiempo se convertirá en una novelista de éxito, en una forjadora de ficciones. Pero nunca olvidará lo sucedido aquel 30 de marzo de 1924.

Graham Swift, en la plenitud de su madurez literaria, ha escrito una novela tan concisa como deslumbrante, impregnada de erotismo, pasión y melancolía. Una bellísima indagación en los meandros del amor, en la importancia de los recuerdos que evocamos y de las historias que nos contamos, en la búsqueda de la propia identidad y en el poder transformador de la literatura.

Graham Swift

El Domingo de las Madres

ePub r1.0
Titivillus 10.02.18

Título original: *Mothering Sunday: A Romance*
Graham Swift, 2016
Traducción: Jesús Zulaika

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Candice

¡Vas a ir al baile!

Érase una vez…, antes de que mataran a los chicos y cuando había más caballos que coches, antes de que desaparecieran los sirvientes varones y en Upleigh y en Beechwood tuvieran que arreglárselas con una cocinera y una sirvienta, los Sheringham eran propietarios no sólo de los cuatro caballos de su cuadra, sino también de un ejemplar que podía considerarse un «señor caballo», un caballo de carreras, un purasangre. Se llamaba Fandango, y su caballeriza estaba cerca de Newbury. Nunca había ganado nada de nada. Pero era el pequeño lujo de la familia, su esperanza de fama y gloria en las carreras del sur de Inglaterra. El trato era que Mamá y Papá —conocidos también, en el extraño lenguaje de él, como «los ineptos»— eran dueños de la cabeza y el cuerpo, y Dick y Freddy y él de una pata cada uno.

—¿Y la cuarta pata?

—Ah, la cuarta pata… Ésa ha sido siempre la pregunta.

Durante la mayor parte del tiempo no fue más que un nombre, un nombre que no podía verse, aunque un nombre muy caro dividido en cuatro y perfectamente adiestrado. Se había vendido en 1915, cuando él tenía quince años. «Antes de que tú aparecieras, Jay». Pero una vez, hace mucho tiempo, una mañana de junio temprano, emprendieron todos una expedición extraña y disparatada sólo para verle, para ver cómo montaban al galope a Fandango, su caballo, por las colinas. Para contemplar desde la valla cómo se acercaba, atronador, con otros caballos y pasaba ante ellos como un rayo. Estaban él y Mamá y Papá y Dick y Freddy. Y —quién sabe— alguna parte interesada y fantasmal, propietaria real de la cuarta pata.

Él tenía la mano en la pierna de ella.

Fue la única vez que ella le había visto con los ojos casi empañados. Y tuvo la visión clara y nítida (la seguiría teniendo a

los noventa años) de que podría haber ido con él, de que aún podría —como en una especie de milagro— ir con él, sólo con él, y estar allí ante la valla, viendo cómo pasaba Fandango a galope tendido, levantando barro y rocío de la hierba. Nunca había vivido nada así, pero podía imaginárselo, imaginarlo con claridad. El sol aún naciente, un disco rojo sobre las colinas grises, el aire aún vivificante y frío, mientras él compartía con ella, tal vez, una petaca de tapón plateado, y, con no demasiado sigilo, le agarraba el culo.

Pero ahora ella miraba cómo se movía, desnudo salvo el sello de plata en el dedo, cruzando la habitación bañada de sol. En la vida, más tarde, nunca utilizaría gustosamente —si es que llegó a utilizarla alguna vez— la palabra «garañón» para referirse a un hombre. Pero él era talmente uno. Tenía veintitrés años y ella veintidós. Y podría habérsele considerado un purasangre, aunque ella aún no conocía esa palabra, al igual que aún no conocía la palabra «garañón». Su vocabulario no era muy extenso todavía. «Purasangre» tenía que ver con la «progenie» y el «nacimiento», lo que contaba en los de su clase. Poco importaba con qué finalidad concreta.

Era marzo de 1924. No era junio, pero sí un día que parecía junio. Y debía de ser poco después de mediodía. Se abrió de golpe una ventana, y él, sin ropa, cruzó la habitación llena de sol tan despreocupadamente como cualquier animal desnudo. Era su habitación, ¿no? Podía hacer en ella lo que le viniera en gana. Podía hacerlo, estaba claro. Y ella no había estado en ella nunca, y nunca volvería a estar.

Y también estaba desnuda.

30 de marzo de 1924. Érase una vez… Las sombras de la celosía de la ventana se deslizaban sobre su cuerpo como follaje. Una vez hubo recogido del tocador la pitillera y el mechero y un pequeño cenicero de plata, se volvió, y entonces, bajo la mata de vello oscuro y enteramente bañado por el sol, dejó a la vista su verga, y sus huevos, meros apéndices fláccidos y aún pegajosos. Ella podía mirarlos si quería, a él no le importaba.

Pero también él podía mirarla a ella. Estaba estirada, desnuda, si se exceptuaba su par —su único par— de pendientes baratos. No se

había tapado con la sábana. Y hasta había enlazado las manos detrás de la cabeza (así podía verle mejor). Pero él podía mirarla a voluntad. Regálate los ojos. Era una expresión que le había venido a la mente. Se le habían empezado a ocurrir expresiones. Regálate los ojos.

Fuera, se estiraba también todo Berkshire, orlada de brillante verdor, pletórica de trinos, bendecida en marzo con un día de junio.

Él seguía siendo un adicto a los caballos. Es decir, seguía malgastando el dinero en ellos. Era su forma de economizar: tirar el dinero. Durante casi ocho años había tenido dinero para tres, en teoría. Él lo llamaba «pasta». Pero demostraría que era capaz de arreglárselas sin él. ¿Y qué es lo que habían hecho ellos dos con el dinero de siete años —como él le recordaba a veces—?: absolutamente nada. Salvo secretismos y riesgos y astucias y la aptitud mutua de ser buenos en ello.

Pero nunca habían hecho nada parecido. Ella nunca había estado en aquella cama —una cama individual, pero espaciosa—. Ni en aquella habitación, ni en aquella casa. Si no costaba nada, era el más maravilloso de los regalos.

Aunque si no costaba nada —ella siempre podría habérselo recordado—, ¿qué pasaba con las veces en que él le había dado seis peniques? ¿O incluso tres peniques? ¿Cuando era sólo el comienzo, antes de que lo suyo llegara a ser algo… —no sabía si era la palabra correcta— serio? Pero jamás se atrevería a recordárselo. Y menos aún ahora. Ni se atrevería tampoco a utilizar la palabra «serio».

Se sentó en la cama, a su lado. Le pasó la mano por el vientre, como sacudiéndole un polvo invisible. Luego dejó encima de él el mechero y el cenicero, y siguió con la pitillera en la mano. Sacó dos cigarrillos y puso uno entre los labios fruncidos y salientes de ella, que no se había quitado las manos de la nuca. Él le encendió el cigarrillo y luego se encendió el suyo. Después de juntar pitillera y mechero y de dejarlos en la mesilla de noche, se tendió junto a ella cuan largo era, mientras el cenicero seguía a medio camino entre el ombligo y lo que hoy él, sin tapujos, llamaría alegremente el «coño».

Verga, huevos, coño. He aquí tres vocablos sencillos, básicos.

Era un 30 de marzo. Domingo. Lo que venía llamándose el Domingo de las Madres.

—Bien, hoy es fantástico para hacerlo, Jane —había dicho el señor Niven cuando Jane entró con el café recién hecho y las tostadas.

—Sí, señor —había dicho ella, preguntándose qué habría querido decir con aquel «hacerlo».

—Un día absolutamente fantástico. —Como si fuera él quien generosamente lo hubiera hecho posible—. ¿Sabes?, si alguien nos hubiera dicho que iba a hacer este día, podríamos haber preparado unas cestas y habernos ido todos de… pícnic a la orilla del río.

Lo dijo con un tono de pesar, aunque con viveza, de forma que ella, al dejar la rejilla de las tostadas en la mesa, pensó durante un instante que tal vez hubiera cambio de planes y Milly y ella tuvieran que ponerse a preparar una cesta para el pícnic. Estuviera donde estuviere la «cesta», y fuera lo que fuere lo que tuvieran que meter en ella con una antelación tan poco considerada. Y siendo como era *su* día.

Y entonces la señora Niven dijo:

—Estamos en marzo, Godfrey.

Miró con recelo hacia la ventana.

Bien, se había equivocado. El día no había hecho sino mejorar.

Pero los Niven tenían planes, y poco podría influir el tiempo para malograrlos. Iban a ir en coche a Henley a reunirse con los Hobday y los Sheringham. Dado su aprieto común —que sólo acaecía una vez al año y sólo durante una parte del día—, se reunían todos ellos para comer en Henley y solucionaban así el engorro pasajero de no tener servicio.

Fue idea —o invitación— de los Hobday. Paul Sheringham iba a casarse con Emma Hobday dentro de dos semanas. Así que los Hobday les habían sugerido a los Sheringham comer fuera juntos, ya que era una excelente oportunidad para brindar y charlar sobre el acontecimiento inminente, y de paso salvaban el escollo de índole práctica de ese domingo. Como los Niven eran vecinos y buenos amigos de los Sheringham, además de invitados distinguidos a la boda en cuestión (e iban a encontrarse en la misma situación de falta de servicio), los Niven —como le explicó el señor Niven al informarla de los planes— se habían dejado «enrolar».

Eso había aclarado meridianamente algo que ella ya sabía. Que Paul Sheringham, se casase con quien se casase, se casaba con su

dinero. Quizá se viera obligado a hacerlo, a la vista de cómo había despilfarrado el suyo. Los Hobday sufragarían dentro de dos semanas una boda fastuosa, así que ¿era de veras necesario celebrar aquel festejo apenas unos días antes? No, a menos que el dinero les sobrase. En él bien podría no pedirse otra cosa que champán. Cuando el señor Niven había mencionado la cesta del pícnic tal vez se estaba preguntando hasta qué punto podía uno fiarse de la largueza de los Hobday, o en qué medida aquella comida iba a exigir cierto sacrificio a su propio bolsillo.

Pero a ella le agradaba el hecho de que a los Hobday les sobrara el dinero. No es que tuviera nada que ver con ella, pero le agradaba. Que Emma Hobday pudiera estar forrada de arriba abajo de billetes de cinco libras, que el matrimonio pudiera ser un estudiado medio para conseguir «pasta», la complacía, o —mejor aún— la consolaba. Eran todas las demás cosas que podía implicar las que —cuando el señor Niven explicaba que a su mujer y a él les habían «enrolado» para la comida— la reconcomían.

¿Y el señorito Paul y la señorita Hobday estarían presentes en esa comida? No podía preguntarlo directamente, por vital que fuera para ella saberlo. Y el señor Niven no le facilitó esa información.

—¿Le comunicarás todo esto a Milly? Y, por supuesto, ello no debe afectar… a tus propios planes.

No era frecuente que el señor Niven tuviera la oportunidad de expresar algo semejante.

—Claro, señor.

—Un jolgorio en Henley, Jane. Una reunión de las tribus. Esperemos que el tiempo acompañe.

No estaba muy segura del significado de «jolgorio», aunque le parecía que había leído esa palabra en alguna parte. «Jol» sugería algo alegre, en cualquier caso.

—Eso espero yo también, señor.

Y ahora que ya era evidente que hacía un tiempo ideal, el señor Niven, pese a sus recientes aprensiones, se iba alegrando por momentos. Conduciría él mismo. Había anunciado ya que seguramente saldrían pronto, para «matar el rato» sin prisa y aprovechar aquella mañana espléndida. Al parecer no iba a llamar a

Alf al garaje (a cambio de un razonable estipendio, Alf hacía de convincente chófer para los Niven). De todas formas, como ella había observado a lo largo de los años recientes, al señor Niven le gustaba conducir. Prefería el placer de la conducción a la dignidad de que alguien condujera a su dictado. Le infundía un ánimo juvenil. Y, como siempre decía, con una gran variedad de entonaciones —que iban del bramido al lamento—, los tiempos estaban cambiando.

Érase una vez en que, después de todo, los Niven habrían acabado encontrándose con los Sheringham en la misa dominical.

«Tribus» había sugerido algo desenfrenado al aire libre. Ella sabía que iba a ser en el George Hotel de Henley. No iba a ser un pícnic, ya que, dado que era marzo, el tiempo podría cambiar y depararles un vendaval horrible o incluso nieve. Pero era una mañana impecablemente veraniega. Y la señora Niven se levantó de la mesa para subir a arreglarse.

No podía preguntar, ni siquiera ahora que el señor Niven se había quedado tan oportunamente solo: «¿La señorita Hobday y el…?». Por mucho que sonara a simple curiosidad de criada ociosa (¿no era la boda en ciernes el tema de conversación del momento?). Y ciertamente no podía preguntar: «Si no, ¿qué otros planes podría tener la pareja en mente?».

Si ella hubiera sido una de las mitades de la pareja prometida —o la mitad correspondiente a Paul Sheringham, al menos—, no creía que le hubiera apetecido, dos semanas antes de la boda, asistir a un «jolgorio» en Henley en el que serían objeto de una solicitud exagerada por parte de la generación que les precedía (ésos a los que él calificaría —lo veía hablando con el cigarrillo en la boca y una expresión doliente y crispada en la mirada— de «tres condenados ineptos juntos»).

Pero, en cualquier caso, aunque no consiguiera más información, aún estaba el problema específicamente suyo de aquel día (como el señor Niven sabía): qué hacer con él. El día en cuestión era penoso. El tiempo magnífico no ayudaba en absoluto. A apenas dos semanas del acontecimiento, más bien parecía arrojar una sombra más oscura.

Cuando llegara el momento, iba a decirle al señor Niven que, si no le importaba —ni a él ni a la señora Niven—, ella no iría a

ninguna parte. Se quedaría allí en Beechwood, y leería un libro —«su libro», como tal vez se referiría a él, aunque perteneciera al señor Niven—. Podría sentarse al sol en cualquier parte del jardín.

Sabía que el señor Niven no haría sino aprobar tan inocua sugerencia. Incluso podría pensar que la imagen resultaba bastante atractiva. Y, por supuesto, significaba que estaría preparada para retomar sus deberes de inmediato, en cuanto ellos volvieran. Podría encontrar algo para comer en la cocina. Milly podría incluso prepararle un sándwich antes de marcharse. Organizaría su propio pícnic.

E incluso podría haber sucedido así. El banco en el rincón del reloj de sol. Los abejorros confusos ante el buen tiempo. El magnolio ya repleto de brotes. El libro en el regazo. Sabía qué libro sería.

Así que le expondría su idea al señor Niven.

Pero entonces sonó el teléfono y —siendo como era una de sus innúmeras tareas— se apresuró a atender la llamada. Y su corazón dio un vuelco de alegría. Era una frase que se leía en los libros, pero a veces era exactamente lo que le sucedía a la gente. Y era verdad en ella en aquel momento. El corazón le dio un vuelco, como a una heroína varada en un relato. Como las alondras que oiría poco después, trinando y alzándose muy alto en el cielo azul, mientras pedaleaba camino de Upleigh.

Pero había tenido la precaución de decir, muy alto y con su mejor voz «de contestar al teléfono», a un tiempo doméstica y un tanto regia:

—Sí, señora.

Se oían campanadas de iglesia bajo el canto de los pájaros. El aire cálido entraba flotando por la ventana abierta. Él no había echado las cortinas, ni siquiera como una muestra de delicadeza para con ella. ¿Delicadeza para con ella? No hacía falta. El cuarto daba a un terreno de árboles y hierba y grava. El sol se limitaba a festejar su desnudez, desechando todo secretismo sobre lo que estaban haciendo pese a que era absolutamente secreto.

Y nunca —en los años de…, ¿cómo llamarlo?, ¿intimidad?, ¿libertad recíproca?— habían estado tan desnudos.

Regálate los ojos, había osado pensar ella, como una belleza instalada en el lecho de forma clandestina. ¿Era ella una belleza? Tenía los nudillos enrojecidos y las uñas gastadas de los de su clase. El pelo le caía por todas partes a su alrededor. Lo tenía pegado a la frente. Y sin embargo había llegado a sentir algo de la imperiosa impudicia de él, como si fuera *él* el sirviente que le traía un cigarrillo.

¡Y apenas dos horas antes ella le había llamado «señora» a *él*! Pues era su voz la que había oído en el teléfono y, pese a su súbito vértigo de criada joven, había tenido que mantener la presencia de ánimo. La puerta que daba a la salita del desayuno estaba abierta. El señor Niven seguía ocupado con las tostadas y la mermelada. A través del teléfono le habían llegado raudas, secas, insoslayables instrucciones, mientras ella decía: «Sí, señora… No, señora… Tiene usted toda la razón, señora…»

El corazón le había dado un vuelco. Regálate los ojos. Empezaba una historia.

Y menos de una hora después, cuando se bajó de la bicicleta y él le abrió la puerta principal —la abría para ella; la puerta principal, nada menos—, como si fuera una visitante de verdad y él un lacayo, se habían reído de que ella le hubiera llamado «señora». Y siguieron riéndose cuando ella lo repitió al invitarla él a entrar:

—Gracias, señora.

Y él dijo:

—Eres inteligente, Jay. ¿Lo sabías? Eres inteligente.

Era su forma de dedicarle cumplidos, como si le descubriera algo que ella jamás habría imaginado.

Pero sí, era inteligente. Lo bastante inteligente para saber que era más inteligente que él. Siempre —sobre todo en los primeros tiempos— le había superado en inteligencia. Es lo que a él le gustaba, lo sabía, que le superaran en inteligencia, e incluso, de algún modo extraño, que le dieran órdenes. Aunque no podía decirse, por supuesto, o siquiera sugerirse. Ella nunca llegó a abolir por completo —ni siquiera a los noventa años— esa reverencia interna. Siempre estaba presente el hecho establecido de la autoridad principesca de él: era quien mandaba, ¿no? Llevaba mandando cerca de ocho años. Tenía el mando. Mandaba en ella. Oh, sí, era principesco. Y ella le había ayudado a habituarse.

Pero él le había dicho que era inteligente, mientras estaban los dos de pie en el vestíbulo, casi con una humildad confesa, como si fuera el necio indiscutible, el caso perdido. Fuera, bordeando la grava, había arriates de relucientes narcisos, y dentro, al otro lado del vestíbulo, alzándose erguidos en un gran bol, unos racimos alargados de flores de un blanco casi luminoso. Luego la puerta se había cerrado detrás de ella, y se había quedado a solas con él en el interior de Upleigh House, a las once de la mañana de un domingo. Algo que jamás le había sucedido.

—¿Quién era, Jane? —le había preguntado el señor Niven.

Quizá había pensado —por lo de «señora»— que se trataba de la señora Sheringham, o incluso de la señora Hobday, con algún cambio de planes.

—Se han equivocado, señor.

—¿De veras? Y en domingo… —había dicho él, sin que en realidad quisiera decir nada especial.

Luego, mirando el reloj de pared y enrollando la servilleta, había soltado una tos ceremoniosa.

—Bien, Jane, cuando te hayas ocupado de las cosas del desayuno, puedes irte. Y también Milly. Pero antes de irte…

Y mientras decía estas palabras sacaba con torpeza la media corona que ella sabía que le esperaba y que haría a su patrón merecedor de la más aparatosa de sus reverencias.

—Gracias, señor. Es muy amable de su parte.

—Bien…, hoy es un día fantástico para hacerlo —repitió, y ella volvió a preguntarse, un tanto confusa, qué habría querido decir con aquello.

Pero él la miraba de forma sólo curiosa, no escrutadora. Luego se levantó de la silla y adoptó un aire cuasioficial.

Era extraño, aquel Domingo de las Madres que tenían por delante; un ritual ya en decadencia, aunque los Niven —y los Sheringham— seguían aferrados a él, igual que el mundo, o el mundo de ensueño de Berkshire, aún se aferraba a él, y por las mismas tristes razones: el deseo de que el pasado volviera. Y ese día los Niven y los Sheringham se aferraban unos a otros tal vez más de lo que solían hacerlo, como si se hubieran convertido en una sola

familia diezmada.

En el caso de ella era un día extraño por motivos completamente diferentes, y todo ello arrancó al señor Niven —además de la media corona— profusos aclaramientos de garganta y mucha compostura.

—Milly va a llevarse la primera bicicleta y la va a dejar en la estación para cuando vuelva. ¿Y tú, Jane…?

Ya no había caballos, pero había bicicletas. Las dos de la casa eran prácticamente idénticas —la de Milly tenía una cesta algo más grande—, pero se las conocía escrupulosamente como las bicicletas «primera» y «segunda», y Milly —merced a su mayor antigüedad— usaba la primera.

Ella se llevaría la segunda. Llegaría a Upleigh después de un trayecto de un cuarto de hora. Pero aún quedaba el asunto del permiso formal, aunque no el de ir a Upleigh.

—Si le parece, señor, yo también me iré. En la segunda bicicleta.

—Es lo que suponía que harías, Jane.

Jane podría haber dicho sencillamente «en mi bicicleta», pero el señor Niven era un incondicional de denominarlas «primera» y «segunda», y Jane había aprendido a adaptarse a esa costumbre. Sabía, por Milly, que los «chicos» —Philip y James— habían tenido en un tiempo sendas bicicletas (además de caballos) que habían acabado conociéndose como las bicicletas «primera» y «segunda». Los chicos ya no estaban, y tampoco sus bicicletas, pero por alguna extraña razón la tradición de las bicicletas «primera» y «segunda» siguió vigente en las dos bicicletas de las sirvientas, aunque éstas, por fuerza, en su versión para damas, es decir sin barra. Milly y ella quizá no pudieran considerarse damas, pero —en cierto sentido de persistencia— sí se las podía considerar vagos fantasmas de Philip y James.

Ella no había conocido a Philip ni a James, pero Milly sí, y por supuesto había cocinado para ellos. Y Milly también había conocido a «su chico», que había corrido la misma suerte que Philip y James, y quizá en el mismo rincón terrible de Francia. Y ese chico se llamaba Billy. Milly no solía pronunciar ese nombre muy a menudo; «mi chico» había llegado a hacerse tan obligatorio como los adjetivos «primera» y «segunda» para las bicicletas, así que se hacía difícil calcular hasta qué punto lo había conocido realmente. De haber llegado a casarse habrían sido Milly y Billy. Quizá «su chico»

era una ficción de Milly cuya realidad nadie podía impugnar (o tenía deseos de hacerlo). La guerra había servido a todos los propósitos.

Érase una vez… Un día llegó ella, la nueva criada, Jane Fairchild, a Beechwood, justo después de una gran devastación. La familia, como muchas otras, había ido a menos, tanto en presupuesto familiar como en sirvientes. Ya no tenían más que una cocinera y una criada. A Milly, la cocinera, dada su antigüedad, en teoría la habían ascendido también a ama de llaves, pero siguió apegada a la cocina, mientras que ella, la criada nueva y sin experiencia, pronto pasó a ocuparse de la mayoría de las tareas propias de un ama de llaves.

Pero a ella no le importaba. Adoraba a Milly.

Milly la cocinera le llevaba sólo tres años, pero como consecuencia inevitable de la pérdida de «su chico» había ganado rápidamente peso y envergadura, y hasta un aire de sabiduría atolondrada, de forma que se convirtió en la madre que tal vez había querido ser siempre. El apelativo «mi chico» empezó a sugerir incluso que el pobre chico bien podría haber sido su hijo.

Y ese domingo Milly la cocinera, si la bicicleta soportaba su peso hasta la estación, iba a visitar a su madre.

—Claro que me parece bien, Jane —dijo el señor Niven, metiendo la servilleta en el servilletero de plata.

¿Iba a preguntarle adónde pensaba ir?

—Tienes a tu disposición la segunda bicicleta, y tienes…, ejem, dos y seis[1]. Y todo el país a tu disposición. ¡Con tal de que vuelvas, claro!

Entonces, como envidiando un poco la amplia libertad que acababa de concederle, dijo:

—Es *tu* día, Jane. Puedes…, ejem…, arreglarte a tu propio albedrío.

Él sabía, a esas alturas, que tal frase no quedaría fuera de su comprensión —incluso era tal vez un delicado tributo a sus hábitos de lectura—. Milly la cocinera habría pensado quizá que «albedrío»

era una forma de acicalamiento.

Estaba claro que no podía querer decir otra cosa.

Era el 30 de marzo de 1924. Era el Domingo de las Madres. Milly tenía una madre a quien visitar. Pero la criada de los Niven tenía sólo su libertad, y media corona para acompañarla. Entonces sonó el teléfono, y su plan previo cambió rápidamente. No, no iba a organizar su propio pícnic.

Y seguramente fue más de lo que había esperado, ya que aunque el señorito Paul y la señorita Hobday no fueran a unirse al grupo de Henley, quedaba abierto el interrogante de cómo iban a pasar el día juntos. Y el interrogante seguía abierto.

Los dos tenían coche, ella lo sabía. Él a veces se refería al de ella como el «Emmamóvil». Sin duda ellos iban a arreglárselas a *su* propio albedrío, y si jugaban bien sus cartas podrían, si les apetecía, tener a su disposición cualquiera de las dos casas servicialmente vacías. Si se pensaba en ello, a lo largo y ancho del país aquel día habría un buen número de casas temporalmente vacías, y por ende utilizables para citas secretas. Y si ella conocía a Paul Sheringham…

Exactamente. Lo conocía y no lo conocía. Lo conocía mejor que nadie en ciertos aspectos —siempre estaría segura de ello—, aunque sabía también que nadie más debía saber nunca cuánto lo conocía. Pero lo conocía lo bastante para saber en qué aspectos no era conocible. No sabía lo que estaba pensando ahora, allí tendido a su lado, desnudo. A menudo pensaba que no pensaba en nada.

No sabía cómo se comportaba con Emma Hobday. No sabía hasta qué punto lo conocía Emma Hobday —la señorita Hobday—. No conocía a Emma Hobday. Sólo la había entrevisto una o dos veces, así que ¿cómo iba a conocerla? Sabía que era guapa, de un modo… «floral». Era el tipo de mujer que podía tener un nombre de flor, que vestía ropas floreadas. Pero no tenía la menor idea de cómo era, por así decir, bajo esas flores. ¿Cómo iba a tenerla? Paul apenas hablaba de ella, aunque iba a casarse con ella. Y eso, pese a revelarle lo poco que conocía a Paul Sheringham, constituía un misterio reconfortante.

Lo que parecía estar sucediendo, extrañamente, era que Paul Sheringham y la señorita Hobday, cuanto más se acercaban al

matrimonio, menos tiempo pasaban en mutua compañía. Había oído de casos en los que las novias y los novios no debían verse durante un día (¿o era tan sólo una noche?) antes de la boda, pero lo de ellos era una especie de versión ampliada de esa práctica, y venía durando ya cierto tiempo. Sin duda él debería mostrarse más ansioso en su papel de novio expectante.

Así que la expresión le llegó como la frase de un libro, y tal expresión adquirió de pronto un significado real: «matrimonio concertado».

Era lo máximo que podía esperar. No es que realmente le sirviera de gran ayuda, pero si por cualquier razón —una combinación de flores y dinero— Paul estaba prestándose a una componenda de ese tipo, entonces aquel día… —lo había pensado incluso mientras servía el desayuno y el señor Niven hablaba de cestas de pícnic—, aquel día que había empezado con un sol tan prometedor podía ser la última oportunidad. No sabía si de él o de ella, y mucho menos si de ambos.

En cualquier caso, estaba preparándose para perderlo. ¿Estaba preparándose él para perderla a ella? Ella no tenía derecho a esperar que él lo viera de ese modo. ¿Tenía algún derecho a pensar que lo estaba perdiendo? Nunca había sido suyo, exactamente. Pero oh, sí, sí lo había sido…

No sabía cómo sería perderlo; no quería pensar en ello, aunque tenía que perderlo. Quizá lo único que pensaba la mañana de aquel Domingo de las Madres, cuando servía el desayuno en Beechwood, era que si él jugaba bien sus cartas ese día, ella querría que las jugara con ella. Algo de esperanza. Entonces sonó el teléfono. «Se han equivocado». El corazón le había dado un vuelco.

—«Los ineptos» se van a ir dentro de nada. Voy a quedarme solo. A las once en punto. Por la entrada principal.

Había hablado con un fuerte suspiro, como visualizando exactamente el aprieto en que la estaba poniendo, por mucho que estuviera en el umbral de la salita del desayuno. Era una orden, una orden cortante, pero modificadora. Y ella había escuchado —o había parecido que escuchaba— con paciencia cortés, como si quien le hablaba fuera alguien obtusamente parlanchín que aún no hubiera caído en la cuenta de que se había equivocado.

—Lo siento enormemente, señora, pero se ha equivocado de

número.

Cuán diestra se había vuelto en siete años. Diestra imitando sus «enormemente». Y en otras cosas. Pero aún tenía que asimilarlo: los dos a solas en la casa vacía. Nunca había sucedido antes. La entrada principal. Nunca la habían invitado a ninguna entrada principal. Aunque a veces, en los primeros tiempos, él pudiera haber empleado esa expresión para referirse a su vía de acceso al ayuntamiento.

—No se preocupe, señora.

Al masticar ruidosamente su tostada con mermelada, el señor Niven tal vez había restado algo de brillantez a su actuación impecable.

—Se ha equivocado de número —explicó.

Y el señor Niven le había dado media corona.

¿Y si el señor Niven hubiera sabido las cosas que un día había hecho ella por Paul Sheringham —a Paul Sheringham—, sí, por sólo seis peniques, y a veces por menos? Y luego, no mucho después, por nada, por nada en absoluto, ya que el interés mutuo en la transacción había abolido toda necesidad de compra.

Aunque cuando, con ochenta o noventa años, le pedían, como habrían de pedirle, incluso en entrevistas públicas, que rememorara sus años mozos, sentía que podía afirmar con justicia (aunque, por supuesto, nunca lo hizo) que una de las condiciones más tempranas de su vida fue la de prostituta. Huérfana, criada, prostituta.

Dio unos golpecitos en el cigarrillo para echar la ceniza en el cenicero que adornaba su vientre.

Y amante secreta. Y amiga secreta. Él se lo había dicho en una ocasión: «Eres mi amiga, Jay». Se lo había dicho en un tono tal de declaración… Y ella había sentido como un vahído. Jamás le habían dicho eso; nadie le había llamado así nunca, y de forma tan decisiva, como si estuviera diciendo que no tenía otro amigo, que acababa de descubrir, de hecho, lo que podía ser un amigo. Y ella no iba a contarle a nadie tal revelación reciente.

Había hecho que su cabeza flotara. Tenía diecisiete años. Había

dejado de ser prostituta. Era amiga. Mejor quizá que amante. No es que «amante» figurara ya entonces en su vocabulario probable, o siquiera en su pensamiento. Pero tendría amantes. En Oxford. Tendría muchos, y habría de hacer hincapié en ello. Pero ¿cuántos de ellos eran amigos?

¿Y era Emma Hobday, pese a ser su prometida, su amiga?

En cualquier caso, como amigos o quizá incluso como amantes, o sólo como el señorito Paul Sheringham y la nueva criada de Beechwood, a quien él había visto un día en la oficina de correos de Titherton, habían hecho toda suerte de cosas juntos, en toda suerte de lugares secretos. Las dos casas se hallaban a apenas kilómetro y medio de distancia, si se tomaba la carretera secundaria, y luego, necesariamente, se atravesaba el jardín. El invernadero y la parte en desuso de las cuadras eran dos de sus opciones. Y habían hecho esas cosas llevados por una intuición extrañamente fiable —en rigor no podía considerarse un horario— que se había convertido en un hábito, en una telepatía de amigos verdaderos. Como si todo les sucediera siempre por un supuesto azar que ambos sabían que no lo era.

Así que… ¿eran realmente amantes?

Porque en todo caso era tal la intensidad y la extraña gravedad de lo que experimentaban, tal la conciencia de que, cuando menos hacían mal (el mundo entero guardaba luto a su alrededor), que era necesario compensarlo con cierta levedad: reírse tontamente. A veces parecía de hecho que lograr la risita tonta del otro era el objeto real de todo ello, una meta arriesgada cuando otro factor esencial era que bajo ningún concepto debían descubrirles.

Y lo curioso del asunto era que incluso ahora, con sus modos afables, su aire de superioridad y su pitillera de plata, seguía habiendo una risita en su interior, allí dentro, incluso ahora que se habían convertido en consumados, graves, certeros adictos a aquello que hacían juntos. A él, de pronto, sin explicación alguna, sin aviso previo, aún podía brotarle de la refinada envoltura externa una explosiva risita cacofónica, como si se estuviera haciendo añicos un molde.

Pero ahora estaba desnudo, no había molde que pudiera hacerse añicos. ¿Y por qué iba a reírse tontamente, además? Era su último día.

Había pedaleado con fuerza de Beechwood a Upleigh. Al principio, dado que el señor y la señora Niven no habían salido aún, se había cuidado muy mucho de que no la vieran ir demasiado rápido en la bicicleta, o tomar el camino de Upleigh. Tras la verja de salida había torcido con naturalidad hacia la derecha en lugar de hacia la izquierda. Pero luego, después de un par de recodos, había acelerado con ímpetu.

Ya cerca de Upleigh, había hecho algo que nunca había hecho antes. No se acercó por la habitual senda trasera que bordeaba el jardín, ni tampoco dejó la bicicleta escondida en el familiar macizo de espinos para continuar a pie, con cautela. Lo hizo por la carretera principal, cruzó osadamente las verjas de la finca de Upleigh y enfiló el camino de entrada flanqueado de hileras de tilos y remolinos de narcisos.

Era lo que le había indicado que hiciera —lo que le había ordenado que hiciera—. La puerta principal. Sólo cuando traspuso las verjas en la entrada cayó en la cuenta de lo extraordinario que era todo aquello, de aquella dádiva sin precedentes —sí, era *su* día —. ¡La puerta principal! Y él debió de querer ver cómo llegaba, porque en cuanto ella paró la bicicleta cerca del porche la puerta —o más bien una de ellas (eran dos hojas imponentes: altas, de un negro satinado)— se abrió como impelida por una milagrosa fuerza propia.

Ella no lo sabía con certeza —aunque habría de saberlo pronto —, pero el dormitorio de él daba al camino de entrada. Él podría haberse hecho visible unos instantes —si es que ella lo hubiera buscado con la mirada— en la ventana abierta de la primera planta. Pero se hizo visible de pronto, de todas formas, cuando avanzó un paso desde el otro lado de la puerta —que parecía abrirse sola— para oír cómo ella volvía a llamarle «señora» mientras ella oía cómo él la llamaba «inteligente». Ella había dejado la bicicleta apoyada contra el muro de la fachada. El pasillo, más allá del vestíbulo, era de baldosas de escaques blancos y negros. Y había frondas de flores de un blanco intenso.

—Mi madre tiene unas orquídeas preciosas. Pero no estamos aquí para admirarlas.

Y la condujo —o, mejor, la fue empujando por el trasero— escaleras arriba.

Entonces quizá era el turno de que la llamaran «señora» a ella, pues, una vez dentro de la habitación, él empezó a desnudarla casi de inmediato, como no lo había hecho nunca antes —o, más bien, como si no hubiera tenido nunca la oportunidad de hacerlo—. ¿Podía decirse en sentido estricto que la había «desnudado» *alguna vez*?

—Quédate ahí, Jay. No te muevas.

Al parecer quería que Jane se quedara allí de pie, sin moverse, mientras sus dedos poco a poco le soltaban los botones y le quitaban la ropa, que iba cayendo a su alrededor. No era una operación en absoluto diferente, por tanto, de la que ella llevaba a cabo a veces cuando la señora Niven le pedía con cansancio que la «desvistiera». Sólo que —no podía negarlo— en la forma en que él la desnudaba había una reverencia que ella nunca había dispensado a su señora. Él la estaba desnudando como si la despojara de unos velos. No lo olvidaría nunca.

—No te muevas, Jay.

Entretanto, pudo mirar a su alrededor en aquel dormitorio insólito en el que no había estado jamás. Un tocador —con un espejo de tres hojas— atestado de pequeños objetos (de plata, en su mayoría). Un sillón con tapicería de rayas, oro sobre *beige*. Cortinas de dibujo parecido, completamente descorridas (¡mientras la desnudaba!) y ligeramente trémulas. Una ventana abierta. Una alfombra gris azulada clara, del color del humo de cigarrillo suspendido al sol, y un sol que entraba a raudales. Una cama.

—¿Qué es esto, Jay? ¿Tu tesoro escondido?

Sus dedos habían encontrado algo en los recovecos de la ropa.

Una moneda de media corona.

Era el Domingo de las Madres de 1924. El señor Niven la había visto alejarse sin prisa en la bicicleta, ya que acababa de llevar el Humber hasta la explanada de la entrada principal para esperar allí a la señora Niven. Ella suponía que la mayoría de las veces el señor Niven «desvestiría» a la señora Niven, en caso de que ella no pudiera hacerlo sola. ¡Qué palabra, «desvestir»! Suponía que la señora Niven, de cuando en cuando, le diría: «Desvísteme, Godfrey», de modo diferente a como podía decírselo a su criada. O que el

señor Niven le diría de un modo asimismo diferente: «¿Puedo desvestirte, Clarrie?».

Suponía que el señor y la señora Niven aún podían… de vez en cuando. Por mucho que unos ocho años atrás hubieran perdido a dos «chicos valientes». Pero no sólo lo suponía. En ocasiones había visto la prueba incuestionable (al cambiar las sábanas).

No sabía —ni siquiera en el Domingo de las Madres— cómo sería ser madre y perder dos hijos —en ese mismo número de meses, al parecer—. O cómo tendría que sentirse esa madre el Domingo de las Madres. Ningún hijo llegaría ese día a casa con ramilletes de flores o bizcochos de frutas…

Pero Paul Sheringham iba a casarse dentro de dos semanas y era el hijo que les quedaba. Y por supuesto los Niven asistirían a la boda. Era (y cómo lo sabía) el niño mimado de ambas familias.

Ahora el señor y la señora Niven estarían en el coche, sentados el uno al lado del otro, surcando el sol vivo de primavera en dirección a Henley. Antes que todos ellos, Milly había salido por las grandes puertas de hierro de Beechwood para coger el tren de las 10.20 procedente de Titherton. Y la casa de Upleigh había quedado oportunamente vacía —a excepción de ellos dos—, ya que el señor y la señora Sheringham («los ineptos») también habían salido camino de Henley, y a la cocinera y a la doncella, Iris y Ethel, las había llevado a la estación de Titherton el mismísimo Paul Sheringham.

Sólo entonces se lo dijo, mientras la desnudaba; o, mejor —dado que ella enseguida se quedó desnuda en el dormitorio soleado—, mientras ella, en reciprocidad, de pie, empezó a desnudarle, a «desvestirle» a él.

—He llevado a Iris y a Ethel a la estación.

Era algo que no había necesidad de decir. ¿Tenía alguna relación con lo que estaban haciendo ellos ahora? Y era algo —pensó ella luego— que no tenía por qué haber hecho. En una mañana como aquélla, Iris y Ethel se habrían ido encantadas caminando. Upleigh estaba aún más cerca de la estación de Titherton que Beechwood.

¿Era su forma de explicarle por qué la había telefoneado tan angustiosamente tarde? ¿O de asegurarle que la casa era toda para

ellos sin peligro alguno? Había llevado él mismo a sus sirvientas.

Pero lo había dicho con una gravedad insólita… Como si deseara que ella supiera —pensaría ella más tarde— que aquel día disparatado él —siendo como podía ser el más señorial de los señores— había adoptado el papel secundario. No sólo le había ofrecido su casa, y le había abierto la puerta dócilmente a su llegada, y luego la había desnudado como si fuera su esclavo, sino que asimismo, con tal talante, había rendido un servicio a sus criadas, gente de su clase.

—Al de las 9.40. Las he llevado en el coche de papá y mamá.

Ahora el automóvil de sus padres estaría quizá aparcado en alguna calle de Henley. El suyo, guardado en la cuadra convertida en garaje, era un vehículo atrevido, descapotable; un biplaza, en realidad.

Quizá lo hiciera todos los años, lo de llevarlas a la estación. Quizá era una tradición de los Sheringham. Pero entonces dijo:

—Quería despedirme de ellas como es debido.

¿Una despedida como es debido? Estarían de vuelta para la hora del té. No se iban para siempre.

¿Era un circunloquio para decir que eso era lo que él le estaba dispensando a ella? ¿Una despedida como es debido? No pudo pensar mucho en ello en aquel momento, ya que, en cuanto él se quedó también desnudo y echó rápidamente la ropa sobre el sillón, junto a la de ella, los dos fueron directos, sin más ceremonia, al lecho.

Pero pensaría en ello luego. Durante toda la vida visualizaría la escena: las dos mujeres, temerosas y calladas, en la parte trasera de la gran berlina negra, y él al volante, como si fuera un chófer. En la explanada de la estación él les habría abierto la portezuela y les habría tendido la mano para ayudarlas a apearse con la misma atención cortés con la que le había quitado a ella la ropa. Iris y Ethel tal vez pensaron incluso que les iba a dar un beso a cada una.

Se pasaría la vida tratando de visualizarlo, de recuperar la memoria de aquel Domingo de las Madres, por mucho que se fuera alejando más y más y por mucho que el mero hecho de existir se hubiera convertido en una rareza histórica, en una costumbre de otra época. Cuando las dejó en la estación, los lejanos penachos blancos del tren de las 9.40 con destino a Reading se divisaban ya

en el luminoso cielo azul. En el andén había dos o tres mujeres de la misma condición que Iris y Ethel, a la espera de emprender viajes semejantes (ninguna de ellas sería Milly la cocinera, que llegaría más tarde para coger el tren de las 10.20).

Todas las criadas… Todas las madres sacaban con diligencia lo que tenían por su mejor porcelana. Todas las criadas tenían madres a las que visitar.

Conocía a la criada de Upleigh. Se llamaba Ethel Bligh. Pobrecilla. Había hablado con ella; se encontraban cuando iban a hacer recados a
Sweeting's,
la tienda de comestibles de Titherton. Sus charlas pocas veces llegaban a ser conversaciones, y tampoco se asemejaban mucho al cotilleo. La cocinera de Upleigh era una mujer robusta, del estilo de Milly, pero Ethel era una criada liviana y ágil, un poco como ella misma. Con una Ethel de otro tipo quizá no sólo habría cotilleado —las dos apoyadas en las bicis a la salida de
Sweeting's
—, sino que habría compartido hasta risitas, unas risitas discretas parecidas a las que tenía con Paul Sheringham.

Pero ni aun así le habría contado a esa Ethel lo que se traía entre manos con el señorito Paul Sheringham. O, más probablemente, esa Ethel distinta ya lo habría sabido de alguna forma, o al menos adivinado. O, mejor aún, esa otra Ethel se le adelantaría y sería la primera, o ya había sido la primera, teniéndola él tan a mano al vivir los dos bajo el mismo techo.

Así que era preferible, de hecho, que Ethel no fuera esa otra Ethel, sino tan sólo una buena sirvienta que, sin necesidad de esforzarse demasiado, cumplía con eso que suele pedírseles a todas las sirvientas: no ver nada, no oír nada, y sobre todo mantener la boca cerrada.

Ethel iría a casa de su madre con el mismo espíritu manso y sumiso con el que un día ofreció sus servicios a la señora Sheringham. Al final, ambas actitudes se parecerían tanto que no podrían distinguirse la una de la otra.

¿Cotilleaba Ethel con Iris? Seguramente. En el tren, después del

trayecto en coche con Paul Sheringham, ¿se habían puesto de pronto a pegar la hebra? ¿Y sobre qué? ¿Sobre el hecho de que el señorito estaba a punto de casarse y a punto de… dejarlas?

¿O se habían sumido en un silencio aún más profundo, tan poco acostumbradas como estaban a verse en el mundo exterior, y a recordar que tenían una vida, e incluso una madre? ¿O se habían quedado aleladas y se habían limitado a parpadear ante aquella Inglaterra soleada y salpicada de corderos?

Entretanto, Paul Sheringham la desnudaba religiosamente a ella.

—No te muevas, Jay.

Y mientras la desnudaba, y como respondiendo a una pregunta que ella no le había hecho, dijo:

—Estoy empollando, Jay. Las asignaturas. Es lo que estoy haciendo ahora. Empollar mis libros de derecho.

Eso podría haberles arrancado una risita a cualquiera de los dos, pero no lo hizo. Lo había dicho con apremio instructivo; como si, en caso de que le preguntaran —la interrogaran— al respecto, la estuviera aleccionando sobre lo que tenía que decir (que Paul estaba estudiando sus libros de derecho).

Ello pasaría a formar parte del código íntimo e inconfesable de ella, y, en cualquier caso, llegaría a simbolizar todo aquello que no podía decirse. Ya nunca podría oír aquella frase a la ligera, ni siquiera en Oxford, donde sin duda se «empollaba» intensamente.

Pero había sido su ardid para librarse de la celebración de Henley y para conseguir que la casa quedara libre para él —para los dos— ese día. Era también, pulcramente, una especie de promesa virtuosa respecto de sus responsabilidades futuras. Cuando Emma Hobday y él se casaran y se trasladaran a vivir a Londres (sabía que era eso lo que harían, y lo aceptaba no sin una gran congoja) y él diera los primeros pasos para convertirse en un hombre honrado incluso para ganarse la vida con su trabajo —con independencia de su nuevo acceso a la «pasta»— estudiando la carrera de abogado.

Cómo podían cambiar los tiempos, ciertamente.

Incluso entonces, en aquella mañana gloriosa, él mostraba su determinación de ceñirse a ese plan simulando que se había puesto ya a «empollar» en serio. No era propio de él, no se ajustaba a su

carácter, pero tampoco podían oponérsele objeciones de peso. Quizá el hecho de que faltaran sólo dos semanas —así lo estarían dando por descontado entre risitas en Henley— había despertado en él ese súbito arrebato de conciencia.

Pero él sabía y ella sabía —¿lo sabía la señorita Hobday?— que el novio en cuestión tenía menos intención de convertirse en abogado que de convertirse en lechuga.

—Estamos empollando, Jay.

Por si alguien preguntaba.

Aunque aún quedaba una pregunta sin responder, nadie la había hecho todavía. Ella no se atrevía a hacerla, ni quería hacerla. Era él quien tenía que decir algo al respecto.

Suponiendo que él (ellos) no se pasara empollando el día entero, ¿qué otros planes tenía en mente con la señorita Hobday?

Estaban tendidos uno al lado del otro, destapados, y echaban la ceniza en el cenicero, sin hablar, contemplando cómo el humo de ambos cigarrillos se alzaba y se fundía bajo el techo. Durante un rato bastó ese humo compartido. Ella pensó en los penachos de humo blanco de los trenes. Sus cigarrillos, que de cuando en cuando se alzaban en vertical sobre sus labios, eran como chimeneas gemelas en miniatura.

Fuera sólo se oía la cháchara de los pájaros, y dentro el silencio extrañamente audible, de aliento contenido, de la casa vacía, y la leve ondulación del aire sobre sus cuerpos, recordándoles que, pese a estar los dos con la mirada fija en el techo, estaban completamente desnudos. Dos peces en un plato blanco, pensó ella. Dos salmones rosados en un aparador, a la espera de los invitados, invitados a una boda que, de hecho, nunca llegarían…

Ella no quería decir, preguntar nada que pudiera malograr la posibilidad de seguir así para siempre.

Se llamaba «relajación», pensó, una palabra que no solía figurar en el vocabulario de una criada. Ella poseía ya muchas palabras que normalmente no entraban en el vocabulario de las criadas. Incluso la palabra «vocabulario» podría contarse entre ellas… Las reunía tal como aquellos pájaros de afuera hacían acopio de material para sus nidos. ¿Y, tendida en aquella cama, seguía siendo una criada? ¿Y

seguía siendo él el «señor»? Era la magia, la política perfecta de la desnudez.

Más que relajación: paz.

Mientras con una mano sostenía el cigarrillo, con la otra le frotaba suavemente, sin mirar, la verga húmeda, y sentía cómo ésta se agitaba casi de inmediato, como un polluelo dormido. Lo hacía como si llevara haciéndolo toda una vida, como una duquesa ociosa acariciaría a un cachorro. Apenas unos momentos antes esa mano estaba echada hacia atrás para asir uno de los postes de latón de la cama —de aquella cama en la que nunca había yacido— y la otra se pegaba a la zona más baja de la espalda —la palma seguía plana pero los dedos hurgaban— y presionaba con fuerza el punto donde su verga parecía unirse con el espinazo. Era ella quien estaba al mando: ¿qué órdenes podían poseer más fuerza, ser más imperativas? Sin embargo, él le había ordenado a ella: la puerta principal.

Ahora parecía que lo que acababan de hacer no había hecho más que abrir una vía de acceso a la región suprema de la total y mutua desnudez.

Paz. Era la verdad de todos los días; era la manida verdad de cualquier día, pero aquel día era más verdad que los demás: no había habido nunca un día como ése, no lo habría ni podría volver a haberlo jamás.

El cigarrillo de ella se estaba consumiendo. Desplazó el pequeño cenicero —sin duda estaba en su derecho— hasta la franja de sábana que había entre ambos. Era su vientre, podía haber dicho; no era una mesa, no quería que él aplastara la colilla sobre él, contra el cenicero, por mucho que quizá le habría gustado que lo hiciera. Y cómo recordaría aquel cenicero que había descansado con frialdad sobre su vientre.

Entonces deseó no haber sido tan quisquillosa o impertinente, deseó no haber hecho nada en absoluto.

Él se quitó el cigarrillo de los labios y simplemente lo sostuvo, erguido, sobre su propio vientre.

—Tengo que verme con ella a la una y media. En el Hotel Swan de Bollingford.

Aparte de eso, no se movió; pero fue como si se hubiera roto un hechizo. Era, por otra parte, algo que ella debería haber previsto. Aunque pensó que, merced a alguna mágica dispensa, acaso podía hacer oídos sordos a ese «debería». ¿Y el resto del día? Una parte de él no podía (¿o sí?) durar eternamente. Un fragmento de una vida no puede ser la totalidad de ella.

No se movió, pero quizá se vio alterada por dentro. Como si de nuevo estuviera vestida invisiblemente con su ropa, e incluso estuviera volviendo a ser una sirvienta.

Y tampoco él se movió, como si esa inmovilidad contrarrestara —desmintiera— lo que acababa de decir. No tenía por qué acudir obligatoriamente a la cita, ¿no? ¿Quién lo decía? No tenía por qué hacer ninguna maldita cosa que no tuviera ganas de hacer, ¿no? Podía quedarse allí y hacer caso omiso de la cita.

Y había dicho con «ella», no con «Emma». Era como un especie de repudio compartido por ambos. Y había dicho «tengo que».

Casi había terminado el cigarrillo.

No se movió, y tampoco se movió ella, como si en realidad él no hubiera dicho nada. Aunque también como si el hecho de moverse lo más mínimo —o, más aún, de emitir algún sonido, alguna palabra—, equivaliera a reconocer que sí lo había dicho, y que por ende tuviera que atenerse a las consecuencias.

Al fin y al cabo —volvía a vestir de forma fantasmal su ropa de sirvienta—, no estaba en sus atribuciones hablar, sugerir o hacer otra cosa que servir. Los años de aprendizaje la habían condicionado. Los señores son criaturas con estados de ánimo y antojos. Pueden ser amables contigo en un momento dado, pero al siguiente… Si chasquean los dedos o dan un grito, tienes que saltar. O, mejor, tomártelo con calma, seguir adelante, no ponerte rabiosa. Sí, señor. Sí, señora. Y siempre —y en eso residía la mitad del meollo— estar preparada para cumplir con tu obligación.

Entonces se le ocurrió que se le podía dar la vuelta por completo a todo aquello. A aquel día al revés. Estaba tendida con él en la cama de su dormitorio, como si fuese su mujer, y él le estaba consultando sin el menor tapujo si debía o no ir a ver a su problemática prometida. Algunas parejas —algunas parejas de su clase— podían hacer eso realmente. ¿Y no era aquélla, en el fondo, una situación de ésas? Él aún no estaba casado. Con ninguna de las

dos. Ella y Emma Hobday eran dos iguales.

Él no dijo nada, como si un silencio lo bastante largo tras su comentario sobre la cita, pese a su aparente exigencia de puntualidad, pudiera revocar cualquier cosa. Era perfectamente capaz de tal desdén por la corrección. Capaz de una cosa y de otra. Y no había sido poco honrado, ¿no? Lo único que no había hecho era actuar en consecuencia. Era su forma de ser: se portaba mal, pero no mentía sobre ello.

Y había tenido el detalle de llevar a Ethel y a Iris a la estación.

Y ella no iba a decir, como alguna esposa enormemente permisiva: «Entonces será mejor que te vayas, ¿no?». ¿Le estaba él pidiendo que lo hiciera?

Su largo silencio tal vez le otorgaba a ella un poder —o una sumisión— creciente. Pero el momento para que él dijera «Pero creo que tenemos todo el día, Jay, ¿no te parece?» estaba pasando. Mientras ponía la mano donde había estado el cenicero. O un poco más abajo.

Tenía que suceder. Iría a encontrarse con ella y comería con ella y, de un modo u otro, andando el día, quizá tendría acceso (autorizado) a ella. Si es que tenían ese tipo de relaciones. E incluso tal vez la llevara a esa casa para tenerlas. A ese mismo dormitorio. No le había preguntado cuándo pensaba que volverían «los ineptos». Era él quien debía ocuparse de ese detalle. En aquel momento apenas habrían acabado de sentarse a la mesa en Henley.

Y entonces, con los planes de él para el almuerzo flotando de pronto en el ambiente, aunque con la ropa de ambos aún mezclada y amontonada en el sillón, su momento —el de ambos— estaba pasando ya. Él no disponía de mucho tiempo.

¿Momento? Era una palabra demasiado mezquina. ¿Hora? ¿Día? ¿Regalo? Pero se les estaba yendo, como el día se estaba yendo ya del mediodía. Él debió de mirar el pequeño reloj de pared, o su reloj de bolsillo de plata —que estaba encima del tocador—, cuando se levantó para ir a coger el paquete de cigarrillos.

Y estaba la inalterable verdad de que todo aquello podría no haber sucedido en absoluto. Y sí, debía estar agradecida, eternamente agradecida. «Quería despedirme de ellas como es debido». Ella aún podría estar dando vueltas en bicicleta por Berkshire.

Y, con la misma connivencia, él podría haberla llevado a casa a «ella». Podría haber llamado por teléfono a la residencia de los Hobday. «Ella» habría tenido que responder con las mismas argucias y fingimientos. ¿Se comunicaban de esa forma? Luego se habría presentado allí en su coche, haciendo crujir la gravilla. El Emmamóvil. Y estaría allí con él *ahora*.

Pero no podía imaginárselo. Su vestido de flores sobre el sillón, su ropa interior de seda. La que estaba realmente en aquella cama era ella: ¿no debería sentirse agradecida? Aunque él fuera a estar allí tendido con la otra más tarde. Dos en el mismo día. ¿Era eso posible? En el Swan a la una y media. No era capaz de imaginarlo.

En el fondo de su mente estaba el pensamiento enrevesado de que si la que iba a ser su esposa lo iba a ser en virtud de un matrimonio en cierto modo «acordado», entonces el acuerdo tal vez incluía la condición de que la novia fuera inmaculada, intocada, virgen, como si el novio fuera a casarse con un florero. Y, por improbable que pudiera ser eso —que se hubiera prometido con un florero—, alguna verdad debía de haber en ese pensamiento, o tal vez algún otro motivo para su falta de entusiasmo de novio a punto de desposarse. Si es que ese motivo no era el hecho mismo de estar ahora tendido con ella en el lecho.

En cualquier caso, tras minutos de mera inmovilidad, de casi desafiante inercia, él se movió de pronto, y con un exceso de agitación de los miembros. El colchón entero se bamboleó como una barca. Cogió el cenicero que resbalaba y aplastó la colilla contra él con furia bárbara.

Y fue entonces, al levantar él una rodilla para equilibrar la conmoción, cuando ella sintió el hilillo entre los muslos: la simiente de él abandonándola, junto a los líquidos propios. Tenía otras palabras diferentes de «simiente», pero le gustaba ésa. Podría haber sucedido en cualquier momento, pero el hecho de que estuviera sucediendo ahora, y de que lo hiciera rezumando tristeza, era casi como una réplica súbita. Bien, le iba a resultar difícil estar aquí más tarde con ella, con la floral, si es que tal cosa era parte de su plan.

A menos que estuviera a punto de decirle —seguía siendo una criada, aunque no suya— que cambiara las sábanas.

Era una controversia tosca. Algo de lo que los animales —que no hacen votos matrimoniales ni tienen sirvientes— dependen. Marcan su territorio.

Y no iba a decirle, ahora que lo veía de pie y con la decisión casi tomada: «Por favor, no te vayas. Por favor, no me dejes». No pertenecía a ese mundo superior en el cual se escenificaban esos dramas. Y esas cosas, de todas formas, le inspiraban un humilde desprecio. Como si no supiera utilizar —pero no era su mujer; la cosa era al revés— un lenguaje diferente, más sosegado pero más fiero. O la bala de una mirada.

En cualquier caso, había un hilillo entre sus muslos.

Él se movió por la habitación. Quizá sólo iba a consultar la hora. Lo veía de nuevo en su más hosca desnudez. Sí, sin la ropa andaba de forma diferente; andaba como un animal.

Al llegar al tocador se volvió para mirarla, con el reloj en la mano. Ella, por su parte, no se había movido, no había osado moverse. No tenía más que la rodilla (en teoría seductora) alzada, más que su desnudez abierta para hacer que él reconsiderara su postura. Él se lo estaba pensando, con no mayor incomodidad —una vez más— por estar mirándola que por la exhibición de su propia persona. Su verga estaba un poco más llena, pero seguía colgándole. Ahora daba cuerda al reloj con naturalidad, y lo hacía a tientas mientras la miraba a ella.

—Son casi menos cuarto. Si me doy prisa, aún puedo llegar a tiempo. Nos encontraremos a medio camino. En el Swan. Conoce a la gente del hotel. Ha sido idea suya.

Como si ella, la criada de Beechwood, supiera algo acerca del Hotel Swan de Bollingford, o cuánto se tardaba en llegar desde allí en coche. Pero ¿los comensales de Henley sabían lo de esa cita? Los jovencitos iban a tener su propia comida íntima. Bien, nada que reprocharles. Teniendo en cuenta que él se había pasado meritoriamente toda la mañana con sus libros de derecho.

Y ahora le quedaba la pequeña tarea de vestirse, de ponerse presentable, de volver a armar su persona exterior. No parecía tener prisa para hacerlo. La miró: sus ojos la recorrieron de arriba abajo. Seguramente había reparado en la pequeña mancha entre sus muslos.

Ella nunca le había visto —ni siquiera cuando se daba verdadera

prisa— la menor muestra de precipitación o de nerviosismo impropio. Salvo cuando —pero eso le pareció de pronto algo de hacía mucho mucho tiempo— todo tenía lugar con la urgencia insoslayable de la adolescencia. A veces ella le había dicho: «Más despacio». E incluso había añadido, como si fuera ducha en esas lides: «Es mejor más despacio».

Bien, ahora sí eran duchos en esas lides. Él no había conocido a ninguna mujer mejor, estaba segura. Ni ella a ningún hombre. Se leía en la forma en que él la miraba. Y en la mirada que ella le devolvía.

Mientras estaba mirándole, se le antojó difícil reprimir las lágrimas que le venían a los ojos, por mucho que supiera que permitir que le afloraran, utilizarlas, habría sido una forma de fracaso. Debía ser valiente, generosa, implacable, a fin de hacerle aquel último regalo posible de sí misma.

¿La olvidaría algún día, allí tendida en su cama?

Pero él no tenía prisa. El sol que entraba por la ventana lo iluminaba de lleno. Un par de franjas de sombras le cruzaban el torso. Terminó de dar cuerda al reloj. El trayecto en coche que le esperaba se estaba haciendo inviable en tan corto espacio de tiempo.

Ella no sabía cómo había adquirido él tal seguridad. Tiempo después, al recordarlo, se maravillaría ante ella, y casi la asustaría el hecho de que él la poseyera entonces. ¿Era algo propio de su clase? ¿Algo innato? ¿Venía con el hecho de no tener nada que hacer en particular? ¿Salvo estar seguro? Pero eso, seguramente, le llenaría a uno de inseguridad. Por otra parte, ser abogado, sólo abogado —hasta lo sentía por él, viéndolo encorsetado en un traje oscuro de abogado—, no podría sino despojarle de esa seguridad.

Pensó, fugaz y desvariadamente: Supón que ella, Emma, la señorita Hobday, venga a recogerle de todas formas. Supón —era 1924, la época moderna— que ha decidido por sí misma venir aquí, en su coche, a recogerle. Para darle una sorpresa, y hacer que dejara de «empollar» derecho. En un día tan precioso. Ruedas sobre la grava. Su voz floral —con un ligero toque equino— gritando hacia arriba, al ver la ventana abierta y sabiendo que era su dormitorio.

«¡He venido a buscarte, Paul! ¿Dónde estás?».

¿Qué pasaría después? No tenía la menor duda de que, de una forma u otra, él habría manejado la situación con la seguridad que le caracterizaba. Con el anillo de sello por todo indumento. De pie en la ventana.

«¡Emsie, cariño! ¡Qué sorpresa! Espera un segundo a que me ponga la camisa, ¿de acuerdo?».

¿Y cómo habría manejado ella —la criada de los Niven, en la residencia de los Sheringham— la situación?

En el tocador, a su lado, estaban todos los pequeños accesorios de su vida, con valor sentimental o con alguna finalidad, todos ellos piezas de un tesoro personal expuesto. Cepillos de pelo y peines. Gemelos y pasadores de cuello en estuches. Fotos en marcos de plata. Predominio de la plata (a la que sacaba brillo Ethel). Las criadas tenían que limpiar el polvo constantemente, por no hablar de la limpieza a fondo que debían dedicar a tal despliegue de objetos, con la norma expresa de no mover ninguno de ellos de su sitio. Bien, era más fácil de mantener que el tocador de una mujer.

Si a alguien le educan con tal batería de objetos «adheridos» a él, con tal abanico de enseñas personales, tal vez le resulte fácil sentirse seguro. Y qué decir del contenido de su guardarropa, en el vestidor contiguo —ella lo había visto fugazmente cuando él la empujaba hasta el interior del dormitorio—. Todas sus prendas distinguidas colgadas en perchas. Amén de las muchas otras posesiones diseminadas por la casa.

Todo lo que ella poseía y vestía podía guardarlo en una simple caja. Si un día tuviera que irse con precipitación —algo que siempre podía ocurrirle—, podría hacerlo perfectamente.

Pero eran esas pequeñas fruslerías, esas alhajas de chiquillo las que parecían afirmarlo, confirmarlo. El anillo de sello. El reloj de bolsillo. Los gemelos. Cuando estuviera vestido, antes de marcharse, recogería la pitillera y el encendedor con sus iniciales grabadas. Se pasaría el cepillo por el pelo, se peinaría con el peine de concha. Sus dos hermanos debieron de llevarse un surtido completo de ese tipo de cosas —la mayoría de ellas quizá recién compradas (y capaces de levantarles la moral)— cuando se fueron a Francia para no volver nunca más. Brochas de afeitar con el mango de marfil, ese tipo de cosas. Ellos, los hermanos, estaban ahora en aquel tocador, en marcos de plata. Ella los había visto en cuanto entraron en el

cuarto. Debían de ser Dick y Freddy. Los dos con gorras de oficial. Nunca los había visto antes. ¿Cómo podría haberlos visto?

Los había estado mirando mientras él la desnudaba.

Salió con paso suave del dormitorio y entró en el cuarto de baño. Aún con el sello por único indumento. No estuvo mucho tiempo. Sólo tenía que enjabonarse y aclararse, que hacer lo que los hombres hicieran. Es decir, quitarse de encima todo rastro reciente de ella. Ella pensaría en eso más tarde.

Le pareció que el cuarto la acorralaba durante su breve ausencia; acaso para reivindicarla como parte del mobiliario. No se movió. Siguió allí tendida como un objeto inanimado, aunque la carne le hormigueara. Él no le había indicado que *tuviera* que moverse, que, ahora que él se había levantado, lo propio era que ella lo imitara. Antes al contrario. No fue ninguna sorpresa para él, cuando volvió, que ella siguiera tenazmente tendida en la cama. Era, al parecer, lo que esperaba, lo que quería que hiciera.

Ahora emanaba de él un perfume que a ella podía haberle encantado si no hubiera borrado el aroma más dulce de su sudor. También pensaría sobre eso más tarde, sobre el hecho de que se hubiera puesto colonia. Pero seguía desnudo y sin prisa aparente. Se había traído del vestidor una camisa blanca limpia, un chaleco gris claro y una corbata. Pero al parecer el resto de su atuendo iba a consistir en lo que había tirado encima del sillón un rato antes. Podría haberse vestido completamente en el vestidor, pero quizá tenía por costumbre hacerlo así, vestirse a la luz de la ventana, junto al tocador y sus espejos en ángulo. Quizá el vestidor era un mero guardarropa.

Pero parecía no tener el menor deseo de separarse de ella, por mucho que estuviera a punto de irse. Era, en cierto modo, todo para ella: que viera cómo se vestía, que viera cómo desaparecía poco a poco su desnudez. O simplemente que viera que no le importaba. La seguridad en sí mismo, el distanciamiento, la inexplicable falta de prisa. ¿Tenía que marcharse ella también? Pero él no dijo nada, y ella siguió, como si ahora sí se lo hubiera ordenado, donde estaba, mientras él la recorría con la mirada sin dejar de seguir vistiéndose.

Debió de notar la mancha. Pero formaba parte de su fino desdén

no reparar en ella. Como no repararía en la ropa que hubiera dejado amontonada en el suelo; volvería a él lavada y planchada y colgada en el vestidor. Eran cosas de las que debían ocuparse con discreción gente que se ocupaba de eso. Y ella, por lo general, era una de ellas. Formaba parte del ejército mágico que hacía posible tal despreocupación de los señores. ¿Iba él a decirle, antes de marcharse, que se ocupara de aquel caos? ¿Iba a brindarle la ocasión fácil de recordarle que no era su criada?

Pero mientras él la miraba —y seguramente miraba aquella humedad incriminatoria—, ella comprendió que aquella pequeña escena sórdida se hallaba muy lejos de sus pensamientos. Otro tipo de indiferencia hacía que no le importara algo tan nimio como una mancha en la sábana. ¿Era una mancha que debía quitarse, igual que ella debía «quitarse» —y no era una mancha— de su cama? Sí, él *quería* que ella se quedase allí, cuando tal vez hubiera sido su rol, en otra vida, en otra historia más común y cómica, bajar corriendo las escaleras poniéndose la ropa. Era deseo de él, antes de irse, verla allí, tenerla allí, completamente desnuda y…, quién sabe, ocupando, inamovible, su dormitorio, de forma que su imagen quedara en él, marcándole a fuego la memoria, aun cuando se estuviera yendo a ver a su… florero.

Allí tendida, estaba haciendo lo que debía hacer, lo mejor que podía hacer. Lo entendía, aunque entendiera también que el hecho de seguir allí tendida había perdido toda su fuerza, todo alegato en contra de que se fuera. Se estaba yendo, era evidente. Y, por alguna razón que ella no alcanzaba a comprender, quería que ella se quedara allí mirándole mientras exhibía su desnudez, mirando cómo se vestía, cómo volvía a la vida que era suya.

¿Por qué lo hacía todo tan despacio?

El dormitorio estaba ahora lleno de una luz y una calidez inhabituales en aquella época del año. El minutero de su reloj debía de estar ya muy próximo a la una (o incluso la sobrepasaba). La línea oscura en el reloj de sol del jardín de Beechwood —donde ahora estaría ella sentada, con un libro en el regazo— se habría movido en círculo un buen tramo. No alcanzaba a apreciar bien la carátula del pequeño reloj del tocador, custodiado por los dos hermanos, uno a cada lado.

¿Hubo alguna vez un día así? ¿Podría volver a haber alguna vez

un día así?

Sería cosa de Ethel, cayó en la cuenta, ocuparse de aquella mancha, de la humedad. Ethel, que ahora, imaginó, estaría sentada en una casa llena del grato aroma de una carne de vacuno asada (en un día tan cálido, cuando con unas lonchas de fiambre de jamón habría bastado). Sentada donde su madre le habría dicho que se sentase, que no se levantase ni moviese un dedo. Era su día libre, ¿no? Aquel día todo era diferente, todo era especial. «Habla con tu padre un rato, Ethel». Si es que Ethel aún tenía padre, o un padre aún sano y en sus cabales. Para poder disfrutar de esas horas de celebración, de honra de la madre, ésta bregaría en la cocina, y luego, en compañía de su padre, pasaría una semana untando pan en la salsa del asado.

Pero Ethel, al volver horas después a sus tareas, cuando quizá «los ineptos» ya habían vuelto a casa también, tonificados —aunque fatigados— por su excursión al sol y necesitados de atención, tendría que cambiar las sábanas del dormitorio del señorito Paul, porque no había podido hacerlo antes, y vería la mancha. Ethel iba a ver la mancha sin falta, ya que entre sus obligaciones estaba tanto ver esas cosas como hacerlas desaparecer rápidamente para que pareciera que no habían existido nunca.

Hasta Ethel, que horas antes había estado sentada como una reina ante un asado de carne, sabría a qué se debía aquella mancha. Para las de su profesión era de lo más normal toparse con ellas en los dormitorios. Tanto es así que, en las dependencias del servicio, se conocían a veces como «hallazgos». Había otras expresiones más o menos ingeniosas (incluida la de «mapa de las Islas Británicas»). En caso de que tuviera que darse algún debate sobre el particular, se las llamaba formalmente «emisiones nocturnas» —lo cual no abarcaba necesariamente todas las posibilidades, y acaso no le aclararía las cosas lo bastante a una sirvienta nueva de dieciséis años—. Los jovencitos —o ya no tan jovencitos— tenían emisiones nocturnas que, dejando a un lado el hecho de que podrían haber sido más considerados en la forma de tenerlas, debían desaparecer rápidamente.

Todo eso lo había asimilado ya antes de llegar a Beechwood,

cuando la mandaron brevemente, como parte de su «formación» y en período de prueba, a una gran casa que precisaba servicio extra durante la época veraniega. En ella había cinco chicas de servicio, y, Dios santo, lo que hablaban algunas de ellas.

Había muchas emisiones que no tenían lugar en solitario y no eran, específicamente, emisiones (o ni siquiera tenían por qué ser nocturnas), y la mayoría de las criadas, haciendo uso de sus dotes de deducción, percibían la diferencia y, apurando tales dotes, incluso sacaban conclusiones respecto a cómo se habían producido exactamente tales «emisiones». Pero de eso no se hablaba; ni se reconocía siquiera que tuviera lugar en sus casas. Aunque era una de las cosas que podía hacer interesante el trabajo de una criada. Todas aquellas manchas, todas aquellas combinaciones. Una casa de veraneo con veinticuatro invitados. Oh, Dios santo…

Hasta Ethel hacía sus deducciones y sacaba sus conclusiones, por mucho que se mostrara inflexible en su fingimiento de que nunca había tenido que enfrentarse a esas cosas. Y Ethel concluiría que en el período de tiempo en que la casa había estado (supuestamente) vacía, el señorito Paul había tenido oportunidad de atender a su prometida, la señorita Hobday, en su dormitorio. Por la sencilla razón, probablemente, de que lo habían podido hacer con total impunidad. Si se obviaba el hecho de que también podrían haber esperado. Dentro de dos semanas no necesitarían recurrir a ese tipo de diabluras. Dejando a un lado, asimismo, el tipo de mujer (al señorito Paul no se le cuestionaba) que aquel lance sugería que era la señorita Hobday.

A Ethel no le correspondía juzgar. Ulteriores deducciones, aunadas con cierto conocimiento previo recibido entre susurros, tal vez le habían hecho saber que la señorita Hobday no era el tipo de mujer a la que el señorito Paul habría invitado a Upleigh con el propósito expreso de desflorarla. Pero, en cualquier caso, Ethel, que ya recogía las sábanas y las metía en la cesta de la ropa sucia, daba por supuesto que el señorito Paul, si es que había prestado una atención siquiera mínima a la mancha en cuestión, tenía la seguridad de que ella, Ethel, como el hada buena que era, la haría desaparecer.

Pero, como se vería más tarde, la situación en su conjunto —el ambiente y las necesidades de la casa— sería distinta. A nadie iba a

interesar, si es que alguna vez había interesado a alguien, si Ethel se lo había pasado bien con su madre. Y, de todas formas, Ethel habría cambiado ya las sábanas.

Nunca había visto cómo se vestía un hombre. Aunque sí había tenido que vérselas con la ropa masculina, y durante aquel verano en la casa grande la habían instruido rápidamente en la asombrosa gama de prendas que un varón podía poseer, y en sus complicaciones y complejidades. Aunque a menudo, y en una extraña diversidad de sitios (cuadras, invernaderos, cobertizos, frondas arbustivas), había tenido que ver íntimamente con la ropa de Paul Sheringham, incluso mientras la llevaba puesta (y siempre, claro está —o más bien dando por supuesto—, que él estuviera teniendo que ver con la de ella).

Primero se puso la camisa, la camisa blanca limpia que se había traído del vestidor. Para ponérsela —o, mejor, para meterse en ella — la levantó por encima de la cabeza, como haría una mujer para ponerse las enaguas. A ella no se le había ocurrido nunca pensar que la camisa fuera lo primero. Pero en el acto de vestirse de un caballero debía haber una mezcla de preferencia personal y orden prescrito. En los «viejos tiempos» lo habría «vestido» un sirviente. Lo mismo que a ella podían seguir pidiéndole que «vistiese» o «desvistiese» a la señora Niven.

En cualquier caso, vestirse, entre los de su clase, nunca era algo que se redujese a ponerse determinada ropa. Era una combinación solemne de prendas. Aunque, dadas las circunstancias, él tenía todas las razones del mundo para ponerse la ropa de cualquier forma y tan rápidamente como acertara a hacerlo. Otro hombre, en otra historia, tal vez diría, debatiéndose con la ropa como un loco: «¡Cristo, Jay, tengo que largarme volando!».

Pero la camisa primero… Eso le extrañó. Porque suponía una inmediata merma de dignidad, lo único que, no teniendo prisa, parecía empeñado en conservar. Era su baza, pensaría ella más tarde; era la gran baza de siempre de Paul Sheringham: desdeñaba tanto la indignidad que nunca llegó a padecerla de veras. Con ella había perdido y encontrado la dignidad un montón de veces. Pero cualquier hombre en camisa se convertía automáticamente en algo

cómico, y en caso de haber sido otra la historia a ella podría haberle entrado la risita tonta.

Supuso que debían de existir dos opciones primordiales: meterse la camisa en los pantalones ya ajustados, o ceñir con los pantalones la camisa ya puesta. Cada una tendría sus ventajas. Pero por espacio de un instante pareció un payaso o, en lugar de un hombre a punto de encarar el mundo (y a una prometida furiosa), un chico muy crecido para su edad a punto de acostarse.

Alguna vez habría sido eso, pensó. Un chico en camisón. Una vez le había hablado —una puerta extraña abierta hacia el pasado— de una niñera llamada Becky que había dejado la casa cuando a él lo mandaron al colegio. En un tiempo sin duda tuvo una niñera que le vestía y le desnudaba. Sin duda la tuvieron los tres hermanos.

Y qué cosa más extraña, una niñera, una madre suplente… Que a las cinco en punto llevaba a los hijos de la casa ante sus padres. ¿Y dónde estaba ahora la niñera Becky? Con alguna otra familia, seguramente. O en casa de su madre.

No se rió tontamente al verlo en camisa. Habría estado bien permitirse una risita tonta desde la posición ventajosa de la cama. Podría haber habido otro mundo, otra vida en la que todo eso habría sido algo cotidiano, normal y corriente. Pero no era así. Ella podría haber sido una esposa repantigada en una habitación de Londres, que veía cómo su marido se vestía de abogado de pacotilla.

Llevaban ya un rato sin hablar. Hacía muy poco que habían emitido ruidos animales gimientes y jadeantes. Y parecía que habían entrado en una brecha menguante de su existencia juntos, en la que —por decirlo con una expresión que sólo conocería andando el tiempo— sólo regía el «lenguaje corporal». Sólo su cuerpo sabía hablar. Ella no quería falsificar —o anular— nada con el desatino de ponerlo en palabras. Y eso, en su vida por venir, llegaría a ser también un enigma profesional incesante.

Era como si cualquier palabra que dijeran ahora no pudiera ser sino una banalidad ruinosa. Aun cuando él bregaba con la banalidad de los calzoncillos y los calcetines.

Pero se estaba vistiendo de gala. La camisa blanca limpia. Una

camisa de etiqueta. Necesitaría un cuello. No era una camisa limpia de cuello blando que pudiera valer para una salida de domingo, o un paseo en coche con la capota bajada. Era —en un sentido bastante anticuado ya entonces— su «ropa de gala». Observó cómo se afanaba, con pericia imperturbable, con los gemelos (pequeños óvalos de plata que destellaban al sol), con el cuello semirrígido y el pasador. Del vestidor se había traído también una corbata, sobria y satinada, azul pizarra con pequeñas motas blancas. Eligió un alfiler. ¿Qué era exactamente, un minúsculo diamante? Su barbilla ya estaba suave —ella había tenido ocasión de comprobarlo— y ungida de colonia.

Era como si se estuviera vistiendo para su boda. Pero no era su boda (aún). Sólo iba a verse con su prometida para un almuerzo a la orilla del Támesis. Y si, como ahora parecía casi seguro, iba a llegar realmente tarde, ¿cómo diablos iba a ayudarle el hecho de llegar a la cita de tiros largos?

Se había anudado la corbata con estudiado esmero, prestando la atención debida tanto al nudo como a la largura de ambos extremos antes de ponerse el alfiler, y todo ello sin haberse puesto todavía los pantalones. Ella no se rió, no pudo reírse. Pero luego tendría la sensación de que todo había girado en torno a ese grotesco elemento teatral. En cuanto se pusiera los pantalones todo se iría al traste. Si al menos ella le hubiera dicho, le hubiera gritado: «¡No te los pongas!».

Pero él pasó de nuevo al vestidor y se quedó allí (¿pensaba que el tiempo se había parado?) durante varios minutos, y luego volvió ya con pantalones, chaqueta y zapatos, y hasta un pañuelo de seda, a juego con la corbata, asomándole del bolsillo.

¿Se había debido a que aún no se había decidido por los pantalones: los que había descartado antes o unos que estaban colgados en el vestidor? Ella nunca lo sabría. Ella nunca diría, o sería capaz de decir, dándole a él pie para que dijera algo ingenioso o lo aclarara por completo: «Has tardado muchísimo en ponerte los pantalones».

«Ah, sí, Jay. Así es».

Qué palabra más absurda, además: «pantalones».

Estaba allí de pie, vestido. Cogió la pitillera y el mechero. Sólo necesitaba, tal vez, un ojal. Había orquídeas blancas en el pasillo. De hecho podría estar a punto de salir para su boda. No era el día, pero estaba haciendo referencia a él, sin duda; tal vez de eso se trataba todo aquel acicalamiento: estaba yéndose, ¿no?, se estaba yendo para casarse. Sintió una punzada de celos de la destinataria de toda aquella demora, de todo aquel atavío. Si es que no era ya presa de un arrebato de víctima agraviada.

Y *ella*, allí tendida, había contemplado su desnudez sin velos.

Entonces se le ocurrió que de hecho quizá todo había sido para *ella*. Para *su* última mirada. Su atuendo de «despedida». Seguramente no. De todas formas, pese a sí misma, dijo:

—Estás muy guapo.

Intentó que no sonara como el ruboroso e inapropiado arrullo de una criada («Oooh, qué guapo está el señor…»), ni tampoco como una aprobación regia: «Estás aceptable. Puedes irte». Intentó que no sonara a la firme declaración velada que ella hubiera querido que fuera.

Él no le dijo «Y tú estás preciosa». No se lo había dicho nunca; nunca había empleado esa palabra. Sólo la palabra «amiga». Y tampoco podía estar segura de no haber percibido una sombra de incomodidad en su semblante ante el halago que acababa de dedicarle.

Sólo la banalidad serviría ahora. Lo desbarataría todo, pero serviría. Y entonces él pronunció un discurso en toda regla:

—No hace falta que te des prisa. No creo que «los ineptos» vuelvan antes de las cuatro. Cuando te vayas, cierra la puerta principal y deja la llave debajo de la piedra que hay junto al limpiabarros. No es una piedra, en realidad; es media piña de piedra. De cuando Freddy se empeñó en partirla con el bate de críquet. Es lo que solemos hacer cuando no queda nadie en casa. Que no pasa casi nunca. Y ahora no estoy dejándola vacía, ¿verdad? Pero «los ineptos» esperarán encontrarla ahí si cuando vuelven no está Esther, o Iris. Es una llave enorme, ellos no se la habrán llevado. Te la dejaré en la mesa del vestíbulo. Eso es todo, creo. Déjalo todo como está.

¿Se refería a las sábanas, a su camisa, al pantalón que se había quitado y que colgaba de la silla? ¿A qué otras cosas podía

referirse? ¿Le estaba diciendo que no se comportara como una maldita criada? Y todo ello mientras se palpaba el nudo de la corbata y se ajustaba los gemelos.

—Si tienes hambre, en la cocina hay un pastel de ternera y jamón, al menos la mitad. Puedo decirle a la cocinera que me lo he zampado. Quiero decir…, a pesar de haber ido a comer fuera. Y no es que tenga que decirle nada a nadie. Nada de eso.

Fue su último comentario, y en él percibió una resonancia extraña. ¿Se refería sólo al pastel de ternera y jamón?

Luego ella no sólo masticaría el pastel de ternera y jamón sino que rumiaría casi cada palabra de aquel discurso práctico. Se le quedaría turbadoramente grabado. Pero, por eso mismo, a veces le parecía que se lo había inventado, que él no podía haber dicho todas aquellas cosas que ella recordaba con nitidez incluso cincuenta años después. En todo caso, podría haber dicho algo como «Será mejor que te pongas algo encima; deberías irte».

(Le daría vueltas y más vueltas al asunto como si repasara un pasaje que necesitara una nueva redacción, y cuyo verdadero significado aún no hubiera logrado expresar).

Y se fue. Ni un adiós. Ni un beso ridículo. Sólo una última mirada. Como vaciándola, como bebiéndola hasta apurarla. Eso y lo que le había confiado: toda su casa. Se la estaba dejando a ella. Era suya, para que la disfrutara. Podía saquearla si le venía en gana. Toda suya. ¿Y qué iba a hacer una criada con su tiempo, con aquel día libre del Domingo de las Madres, sin ninguna casa adonde ir?

Oyó el sonido cada vez más tenue de sus pisadas en las escaleras. Volvieron a hacerse más sonoras cuando golpetearon con morosidad las baldosas del pasillo. ¿Estaba recogiendo alguna cosa antes de irse? ¿Un sombrero? ¿Una flor para el ojal? ¿Por qué no? Quizá tenía un alfiler para tal fin en el bolsillo de la chaqueta. ¿Estaba buscando la llave?

No se movió. Se quedó helada. Oyó cómo la puerta —o puertas — principal se abría y volvía a cerrarse. No fue ni un portazo ni una manipulación delicada. Luego oyó —le llegó del exterior a través de la ventana abierta, sin que siguiera ninguna reverberación en el interior de la casa— su súbita risita. Si es que fue una risita. Porque

era más un trompeteo, un grito desafiante, extraño y perturbador como el de un pavo real. No lo olvidaría nunca.

Oyó las pisadas sobre la grava crujiente. Se dirigía hacia la vieja cuadra convertida en garaje. Vería la bicicleta apoyada en la fachada. Ella la había dejado allí, sin más, puesto que él le había dicho la «puerta principal», y ésta se abría ya mágicamente. No la había dejado en un sitio discreto, fuera de la vista. Y por tanto, caía ahora en la cuenta, en caso de que la señorita Hobday hubiera decidido presentarse traviesamente, como a la sazón ya podía permitirse hacer una prometida moderna, en su coche para darle una sorpresa —vaya si se la habría dado—, la habría visto: una bicicleta de mujer, sin barra. Habría habido una escena, una frenética y borrascosa escena. Y el día habría resultado enteramente diferente.

Pero ¿no iba a haber una escena, de todas formas, en el Swan de Bollingford?

Todas las escenas. Todas las escenas que nunca tienen lugar pero que aguardan entre los bastidores de las posibilidades. Quizá era ya la una y media. Los pájaros cantaban. En algún punto de alguna carretera de más allá de Bollingford, Emma Hobday se estaría acercando al lugar de la cita en su Emmamóvil. O tal vez también ella llegaba tarde. Estaba en su derecho de mujer. Puede que siempre llegara terriblemente tarde, y que él no hiciera sino contar con esa costumbre suya, exasperante. Si acertaba con los tiempos tal vez pudieran coincidir en paz.

Quizá era ésa la sencilla explicación.

Pero, en cualquier caso, mientras conducía, Emma Hobday estaría disfrutando del esplendor de aquel día primaveral. Como criada, no sabía lo que era conducir un automóvil: sólo había «conducido» una bicicleta, pero, por espacio de un instante, trató de ponerse en la piel de la señorita Hobday (o sobre las ruedas de su coche), que aún no sabía lo que su prometido le tenía deparado. Ni lo que había tardado en ponerse los pantalones.

Y en Henley tal vez habían acabado con el salmón ahumado y estaban esperando el pato o el cordero a la menta, que seguro que no era tan bueno como el de Milly. Y seguirían comentando el maravilloso día que hacía, y que ojalá se repitiera el día de la boda. Imaginaba un comedor con altas ventanas francesas abiertas al sol.

Una pradera de césped que descendía hasta el río. Mesas preparadas, alineadas, en el exterior. Sombreros blancos. Como en una boda.

Todas las escenas. Imaginarlas no era sino imaginar las posibles, e incluso predecir las reales. Pero era también invocar las no existentes.

Oyó cómo arrancaba el coche. Un par de acelerones roncos. Quizá lo hacía siempre así, como si empezara una carrera. Y ahora tendría que correr, sin duda, para redimirse siquiera en parte. Pero ella oyó las ruedas crujir —no girar bruscamente ni sacudirse hacia delante— sobre la grava, y luego cómo el motor ganaba velocidad y ruido al enfilar el camino flanqueado de tilos y las dos grandes praderas de césped, y luego se hacía cada vez más débil y se fundía con el canto de los pájaros.

No se movió. No fue hasta la ventana. Un breve, vibrante rugido al girar en la carretera asfaltada, la misma que había tomado en el coche de sus padres aquella mañana para llevar a las agasajadas (y acobardadas) Ethel e Iris. Y al final el acelerador pisado a fondo.

No se movió. Las cortinas se agitaron levemente. Una chica desnuda en el dormitorio de un hombre. No se movió —no sabía cuánto tiempo llevaba allí quieta— hasta que la constatación de lo absurdo de su situación pareció imponerse a la temerosa necesidad de no moverse.

Y se movió. Se alzó desde la almohada. Sus pies tocaron la alfombra. Caminó por ella, desnuda, como lo había hecho él antes. Los dos hermanos, en sus marcos de plata, la miraban fijamente. Se vio en el espejo. Fue a la ventana. No había nada que ver. Berkshire. No había nadie que pudiera ver su súbita cara inexplicable en la ventana, sus pechos desnudos llenos de sol. El cielo era de un azul límpido.

Reculó hacia el interior del cuarto, resistiéndose a la urgencia fugaz de ponerse a recoger ropa. Miró la cama donde habían estado los dos, las mantas retiradas y amontonadas al pie, las sábanas arrugadas, la pequeña y llamativa mancha.

Pensó en Ethel.

Todas las emisiones. A Ethel, sirvienta en una casa de hijos varones, no le resultarían extrañas; aunque aquella pequeña mancha, curiosamente, fuera diferente. Todas las emisiones de tres

hermanos, dos de ellos ya muertos. Aunque allí estaban, en sus marcos de plata, mirando a una joven desnuda. Y Ethel, supuso ella con convicción, nunca había conocido lo que era ser la causa directa de la emisión de un hombre, y aún menos lo que era sentirla dentro, o, mezclada con sus propios fluidos, sentir cómo le manaba desde el interior. Una criada… y, sí, virgen[2]. Y debía de acercarse ya a los treinta. Sus padres debían de ser ya ancianos. Pero al menos los tenía, y ese día se le había permitido ir a verlos.

Todas las emisiones dilapidadas. El sol, durante un instante, pareció llenar la habitación de un vacío desnudo y rutilante. Pero ¿por qué se sentía tan desolada y sola en el mundo cuando aquel día había tenido lo que acababa de tener? ¿Y cuando, después de todo, ella no era Ethel? ¿Y cuando ahora tenía una casa entera y unos jardines a su disposición, como habría dicho el señor Niven?

Salió del dormitorio, dejó atrás el vestidor, entró en el cuarto de baño contiguo. Un pequeño templo masculino. Miró las navajas y brochas de afeitar y los frascos de colonia, y se preguntó si debía permitirse tocarlos o no. Se preguntó si tocar y manosear o no cada uno de aquellos objetos de las vitrinas. Se lavó y secó, de todas formas, utilizando el lavabo y la toalla —con la que él se había secado, aún húmeda— que Ethel retiraría de forma mecánica.

Se había metido el gorrito que él le había ayudado a conseguir. Por eso el hilillo había sido tan copioso. Ella no habría podido hacerse con algo semejante sin él; lo habían hecho juntos, con aquel desdén de que él hacía gala siempre ante las dificultades o vergüenzas, un día en que ella había tenido la tarde libre y había cogido el tren de las 13.20 a Reading para reunirse con él. Luego habían ido al cine.

Dios sabe cómo había arreglado antes el asunto. Tal vez la superaba en inteligencia en algunas cosas. «Hay un médico que conozco, Jay…» A ella le había llevado cierto tiempo… adaptarse. Era su (de los dos) precioso medio preventivo.

Supongamos, pensaría más tarde, que se hubiera quedado embarazada. ¿Tendría que apechugar ella con las consecuencias —serían todas ellas *sus* consecuencias y entre ellas se incluiría el inmediato destierro— para que el matrimonio de él no tuviera que

suspenderse? ¿Habría soportado todo eso por él?

Supongamos que ella, deliberadamente, no se hubiera introducido el dispositivo durante, pongamos, tres meses…

Supongámoslo.

—Un gorro holandés[3], Jay. Para que mi simiente no te llegue demasiado cerca. Bueno, más cerca de donde tiene que llegar.

Ella no sabía a qué venía lo de holandés. Pero en su uniforme de criada había un gorrito blanco. Así que había veces en las que llevaba puestos dos gorros.

Y «simiente». Era otra palabra extraña, o un modo extraño de utilizarla, ya que no se parecía nada a una simiente: las pepitas de una manzana, las pequeñas cosas negras esparcidas sobre una hogaza. Y sin embargo era la palabra correcta y apropiada, lo entendía perfectamente ahora, y además le gustaba. Era la palabra que él utilizaba al principio, cuando ella se familiarizaba con lo que designaba. «Es mi simiente, Jay». Ahora parecía que había pasado tanto tiempo. «Es mi simiente. Podríamos plantarla en la tierra y regarla, y ver qué sucede». Y la verdad es que ella no sabía si hablaba o no en serio.

Y ahora era primavera. El tiempo de la siembra.

«Aramos los campos, y sembramos…»

Todas las emisiones.

¿Había sido su madre una sirvienta preñada? ¿Era ésa toda la historia? ¿No había tenido su madre un gorrito que ponerse? Todas las omisiones[4]. Como quizá habría dicho Milly.

Entró en el vestidor. Se sintió tentada de tocar, de manosear…, incluso de probarse… todo lo que veía allí colgado. Era algo ante lo que los sirvientes sólo podían admirarse: ¿qué me voy a poner hoy?, ¿quién seré hoy? ¿Y cómo había elegido, en un día como aquél, esa chaqueta casi… solemne, aunque de un perfecto gris acero?

Volvió al dormitorio. Se oía la arremetida suave del canto de los pájaros de nuevo. El resoplido lejano de un tren.

Debería recoger sus cosas, vestirse e irse de inmediato. ¿Cómo era la frase que había leído a veces en algún libro? «No dejar rastro». Pero él le había dicho que la casa era suya. Y eso era lo que iba a hacer. Ponerse la ropa sería en cierto modo una equivocación,

una retirada.

Salió al rellano, a las sombras, y sus pies desnudos pisaron la alfombra musgosa. Haces y manchas de sol de alguna ventana alta o tragaluz iluminaban las ondas rojas y pardas de abajo, el remiendo gastado de lo alto de la escalera, el lustre de los pasamanos, el brillo del polvo en el aire. Siempre había polvo en el aire. ¿Por qué, si no, esa necesidad constante de quitarlo?

Bajó las escaleras; sus dedos acariciaban la barandilla más para apreciar su suavidad que para apoyarse. Las barras de los ángulos entre escalones relucían. Ethel conocía bien su trabajo. Abajo, el pasillo parecía tensarse al ver que se acercaba. Los objetos tal vez se batían en retirada; no habían presenciado nunca nada parecido. ¡Una mujer desnuda bajando las escaleras!

Sus pies sintieron el frío de las baldosas. A un lado de la salida al vestíbulo había un gran reloj de pie, y al otro un espejo de cuerpo entero. En el pasillo había una mesa con un gran bol con flores blancas. Las preciadas orquídeas de la señora Sheringham. No se parecían a otras flores. Tenían una quietud, una obstinación; cada pequeña flor era como una mariposa helada.

¿Habría cogido él una antes de marcharse? Eran demasiado hermosas para cortarlas. Pero ¿le importaba eso a él? No era propio de él respetar esas cosas. Lo mismo que no era propio de él respetar la puntualidad. ¡El reloj de pie marcaba las dos menos cuarto! ¿Y quién iba a notar la falta de una flor en un tallo? Si faltara realmente, ella no podría notarlo.

Todo estaba en su cabeza, en cualquier caso; la posibilidad de que se hubiera llevado una orquídea. Luego se habría colocado ante el espejo para ponérsela. O podría haber sido ella la que hubiera estado allí y hubiera cortado una flor para él, «toma…, antes de que te vayas», y se la hubiera puesto en el ojal.

Había cuadros colgados en el pasillo, y también, escalonados en las escaleras, al igual que los había en las paredes de Beechwood. Era extraña, esa necesidad de los de su clase de adornar las paredes con cuadros, máxime cuando ella jamás había visto al señor o a la señora Niven detenerse delante de uno para contemplarlo. Eran cosas, quizá, que sólo se miraban por el rabillo del ojo, o que sólo apreciaban los visitantes. O cuyas destinatarias eran las criadas, que las estudiaban detenidamente mientras les quitaban el polvo y les

limpiaban los cristales, y acababan siendo unas verdaderas entendidas.

Ella había mirado incontables veces todos los cuadros de Beechwood, hasta el punto de que los recordaría siempre, incluso cuando tuviera noventa años, como se recuerda un catálogo muy conocido, y del mismo modo en que la gente parece recordar con misteriosa nitidez las ilustraciones de los libros de su primera infancia. Como recordaría siempre los retratos lúgubres de hombres vestidos de oscuro —benefactores, supervisores— que colgaban de las paredes del orfanato, donde nadie les leía cuentos a la hora de dormirse.

¿Podría «catalogar» aquel lugar? ¿O al menos asimilar y retener de alguna forma aquella súbita y agolpada presencia, aquella diversidad de contenidos? Dado que no volvería allí nunca. Dado que sólo estaría allí durante un rato… ¿Cuánto osaría quedarse?

¿Y cuánto tiempo habría de pasar, en el caso de él, para que el catálogo de aquel lugar, en su nueva vida, se le borrara de la memoria? Un tiempo largo, imaginó, incluso confió, ella. ¿Y cuánto tiempo, también, habría de pasar para que el catálogo de todos sus momentos con ella…? ¿Para que hasta aquel día se desvaneciera?

En el vestíbulo —muy parecido al de Beechwood— se veían todos los objetos —paragüero, perchero— propios de las llegadas y las partidas, de las recogidas y acomodos de abrigos. Aquí (aunque era uno de los cometidos de Ethel) ella podría haberse quedado a practicar ese arte esencial del sirviente de ser invisible y estar indispensablemente disponible a la vez. Ahora era invisible.

En una mesita forrada de fieltro donde a veces se dejaban quizá guantes y otras pertenencias vio la llave que él le había dejado. Era grande y con una apariencia inequívoca de llave, y en cierto modo también resultaba un reto turbador, expectante, si bien no era una llave para «abrir» nada, sino sólo para cerrar la casa.

No quería tocarla todavía.

Volvió al pasillo, donde se encontró con una serie de bifurcaciones y puertas. Seguramente tendrían que darle igual. No tenía nada especial que hacer en ninguna de aquellas piezas, salvo en el dormitorio de arriba, donde lo que había que hacer ya estaba

hecho. Sin embargo, lo que al parecer tenía que hacer siguiendo un impulso general e irresistible era impregnar de su intrusión desnuda, que nadie presenciaba, aquella casa que era y no era suya.

Y eso hizo. Se deslizó de una pieza a otra. Miró, asimiló; pero también, secretamente, otorgó. Parecía flotar en la conciencia de que, por escandaloso que pudiera ser su paseo por la casa —¡estaba completamente desnuda!—, nadie sabría, nadie adivinaría que había estado en ella. Como si su desnudez no sólo le otorgara la invisibilidad sino que la eximiera de los hechos.

Ethel lo sabría, por supuesto. Pero Ethel pensaría que había sido la señorita Hobday.

Entró en la sala de estar. Era como un pequeño país extranjero desierto; una colección de posesiones abandonadas y suplicantes. Como si la vida —nunca había tenido ese pensamiento en Beechwood— fuera la suma de las posesiones. No pudo evitar entrar en ella con la estudiada deferencia de una doncella que anunciara una visita o trajera el té. Pero no había nadie. Era casi como entrar en uno de aquellos santuarios inalterables de los cuartos de los chicos en Beechwood —no había que llamar a la puerta, pero sentías que tenías que hacerlo—, y decidió de inmediato que no entraría en los cuartos «equivalentes» que debían de estar arriba. ¿Había pensado de veras que lo haría, como lo estaba haciendo allí abajo?

El espejo dorado de lo alto de la chimenea brincó de pronto para detenerla, para probar su presencia flagrante, indudable. ¡Mira, eres tú! ¡Estás aquí!

¿Y suponía *él* acaso que estaba eximido de los hechos? ¿Que las dos menos cuarto podían convertirse a su conveniencia en la una y media? Ella trató de adivinar el criterio —en minutos exactos— según el cual simplemente se le disculparía el retraso, o se le disculparía con frialdad, o se le disculparía con encendido enojo, o no se le disculparía en absoluto. No se le disculparía en absoluto, pese a la inminencia de la boda (y la predisposición a la benevolencia que ésta llevaba aparejada); no se le disculparía en absoluto precisamente por eso.

Intentó de nuevo ponerse en la piel de Emma Hobday. En la repisa de la chimenea había una cartulina gruesa, orlada de oro, con los ángulos redondeados, impresa con costosas e historiadas

letras negras, en la que el señor y la señora Hobday invitaban al señor y la señora Sheringham al enlace matrimonial de su hija Emma Carrington Hobday. Era una formalidad, por supuesto, y la habían puesto allí en la repisa de la chimenea a modo de proclamación orgullosa. Como si fueran a perderse la boda de su hijo.

¿«Carrington»?

Volvió al pasillo, y fue a situarse frente al espejo alto, como para ponerse en su piel extrañamente intangible. Nunca había estado en medio de tal profusión lujosa de espejos. Nunca había tenido la oportunidad de verse en toda su desnudez. Lo único que tenía en su cuarto de criada era un pequeño espejo cuadrado, no mayor que una de aquellas baldosas del pasillo.

¡Ésta es Jane Fairchild! ¡Ésta soy yo!

Paul Sheringham había visto, conocido, explorado aquel cuerpo mucho mejor de lo que ella misma lo había hecho. Lo había «poseído». Era otra palabra. Había poseído su cuerpo; su cuerpo, que era casi lo único que ella poseía. ¿Y podía decirse que ella lo había poseído a él, que siempre podría poseerlo?

¿Y habría «poseído» él a Emma Hobday alguna vez? Bueno, lo haría dentro de dos semanas.

Trató de imaginar el cuerpo desnudo de Emma Hobday, si se parecería al de ella o no. Pero no podía. Ni siquiera podía imaginarse a Emma Hobday desnuda. ¿Qué llevaría ahora, en un día de marzo que parecía de junio? ¿Un vestido floreado de verano? ¿Un sombrero de paja? Trató de visualizar a Emma Hobday en el espejo. Resultaba difícil incluso visualizarlo a *él*, aunque seguro que había estado frente a ese mismo espejo, con una mirada magnífica y última, con orquídea o sin orquídea, hacía menos de una hora…

¿Puede un espejo conservar una impronta en él? ¿Puede uno mirarse en un espejo y ver a alguien distinto? ¿Puede uno atravesar un espejo y *ser* otra persona?

El reloj de pie dio las dos.

Ella no sabía que él ya estaba muerto.

Se dio la vuelta, para considerar la elección de alguna puerta, y, abriendo una y después otra, se vio en la biblioteca. No era, tal vez,

una elección tan al azar. Las casas siguen un patrón, y las casas «como es debido», incluso las modestas como Beechwood o Upleigh, tienen biblioteca. En cualquier caso, se alegró al ver que era ahí donde estaba.

En las bibliotecas también —en las bibliotecas especialmente— había que entrar por lo general llamando con delicadeza y cautela, aunque las más de las veces —a juzgar por la de Beechwood— no hubiera nadie en su interior. Pero aun estando vacías podían transmitirte la insinuación reprobadora de que no deberías estar allí. Aunque las criadas deben limpiar el polvo, y, ¡santo Dios, cuánto polvo pueden acumular los libros…! Entrar en la biblioteca de Beechwood era un poco como entrar en los cuartos de los chicos, arriba, y el quid de las bibliotecas, pensaba ella a veces, no residía en los libros mismos sino en el hecho de que preservaban ese ambiente sagrado de los santuarios masculinos que no deben perturbarse.

Así, pocas cosas pueden conmocionar más a una mujer que entrar desnuda en una biblioteca. ¡Sólo con pensarlo…!

La biblioteca de Beechwood contaba con un gran número de libros, la mayoría de los cuales (una criada lo sabe) no habían llegado a abrirse nunca. Pero en una esquina, cerca de un sofá de cuero abotonado, había una estantería giratoria (a ella le gustaba hacerla girar sin ton ni son cuando limpiaba la biblioteca) con libros que era evidente que se habían leído. Sorprendentemente, en un lugar tan adulto había libros que se remontaban a la niñez, la adolescencia o la primera madurez, libros que ella imaginaba que en el pasado siempre habían estado yendo y viniendo de la biblioteca a aquellos cuartos silenciosos de arriba. Había incluso unos pocos que parecían recién comprados, y con ilusión, pero nunca realmente empezados.

Rider Haggard, G. A. Henty, R. M. Ballantyne, Stevenson, Kipling… Tenía buenas razones para recordar los nombres e incluso los títulos de algunos de aquellos libros. *La flecha negra, La isla de coral, Las minas del rey Salomón…* Recordaría siempre sus sobrecubiertas sucias y deshilachadas, o el colorido exacto de su encuadernación en tela, las arrugas y decoloraciones de sus lomos.

De hecho, de todas las estancias de Beechwood, pese a su carácter levemente amedrentador, la biblioteca era la que más le

gustaba limpiar. Era el recinto en el que más se sentía como un ladrón inocuo y bienvenido.

Un día, después de haber oído su solicitud osada, aunque tímida, e incluso un tanto afectada, el señor Niven le había dicho tras una reflexiva y larga pausa:

—Bueno, sí, por supuesto que puedes, Jane…

La pausa habría podido sugerir que estaba autorizando alguna inversión jerárquica en la casa, o tal vez simplemente su desconcierto respecto de un punto de índole práctica: ¿cuándo iba ella a leer, con todos los deberes y tareas a su cargo? ¿Mientras dormía? Incluso podría haber sugerido asombro, si tal facultad no hubiera sido puesta a prueba hacía tanto tiempo, ante el hecho de que su criada supiera leer.

No obstante era una pausa complaciente, incluso bondadosa.

—Por supuesto que puedes, Jane.

Fueron unas palabras mágicas, unas palabras que abrían puertas. Una respuesta diferente —«¿Quién te has creído que eres, Jane?»— podría haberle destrozado la vida.

Ello merecía, por tanto, una de sus mayores reverencias. Como poco.

—Pero antes tienes que decirme qué libro eliges. Y, por supuesto, tienes que devolverlo.

—Por supuesto, señor. Muchísimas gracias, señor.

Se convirtió en una prestataria asidua de la biblioteca de Beechwood, en un régimen cuidadosamente controlado (e intrigado), e incluso fomentado. De hecho las cosas tomaron un sesgo notablemente delicado para el señor Niven cuando se puso de manifiesto qué sección de la biblioteca le interesaba a su sirvienta. Ésta no tenía ningún interés en leer *El libro de los mártires* de Foxe, ni *Vidas de los ingenieros* (en cinco volúmenes) de Smiles. ¿Quién querría, por otra parte?

—¿*La isla del tesoro*, Jane? ¿Para qué quieres leer *La isla del tesoro*? Son libros para chicos.

En realidad no era una pregunta, sino más bien la expresión de un desconcierto general, o de que lo habían sorprendido con la guardia baja. Quizá podría haber dicho, entre profusas toses: «Esos

libros no, Jane. Cualquiera menos ésos».

En cuanto a su otra observación… Bien, ¿dónde estaban los libros para chicas?

Eso a ella le traía sin cuidado. Lo que quería era libros para chicos, libros de aventuras. No le interesaban los «libros para chicas», significara lo que significara la expresión. Aventuras. La palabra misma a menudo emergía y la llamaba desde las páginas: «aventuras».

No parecía que los Niven de Beechwood, ni en general los de su clase, pese a disponer de tiempo y medios, fueran en modo alguno aventureros ni partidarios de la idea de la aventura. «Un jolgorio en Henley». Las propias bibliotecas eran como sobrios, secos rechazos de la aventura. Y, sin embargo, en la biblioteca de Beechwood existía una pequeña colección de obras que un día habían sido como una dosis autorizada que se ingiere antes de la llegada de la tediosa o terrible madurez.

El señor Niven podría haber dicho: «No los de esa estantería, por favor, Jane». Pero no lo hizo.

Y mucho después, mucho más tarde en su vida, ella contestaría en las entrevistas, en respuesta a la pregunta eterna (y tediosa) al respecto:

—Oh, libros de chicos, libros de aventuras. Sí, ésos fueron. ¿Quién iba a querer leer esos empalagosos libros para chicas?

Sus ojos emitirían un destello, su cara arrugada se arrugaría un poco más. Pero luego, en caso de querer ser menos frívola, tal vez diría que leer aquellos libros entonces —«la guerra, ¿entiende?, o sea, la primera, acababa de terminar…»— fue como leer desde el otro lado de una divisoria. Una divisoria cercana, pero una divisoria enorme. Piratas y caballeros con armadura, tesoros enterrados y barcos que zarpaban. Fueron los libros que ella leyó.

La biblioteca de Upleigh era asombrosamente semejante. La misma pared principal de libros con aire de no haber sido leídos nunca. Los mismos pequeños bustos blancos o negros, como de algún almacén central, de hombres con el ceño grave y barba y

hombros ataviados con togas. Un escritorio y, en lugar del sofá de cuero, dos sillones orondos de color rojo ladrillo. Unos revisteros con periódicos y revistas, extraños objetos de la modernidad en lo que por otra parte bien podría haber sido un museo. El sol entraba por la ventana, por entre las cortinas a medio echar, y proyectaba un rectángulo de luz sobre la alfombra castaño claro.

En el escritorio había un pequeño montón de —los identificó al instante— libros de derecho. Pero era la única muestra —incluso parecía ordenada en exceso— de la supuesta intención de él de estudiar mientras la casa estuviera vacía y en paz. ¿En una mañana como aquélla? ¿«Empollar»? Imaginó, de todas formas, que tal intención de estudio diligente podría consistir sólo en poner los pies sobre el escritorio y fumarse unos cuantos cigarrillos.

Parecía como si ella lo viera realmente hacer eso, como un fantasma en la habitación. Eran dos fantasmas, pues. Pero el fantasma de ella estaba —y había estado— ahí, palpable y al desnudo. Aunque nadie lo sabría jamás.

Era marzo, pero un marzo tan caluroso que una mosca zumbaba y golpeteaba obstinadamente el cristal de la ventana. Y entonces lo vio, al otro lado del escritorio: un pequeño enclave de libros muy parecido al que un día había descubierto (y al que había recurrido) en Beechwood. E incluso reconoció títulos familiares, libros que de hecho había leído. Así que no era una extraña o una intrusa allí. En cierto modo hasta encajaba en aquel lugar.

Pero si Paul Sheringham se había acercado un día a cualquiera de aquellos libros, nunca lo había dicho. Siempre daba la impresión de que pensaba que en Upleigh había muchas cosas que tendrían que haberse tirado a la basura. A fin de cuentas, los malditos caballos ya no estaban. Y cuando ella le habló de sus lecturas en Beechwood (desearía no haberlo hecho), se burló de ella, como se burlaba de tantas cosas, y dijo:

—¿Todas esas tonterías, Jay? ¿Lees esas cosas?

Y le recordó acto seguido que su relación era meramente corporal, física, de «aquí y ahora»; no era para charlas tontas sobre libros.

¿Abogado? Difícilmente.

Lo único distinto en Upleigh era que los «libros para chicos» no estaban en una estantería diferente, giratoria o no, sino en una

pequeña sección (quizá aligerada de otras materias de más peso) de la gran estantería principal, de fácil acceso.

Y la otra diferencia, por supuesto, era que ella estaba desnuda en la biblioteca de Upleigh, algo que jamás había hecho en Beechwood.

Cogió uno de los libros de la estantería de enfrente y lo abrió, y luego, por razones que no habría sabido explicar, se lo pegó con gesto protector a los pechos desnudos. Era un ejemplar de *Secuestrado*. Lo conocía. Había leído el volumen de la biblioteca de Beechwood. Estaba el mapa de «Las aventuras de David Balfour». Estaban las palabras: «Comenzaré la historia de mis aventuras…»

Se apretó el libro contra el pecho, y luego lo devolvió a la estantería. Nadie lo sabría. Nadie sabría nunca del pequeño viaje y la aventura que acababa de vivir aquel libro. Nadie sabría nunca acerca del «mapa» de las sábanas del dormitorio de arriba.

Salió de la biblioteca. Los relojes diseminados por la planta marcaban los segundos y ronroneaban. Era el único sonido. Fuera, el mundo brillaba y cantaba. Dentro todo estaba mudo, enclaustrado, suspendido.

Entró en un pasillo del que instintivamente supo que la llevaría a las escaleras de la cocina. Bajó a ella, y se vio en un recinto tan silencioso y quieto que bien podría haber sido otra biblioteca. Sintió su calma inquietante. Las cocinas solían conservar un calor residual, pero en aquélla, situada bajo las plantas de arriba caldeadas por el sol e inerte durante toda la mañana, hacía un frío glacial. Aunque tal vez la culpa era suya por ir completamente desnuda.

Se le puso la carne de gallina. Le brotó del estómago un gorgoteo prosaico.

El pastel estaba encima de la mesa, cubierto por un paño de cocina azul y blanco; junto a él había un cuchillo, una bandeja con cubiertos, una servilleta, condimentos, una botella de cerveza y un vaso, un abridor. La colación, en su conjunto, estaba lista para que el señorito Paul pudiera llevársela a cualquier parte de la casa, si le apetecía —a la biblioteca, por ejemplo, para que no tuviera que interrumpir el estudio—. Es decir, si no quería saborear la experiencia nueva de comer solo en la cocina (siempre, claro está,

que no tuviera otros planes para pasar el tiempo mientras daba cuenta de su almuerzo).

¿Quién, en cualquier caso, en un día como aquél, iba a querer hundir la nariz en un libro?

Era medio pastel, apenas unas sobras, pero, aun así, demasiado para una persona. Pero lo atacó con una repentina hambre voraz, descomedida. Nadie podía verla. Él podría haber hecho lo mismo si el día hubiera tenido un desenlace diferente, si hubiera seguido el curso del fingimiento que había planeado para él. Podría haber bajado a la cocina y, con el súbito disfrute de un placer perverso, haber devorado aquel medio pastel allí mismo en la mesa. Podría haber dejado de ser el distante y magnífico Paul Sheringham y, sin que nadie lo viera, con los carrillos hinchados, haberse convertido en un colegial tragón o un vagabundo famélico.

Y ella, en su libertad semejante a la de las señoras —y con dos chelines y seis peniques en el bolsillo—, podría haber entrado en alguna cafetería del pueblo para tomarse unos sándwiches de huevo con berros y un trozo de tarta.

Él, para entonces, estaría sentado con ella en el Swan, impecablemente vestido. Aunque ¿cómo lo había logrado? ¿Con magia? ¿A base de descaro y de bravuconería? «Bien, aquí estoy…» ¿O por estar dispuesto a apostarlo todo? «Bien, si quieres cancelarla…»

¿Había sido ése su plan refinado y brutal? El pensamiento le infundió un fugaz hormigueo de esperanza. Cancelar la boda, después de allanar el camino ocasionando un grave disgusto.

Trató, en todo caso, de imaginar la escena, mientras masticaba el pastel, tal como él, allí sentado, podría haber estado masticándolo: las mejillas hinchadas, trocitos de masa y relleno cayéndole de los labios. Ella deseaba comerse ese pastel, el pastel que él no había comido, por él. Como si *fuera* él.

Era un pastel muy sabroso. Abrió la botella de cerveza y bebió, aunque tan sólo para regar lo que comía. La cerveza sabía como le había sabido las pocas veces que la había probado, a ocres hojas de otoño. Volvió al pastel. Entonces, de pronto, se sintió la más mísera y desesperada de las criaturas: ni ropa para cubrirse, ni un techo propio, y comiéndose el pastel de otra persona.

Se estremeció. Se levantó. El pastel era demasiado para ella, de

todas formas. Eructó con ruido. Lo dejó todo como estaba. Lo dejó, pensó, tal como lo habría dejado él; tal como había dejado tirada su ropa. Ya en la puerta se volvió para ver la escena como si fuera él el desconsiderado que lo dejaba todo de aquel modo. Por supuesto Ethel lo recogería más tarde. Ethel o Iris. Y, lo hiciera quien lo hiciera de las dos, pensaría que era extraño que el señorito se hubiera comido el pastel (o la mayor parte de él) cuando había quedado para comer con la señorita Hobday. Y si se había ido a comer con la señorita Hobday era extraño también que hubiera aquella mancha en la sábana.

Pero Ethel, si había de ser ella quien viera tanto el resto del pastel como la mancha, tal vez armaría una historia con las dos piezas, no muy diferente de la que ella, la criada de Beechwood, había imaginado fugazmente. Que la señorita Hobday, con aquella mañana espléndida, había decidido ir en su coche a Upleigh para «dar una sorpresa» al señorito Paul. Entretanto, éste, de brega con los libros de derecho, aburrido y con hambre, se había acordado del pastel de ternera y jamón. Los restos mordisqueados del pastel y la botella de cerveza apenas empezada sugerían que alguien lo había sorprendido en su incursión de media mañana en la cocina. Y que, tras la llegada de la señorita Hobday, una cosa había llevado, inesperadamente o no, a la otra, y que ésa era la explicación de la mancha en la sábana.

Y luego, el señorito Paul y la señorita Hobday, después de aprovecharse de la casa vacía, se habían ido a comer cada uno en su propio coche, para guardar la apariencia de que se habían encontrado en el lugar de la cita. Ethel quizá hasta recordó que el señorito Paul, en el extraño y breve trayecto hasta la estación, había llegado a decir que iba a comer con la señorita Hobday, y entonces Iris le informó de que le había dejado medio pastel de ternera y jamón, por si le entraba hambre. Él, por supuesto, no estaba obligado a comentar sus planes con el servicio, y sería extraño que lo hubiera hecho. Pero llevarlas en coche a la estación también era bastante extraño.

Era un día extraño.

Ethel, supuso ella luego, pudo haber imaginado esa historia sobre cómo habían sido las cosas, e incluso luego, llegado el caso, tal vez había comprobado que la historia tenía sus puntos flacos.

Pero lo más probable era que Ethel, al ocuparse de una de las dos cosas, o de las dos, no pensase mucho en ninguna de ellas, ni en sus nefastas implicaciones, ya que no era de su incumbencia pensar en tales asuntos. Tenía bastante con pensar en…, en que acababa de estar en casa de su madre.

¿Habría pensado Ethel, o Iris (que tenía más que ver con el pastel): «Bueno, si se lo comió, fue su última comida»?

Subió las escaleras. Además del libro de aventuras para chicos había otro tipo de libros populares, y entre ellos uno muy apreciado incluso por los adultos. Pero en las entrevistas diría que nunca tuvo demasiado tiempo para las novelas policíacas. Para leerlas, y mucho menos para escribirlas. La vida era ya un acertijo en sí misma.

Subió de la cocina y se adentró en el calor y la luz de los pisos superiores. Y entonces, pese a no tener ninguna necesidad de apresurarse —el reloj del pasillo marcaba las dos y veinte y el mundo seguía enfrascado en el almuerzo—, sintió el deseo de irse: ya había explorado lo suficiente.

Fue entonces, en cualquier caso (ello le permitiría saber siempre el momento exacto en que oyó el timbre), cuando el teléfono principal —o un supletorio— sonó en algún recoveco cercano en el que no había reparado antes. Se quedó helada. Tuvo la sensación extraña de que el teléfono había sonado porque se había acercado a él. No contestó: hacerlo habría sido una estupidez, aunque era bastante buena respondiendo a las llamadas. Los timbrazos se sucedieron durante el largo rato en que ella siguió inmóvil, como si, de haberse movido, el teléfono la hubiera visto (lo cual era sin duda otra estupidez).

Pero ¿no era absolutamente estúpido también quedarse allí quieta en aquel pasillo extraño sin ninguna ropa encima?

Subió la escalera y entró en el dormitorio. Estaba idéntico, por supuesto, a como lo había dejado. Sólo el sol, que seguía inundándolo, había bajado su ángulo un poco. La ventana abierta, la ropa sobre el sillón, los pantalones que él había desechado, aún enredados con una de las medias de ella. Las mantas y sábanas amontonadas a los pies de la cama. La mancha, un poco más seca. Y sin embargo parecía una habitación alrededor de la cual, pese al

breve intervalo transcurrido, se hubiera levantado una cerca invisible. ¿Era realmente la alcoba en la que…? ¿Era realmente allí donde…?

Era la más crucial de las preguntas. ¿Había sucedido de verdad?

Más allá de la ventana los pájaros trinaban sin tregua, y en el cielo azul no alcanzó a ver —o no recordaba haber visto— ni una mácula.

El espejo del tocador le devolvió la última triple imagen de su desnudez. Se vistió. La ropa se deslizó por su cuerpo como un disfraz ya muy usado. Tocó —sólo tocó, sólo pasó la mano sobre él, sin limpiarlo— su pantalón. No cerró la ventana. La dejó abierta, como él habría hecho, al desgaire. Era tarea de Ethel. ¿Y quién, además, iba a venir con una escalera de mano a…? No tocó la cama, ni siquiera para tapar la mancha.

Los dos jóvenes, en sus marcos de encima del tocador, no parecían prestarle la menor atención. ¿Era su vanidad la que fantaseaba que antes les habían estado mirando en la cama? Ahora miraban impasibles a través de ella a una cámara cuyo disparador alguien había apretado mucho tiempo atrás. Se quedó en el umbral y tomó su propia y última fotografía mental. Y se fue.

En el pasillo se detuvo de nuevo y cogió —arrancó— una de las orquídeas que se erguían en el bol. Bien, si él no lo había hecho, ella sí. Cayó en la cuenta enseguida de que, en caso de querer lucirla, sería la cosa más incriminatoria que se podría llevar. Si es que pensaba volver a Beechwood con una orquídea en el vestido. Pero no era para llevar. Se la guardó donde horas antes se había guardado la media corona. Quizá no tardaría en quedar aplastada y deshecha, pero era su prueba (una prueba para sí misma). Así ella siempre lo sabría. Ella y nadie más.

Historias de aventuras, no historias policíacas. Libros para chicos. Era eso lo que quería. Y el entrevistador, tratando el asunto un poco en broma y no queriendo que la entrevista diera la impresión de volcarse demasiado en los libros, tal vez le preguntaría: «Y de los propios chicos… ¿qué me dice?».

«Oh, sí», diría ella con un movimiento de su mano octogenaria como diciendo «¡qué cosas tiene usted!», y como si en un tiempo

hubiera habido montones haciendo cola. La audiencia, en sus asientos en la sombra, soltaría tal vez unas risitas corteses. Y el entrevistador, en medio de la chanza, acaso no percibiría el breve estrechamiento de los ojos ante el cambio de tema.

La vida misma podía ser una aventura. Ése era el mensaje subyacente (el «subtexto», dirían tal vez ahora) de todos aquellos libros. ¿Existía, de hecho, otro modo de vivir? Y la aventura no tenía por qué ser de piratas y de escapar por los pelos. Podía entrañar trances mentales constantes. Suponed, imaginad. Imaginad. ¿En qué empleaban su tiempo los escritores? Eran los seres menos aventureros del planeta, ¿no? Todo el día sentados ante un escritorio.

Pero ella no diría eso en las entrevistas. Se limitaría, con un destello protector en la mirada y apretando los labios con ironía, a orillar traviesamente su verdad íntima.

Comenzaré la historia de mis aventuras…

Dejó la llave debajo de la media piña de piedra. No le cabía en la cabeza cómo había podido romper Freddy aquella piña con un bate de críquet. Con un hacha de guerra, tal vez… Y no sabía cuál de los dos jóvenes en los marcos de plata era Freddy. Podría haberlo preguntado; tendría que haberlo preguntado, pero no lo había hecho. «¿Quién es quién? Háblame de ellos». ¿Habría sido el momento, acostados en la cama? ¿O él habría esquivado la pregunta con gesto de quien acaba de probar algo que sabe mal?

Ahora ya nunca lo sabría.

Allí al lado, contra el muro, estaba la bicicleta; la bicicleta potencialmente incriminatoria que no había incriminado a nadie. La hizo rodar durante unos minutos por la grava antes de montarse en ella, con hondas inspiraciones desiguales. Le dolía un poco la zona que se asentaba sobre el sillín. Se recogió y remetió la falda. El aire era cálido y claro, y se derramaba a su alrededor.

De pronto la inundó una libertad inesperada. Su vida estaba empezando; no estaba terminando, no había terminado. Nunca sería capaz de explicar (ni le pedirían que lo hiciera) aquella inversión ilógica, envolvente. Como si el día se hubiera vuelto del revés, como si lo que estaba dejando atrás no estuviera cerrado, perdido,

enterrado en una casa. De algún modo se había fundido —vertiéndose hacia fuera— con el aire que estaba respirando. Nunca sería capaz de explicarlo, y no lo sentiría con un ápice menos de intensidad ni cuando descubriera, como descubriría, cómo se había vuelto del revés realmente el día. ¿La vida podía ser a un tiempo tan cruel y tan dadivosa?

Salió. No tomó —como había hecho él al irse y ella al llegar— el camino de entrada que llevaba a la puerta y a la carretera. La costumbre y un viejo sigilo le habían hecho enfilar hacia el camino viejo. Dejó atrás las cuadras, los rododendros, el huerto, el cobertizo, el entramado de las hortalizas y el invernadero, y siguió por senderos serpeantes y pasos angostos entre arbustos selváticos, y fue a dar al espacio exterior que conducía a un bosquecillo. Le era familiar cada giro, cada recodo, cada caseta escondida, cada macizo de plantas. Se habían encontrado en ellos, y los habían utilizado multitud de veces. Estaba incluso su indicación habitual: «el sendero del jardín».

El camino secundario de Beechwood a Upleigh permanecería siempre en su cabeza, de forma que podría haber dibujado su mapa en cualquier momento, con la misma facilidad con la que habría dibujado el mapa de *La isla del tesoro* o de las andanzas de David Balfour en las Tierras Altas de Escocia. Conservaría siempre esa destreza —con su carácter, por supuesto, de contradicción, de traición— para bosquejar un mapa secreto.

—El sendero del jardín, Jay.

Y en cierta ocasión, con una sinceridad extraña, y como en un eco:

—No te llevaré nunca por él.

Más allá del bosquecillo había una pequeña espesura de hierbas y zarzales, y luego un seto descuidado, donde había otra salida de lo que eran aún terrenos de Upleigh. Ello obligaba a bajarse de la bicicleta para pasarla por encima de los escalones, pero lo había hecho tantas veces… Podría, por supuesto, haber dejado la bicicleta bien oculta en el seto (era lo que solía hacer). Pero la orden seca de él le había otorgado el derecho a utilizar la entrada principal.

Más allá del seto vivo —era tupido y ancho en ese punto, y daba la impresión de que en el espacio de unas horas los espinos habían generado más hojas verdes y más espumosos brotes blancos— se

abría la curva de una estrecha carretera rural. Una vez en ella, podía pedalear con brío hacia cualquier parte: no era sino una joven montando en bicicleta en una espléndida tarde de domingo.

Aunque durante un instante desesperante no supo qué camino tomar. Debían de ser las tres. Le quedaba aún media tarde. Si torcía hacia la izquierda regresaría a Beechwood por el camino más rápido, por lo que la opción obvia era torcer hacia la derecha. Pero ¿hacia dónde? Sin dejar de pedalear, decidió que le tenía sin cuidado, que lo importante era seguir a toda velocidad cortando el aire vivificante, y como el desvío hacia la derecha le llevaba hacia un largo y soleado descenso seguido de una suave cuesta (la parte trasera de los terrenos de Upleigh), vio que su decisión de indecisa había sido acertada.

Pedaleando con fuerza primero y luego ganando velocidad a piñón libre, oía el zumbido de las ruedas, sentía el aire entrándole en el pelo, en la ropa y, tuvo la sensación, casi en las venas. Sus venas cantaban, y ella misma habría cantado si la fricción del aire no le hubiera callado la boca. Nunca lograría explicar la libertad total, la creciente sensación de «posibilidad» que sintió en esos momentos. A lo largo y ancho del país, criadas y cocineras y niñeras habían tenido el día libre, pero ¿alguna de ellas se había «desmelenado» tanto como ella? ¿Lo había hecho Paul Sheringham, incluso?

¿Podría haber hecho lo que había hecho aquella mañana si hubiera tenido una madre a la que visitar? ¿Podría haber tenido la vida que aún no sabía que tendría? ¿Podría haber sabido su madre, al tomar aquella terrible decisión, cómo había bendecido a su hija?

Y, como una madre para ella misma, nunca olvidaría a aquella chica en bicicleta, si bien nunca se lo mencionaría a nadie, nunca diría ni media palabra.

¿Chica? Tenía veintidós años. Y el aire le henchía la falda y llevaba un gorrito muy dentro de la vulva.

Más allá de la cima de la cuesta había un cruce con uno de esos postes señalizadores rurales de cuatro brazos (negro sobre blanco). Podría haber tomado una dirección cualquiera y haber seguido pedaleando eternamente. Tenía su tesoro secreto. ¡Se había comido

un trozo de pastel y bebido un trago de cerveza en la casa que se divisaba a lo lejos, detrás de aquellos árboles!

Pero se detuvo durante un buen rato en el cruce. Eran las tres. En Henley, ahora, una vez terminados los postres, tal vez reflexionaban sobre el inminente acontecimiento. El señor Hobday estaría estableciendo su autoridad benigna sobre el grupo y el señor Niven tal vez se sentiría esperanzado ante la posibilidad de no tener que poner de su bolsillo para pagar la cuenta. Entretanto, en Bollingford, los protagonistas de sus consideraciones risueñas quizá habrían dejado atrás, milagrosamente —¿quién podía saberlo?—, el momento de un enfrentamiento casi terminal. Su pelea habría sido sofocada por el champán. Emma Hobday habría sucumbido al aplomo incontestable de Paul Sheringham: «¿Crees que debemos, Emsie? ¿En un día como éste? ¿Y sólo porque he llegado media hora tarde?… Bueno, sí, cuarenta minutos. ¿Qué son diez minutos más o menos?». Su mano, para entonces, habría encontrado ya la rodilla de Emma.

¿Es así como pudieron ser las cosas después de todo? Todas las escenas. Suposiciones.

Estaba con un pie en la cuneta y el otro en el pedal. No había ni un barrunto de tráfico en ninguna dirección. Sólo el canto de los pájaros y, en el aire cálido, el runrún y la conmoción apenas audibles de… todo. La primavera.

Tomó el camino de la izquierda, y al cabo de unos dos kilómetros torció de nuevo hacia la izquierda. Era un trayecto tortuoso el que llevaba a Beechwood. Disponía aún de media tarde, pero ahora sabía lo que quería hacer con el tiempo que le quedaba.

Era, de todas formas, lo que podría haber hecho, lo que podría haberle dicho al señor Niven que iba a hacer si las circunstancias, felizmente, no hubieran dictado algo muy distinto. O quizá hubiera montado en la bicicleta, con un sándwich que le habría preparado Milly y su media corona, y hubiera buscado un lugar soleado y tranquilo donde sentarse, y echarse, con la bicicleta y el libro. Era un libro de Joseph Conrad. Nunca había leído nada de él. Lo acababa de empezar.

Podría haberse traído el libro, pensó; ahora lo tendría en su poder. Pero habría sido un despropósito. ¡Por la puerta principal, con el gorrito dentro… y un libro para leer! Pero si el teléfono no

hubiera sonado con un timbre de triunfo, podría haber dicho desde un principio que iba a sentarse tranquilamente en el jardín con un libro.

«Si me da usted su permiso, señor Niven».

Y él, imaginando la encantadora escena, habría dicho: «Por supuesto que sí, Jane».

Bien, ahora su día libre, su Domingo de las Madres, terminaría como podría haber empezado.

Así que para acudir a su cita con un libro —con Joseph Conrad — torció hacia la izquierda, y luego volvió a torcer hacia la izquierda: así llegaría a Beechwood antes de lo necesario, aunque no directa y rápidamente. Aún podría disfrutar de aquel sol glorioso y de la emoción de sentirse tan viva bajo él y montada en una bicicleta que emitía un zumbido y un runrún. Algo que podría guardar grabado en la memoria para siempre.

Llegó, pues, a Beechwood poco después de las cuatro, y vio que el señor y la señora Niven, para su sorpresa, ya habían vuelto a casa. El señor Niven estaba de pie en el suelo de grava, junto al Humber, casi de forma idéntica a como lo había visto por la mañana antes de irse, pero claramente —reparó al acercarse— con un estado de ánimo muy diferente.

—Jane… ¿Eres tú, Jane? —le dijo.

Qué extraño que le dijera eso. ¿Era acaso otra persona?

—Jane, ¿eres tú? ¿De vuelta tan pronto? Tengo una noticia penosa que darte.

Un día, cuando hiciera mucho tiempo que su trabajo —su oficio, y la razón por la que se la «conocía» tanto— fuera escribir historias y batallar con denuedo con las palabras, le formularían otra pregunta eterna, y en cierto modo tediosa:

—Así que ¿cuándo…, cómo se hizo usted escritora?

Ella la había respondido ya muchas veces, y, la verdad, no es posible responder de forma distinta a la misma pregunta todas las veces. Sin embargo, desde que se dedicaba a contar historias, la gente, de modo sorprendente, no llegaba a la conclusión de que al responder siempre lo mismo quizá estaba contando otra historia, y de alguna forma tomándoles el pelo. La creían a pies juntillas.

Después de todo, era una buena respuesta, una respuesta perfectamente irrefutable.

—Al nacer. Al nacer, por supuesto —diría cuando le hacían esa pregunta; incluso cuando tenía setenta u ochenta o noventa años y su nacimiento, siempre un hecho misterioso, fuera ya el más remoto y extraño de los acontecimientos—. Era huérfana —diría por enésima vez—. Nunca conocí a mi padre ni a mi madre. Ni mi nombre verdadero, si es que alguna vez tuve alguno. Eso me ha parecido siempre una base inmejorable para que alguien se convierta en escritor (de narrativa, sobre todo). Carecer de datos personales. Recibir una hoja en blanco, o, mejor, *ser* uno mismo una hoja en blanco. No ser nadie. ¿Cómo se puede llegar a ser alguien sin antes no haber sido «nadie»?

Y podía asomar a sus ojos un destello característico, o aparecerle una arruga más en una comisura de la boca, y el entrevistador podía pensar que sí, que en ello había cierto toque de astucia. Jane Fairchild era conocida por ser perra vieja. Pero su mirada, pese a los centelleos, era firme, y la cara, pese a las asperezas, esencialmente lisa. Y hasta parecía que estaba planteando una inocente «contrapregunta»: «¿Cree que yo iba a mentirle?».

—No sólo huérfana —continuaría—, sino expósita. Ahí tiene una palabra curiosa. No es muy común hoy día, ¿verdad? Expósito. Suena a palabra del siglo dieciocho. O de cuento de hadas. Pero me dejaron en los escalones de un orfanato. En una especie de fardo, supongo. Y me acogieron. Eso me contaron. En aquel tiempo había sitios donde se hacían esas cosas. 1901. Era un mundo diferente. Y no es un comienzo de vida que cualquiera de nosotros pudiera desear. Pero en cierto modo… —aquí reaparecía el centelleo— es el comienzo perfecto.

»Mi apellido, Fairchild, era uno de los nombres que se les daba a los expósitos. Hubo montones de Fairchild, Goodchild, Goodbody[5] y demás que salieron de un orfanato (y así pudieron tener, supongo, un comienzo bienintencionado en la vida). La gente a veces me pregunta (quién sabe por qué) si escribo con mi nombre verdadero. Bueno, pues sí, escribo con mi nombre verdadero, con el nombre y apellido que me dieron: Jane Fairchild. Pero también podría llamarme Jane Foundling[6]. De hecho ése es un nombre que suena muy bien, ¿no cree?

—¿Y Jane?

—Oh, Jane es el nombre de cualquier mujer, ¿no? De cualquier chica. Jane Austen, Jane Eyre, Jane Russell…

Y así, con el destello en la mirada y la tensión en los labios apretados, daba la impresión de haber venido al mundo con un permiso innato para inventar historias. Y con una íntima preocupación por el modo en que las palabras se asocian a las cosas.

—Mis derechos de nacimiento, por así decirlo. Si me permite el juego de palabras[7].

Pero nunca revelaría que cuando se convirtió realmente en escritora, o se plantó de verdad la simiente en ella (era una palabra interesante, «simiente»), fue un caluroso día de marzo —cuando tenía veintidós años— en que había vagado por una casa sin un ápice de tela encima —tan desnuda, diríamos, como su madre la trajo al mundo— y se había sentido más ella misma, más Jane Fairchild, de lo que se había sentido en toda su vida, y también, como jamás en la vida, una especie de fantasma. Había sentido, podría decirse, lo que significa realmente venir a este mundo; ser depositada, por así decir, en su umbral extraordinario.

¿Y cómo, después de todo, iba a admitir estas cosas en una entrevista pública (viva y alegre, como algunas de sus entrevistas podían ser): anduve desnuda por una casa que no era mía, una casa en la que nunca había estado antes? ¿Y qué me llevó a hacerlo? Bien, ahí había una historia, una historia que ella se había jurado no contar jamás. No lo había hecho. Ni lo haría nunca.

Y ahí la tenéis, miradla, una narradora de profesión.

Era el Domingo de las Madres de 1924. Algo muy distinto a la memez que hoy llaman Día de la Madre. Y ella no tenía madre.

Fue educada en un orfanato, y luego la enviaron a servir. Otra frase que hoy ya no se oye muy a menudo, pero también otro «comienzo en la vida» que ella recomendaría a quienes quieran dedicarse a escribir (si bien sería algo difícil de recomendar en 1980 o 1990), ya que te convierte en un observador profesional de la vida, te pone a observarla desde el exterior. Ya que aquellos que sirven sirven, y aquellos a quienes se sirve, viven. Aunque, a decir verdad, a veces parecía exactamente al revés. Eran los criados los

que vivían —y una vida dura de verdad—, y aquellos a quienes se servía parecían no saber muy bien qué hacer con sus vidas. Eran verdaderas almas perdidas, de hecho, algunas de ellas…

La enviaron a servir a los catorce años. Dos años después, en 1917, había entrado a trabajar en Beechwood, Berkshire. Había sido «acogida» una vez más, podríamos decir, por el señor y la señora Niven, cuya familia había quedado recientemente diezmada por la muerte de dos hijos, y que en aquellos años apurados de la guerra no necesitaban más que una criada novata (o quizá simplemente barata) además de la cocinera.

Por motivos que tal vez sólo conocían ellos —aunque no eran tan difíciles de adivinar— habían decidido «acoger» a una huérfana, y luego habían descubierto que la pobre chica abandonada no carecía de agudeza y buen juicio. Resultó que sabía leer, mucho mejor que la mayoría de las criadas, y no sólo palabras como «Brasso» en una lata, y sabía escribir muchas cosas más que una lista de la compra, y sumar…

—¿Puedes decirme, Jane, cuánto suman tres con seis más siete con seis?

—Once chelines, señor Niven.

Era alguien a medio instruir.

Y un día salió con que quería leer libros. ¡Libros! Y en lugar de sonar a descaro redomado lo que hizo fue sacudir los impulsos caritativos latentes en la casa. Así, avivó en el señor Niven cierta disposición para la indulgencia paternal, hasta el punto de permitir que aquella huérfana —aquella Fairchild— tomara prestados libros de su biblioteca.

Cuando el señor Niven supo el tipo de libro que su criada prefería podría haberse opuesto amablemente aunque con firmeza, pero acaso esa preferencia no hizo sino estimular aún más su proclividad a la indulgencia. A veces el propio señor Niven se encerraba en la biblioteca. Para eso eran, pensaba ella en ocasiones, las bibliotecas: para que los hombres desapareciesen en ellas (y siguieran estando muy presentes pese a haber desaparecido en ellas). A veces pensaba que el señor Niven se encerraba en la biblioteca para llorar.

La indulgencia del señor Niven se extendió hasta amparar algunas «desapariciones» ocasionales de su sirvienta. El señor y la

señora Niven normalmente no tenían queja alguna de su trabajo, antes bien al contrario, pero de cuando en cuando, extrañamente, parecía ausentarse —es decir, aparte de sus días y medios días libres—. Como cuando se eternizaba al salir a hacer un simple recado. O las veces que decía que había tenido un pinchazo, o que se le había vuelto a salir la cadena (¿cargaba con una maldición aquella «segunda bicicleta»?), y había tenido que pedir ayuda a otros ciclistas que pasaban. Pero había veces —en los momentos menos atareados del día, es cierto— en las que sencillamente no había forma de encontrarla.

Aunque quizá ahora esas ausencias podían explicarse. Se encerraba un rato en su cuarto, no como ingenuamente se pensaba antes para lamentarse en la intimidad de su triste condición de huérfana, sino para leer un libro. No podía autorizársele a tomar prestados libros de la biblioteca y luego no concederle cierto tiempo para que pudiera leerlos. Y había que reconocer que la casa ya no era como en los viejos tiempos; no era una casa gobernada con rigidez, una casa regida por una disciplina estricta. Sólo había que ver adónde había llevado al mundo la reglamentación excesiva.

¿El señor Niven —o su mujer— se había preguntado, había adivinado alguna vez…?

Oh, sí, diría ella, con aquel destello en los ojos, había sido muy afortunada por haber nacido sin datos personales. Sin un nombre siquiera, de hecho. O una fecha real de nacimiento. Así que no sólo no tenía nombre: tampoco tenía edad. Y al decirlo su rostro de ochenta años parecía florecer.

Como fecha de nacimiento se le asignó el primero de mayo, según un cálculo aproximado, y quizá porque era una fecha bonita, lo mismo que era bonito el nombre Jane Fairchild. Parece que algunas madres dejaban una pequeña nota dentro del fardo del bebé con una fecha de nacimiento y un nombre. Sólo un nombre de pila. Cuanto más común mejor. Nadie dejaba un bebé llamado Laetitia. Y además, si se piensa bien, el nombre debió de ser sólo un pensamiento. ¿Y no era cualquier nombre sólo un pensamiento? ¿Por qué al árbol se le llama árbol?

Hasta puede que le hubiera gustado llamarse Jane Bundle[8].

¿Importaba que uno se equivocara con su fecha de nacimiento? ¿Que en realidad hubiera nacido el 25 de abril, aunque nunca llegara a enterarse? Un día equivocado se convertía en el día correcto. Ésa era la gran verdad de la vida: que el hecho y la ficción estaban siempre fundiéndose, intercambiándose. Las criadas, de todas formas, no tenían muchas oportunidades de celebrar su cumpleaños, en caso de que supieran cuándo era. No se les daba el día libre. Y ser criada era un poco como ser huérfana, ya que vivías en la casa de otra persona; no tenías ninguna casa adonde ir.

Salvo el Domingo de las Madres. Le daban el día libre para que fuera a ver a su familia. Lo cual siempre le producía cierta sensación de extravío. ¿Qué hacer…, qué hacer con una misma el Domingo de las Madres? Difícilmente podría salir en busca de la suya.

Aunque ¿qué habría hecho consigo misma, con su vida, en caso de no haber sido una criada? Suponía que —y la cara llena de arrugas le florecía de nuevo…— se trataba de un trance humano muy común. Sentirse desorientado, no saber qué hacer con uno mismo.

«Mis años de criada», solía llamarlos. «Mis años de criada». Y nunca añadía «pero no durante mucho tiempo mis años virginales». «Mis años de servicio». Era difícil pensar ahora en un tiempo en que la mitad del mundo estaba «de servicio». Nació en 1901 —al menos el año parecía responder a la realidad— y creció hasta tener la edad para ser sirvienta, el destino que cualquiera le habría augurado. Pero también para llegar a ser escritora, algo que no le habría augurado nadie. Ni siquiera el bondadoso comité del orfanato que la había «rebautizado» como Jane Fairchild y le había asignado como fecha de nacimiento el primero de mayo. Ni —menos aún, quizá— su propia madre.

Cuando en las entrevistas se le pedía que describiera el ambiente de aquellos años de guerra (refiriéndose, por supuesto, a la Primera Guerra Mundial), ella solía decir que había sucedido hacía tanto tiempo y parecía tanto otro mundo que tratar de recordarlo sería un

poco como… escribir una novela. ¿Vivía ella realmente en aquellas fechas? Pero, para ser honesta, tendría que añadir que no había sido ajena a todo aquello, por supuesto, a toda aquella pérdida y aflicción acumuladas. ¿Cómo habría podido alguien ignorarlas? Cada semana limpiaba el polvo de dos cuartos donde todo debía seguir «exactamente como estaba». Entraba en ellos, aspiraba tal vez un poco de aire, y se ponía manos a la obra.

Pero nunca les había conocido, nunca había conocido a los chicos que habitaron aquellos cuartos, y lo que solía pensar era: Una habitación entera, llena de muebles, para *cada uno* de ellos. Y si te han privado de absolutamente todo al nacer —como sin duda era su caso—, ¿cómo vas a tener algo que ver con todo aquello, cómo vas a poder interesarte por ello? La guerra no era por su culpa, ¿no? Y sí, podría decirse que era afortunada, por no tener ni un hermano ni un padre, y aún menos, a su edad, un marido en quien pensar. Y sí, podría decirse que había tenido la suerte de haberse educado en un buen orfanato (no todos eran centros perversos llenos de abusos). Su madre, fuera quien fuese, quizá no había carecido de cierto criterio.

Así que había recibido una educación rudimentaria cuando muchos que tenían padres habían carecido de ella. Cuando muchos de quienes habían sido enviados a las trincheras no la tenían. La habían puesto a servir a los catorce años, cuando ya poseía una notable destreza para leer y escribir y, libre de todo lazo familiar, tal vez mayores ansias de lo habitual de vivir la vida.

¿Y quién no querría ser Jane Fairchild, nacida el primero de mayo?

Oh, sí —y su cara florecía una vez más—, era muy afortunada al haber nacido en la indigencia.

—¿Eres una orquídea, Jane? —le había dicho Milly la cocinera, después de estudiarla detenidamente al poco de su llegada, como para asegurarse de con qué tipo concreto de espécimen iba a tener que trabajar a partir de entonces—. Porque mi madre también era una orquídea[9].

¿De veras había dicho eso? Y, en caso afirmativo, ¿había utilizado la palabra a propósito, a sabiendas, sabiendo que estaba

empleando una palabra errónea, no la correcta? En la mirada de Milly la cocinera podía verse la más pura expresión de ingenuidad y candor. ¿Importaba que estuviera utilizando una palabra equivocada… si esa palabra equivocada era mejor que la correcta? Habría estado mal indicarle que había cometido un error de vocabulario; habría estado mal poner de manifiesto, en ese preciso instante, la pobreza de lenguaje y la falta de educación de la cocinera, al tiempo que ella reafirmaba su competencia verbal. Es decir, si es que se trataba de un error.

Y si eras huérfana tal vez podías convertirte en una orquídea, como Cenicienta se convirtió en una princesa.

¿De veras había dicho eso? ¿O la había oído mal? ¿O había inventado aquel pequeño intercambio verbal entre Milly y ella? ¿Ya en aquel mismo momento? Seguramente no. La gran verdad de la vida. De forma que algún día podría llegar a inventar todo un personaje —menor, pero harto pintoresco en su novela *Dímelo otra vez* (pensó incluso en llamarlo Milly Cook[10])— muy dado a confundir palabras. Que dijera «descamisado» cuando quería decir «descaminado» y cosas por el estilo. Y, de hecho, la cocinera Milly de carne y hueso se fue convirtiendo más y más, en el curso de aquellos «años de criada» de Jane en Beechwood, y ciertamente en aquel Domingo de las Madres, en una cocinera de cuento, regordeta y robusta y de mejillas coloradas, con unos antebrazos perfectos para manejar boles y cuencos.

Pero lo más importante —y extrañamente patente— era que Milly la cocinera, que le llevaba tan sólo tres años, se propuso implícitamente ser su madre —la madre de Jane Fairchild, su madre sustituta— hasta el final. Y era tal la sinceridad que emanaba de Milly que ella, la criada nueva y desorientada, no pudo evitar aceptar implícitamente el ofrecimiento. Y no renegó nunca de haberlo hecho, por mucho que pronto se pusiera de manifiesto que era muchísimo más lista que Milly, de tal suerte que Milly, cuyo cerebro no albergaba ni una pizca de inteligencia ni de astucia, enseguida pasó a parecer la hija.

Sin embargo, siempre se preguntaría si de verdad había querido decir «orquídea». Y hasta qué punto había llegado a enterarse, cuánto había ido adivinando a lo largo de los años, de su relación con Paul Sheringham.

Al final llamaría al personaje Molly Cook. Y la duración de su adopción, por así decir, por Milly sería de siete años, ya que seis meses después de aquel Domingo de las Madres Milly la cocinera, que siempre había tenido sus excentricidades con las palabras, empezó a perder la cabeza gravemente y hubo que recluirla en algún lugar (Jane nunca supo cuál, a menos que se tratara de la casa de su madre) donde se recluía a las mujeres de su clase y condición para no salir jamás.

Así que se quedó huérfana, podríamos decir, por segunda vez.

¿Y si a los huérfanos se les llamara «orquídeas»? ¿Y si al cielo se le llamara «tierra»? ¿Y si a los árboles se les llamara «narcisos»? ¿Habría alguna diferencia respecto de la naturaleza real de las cosas? ¿O de su misterio?

¿Y si no se hubiera quedado en la cama y hubiera bajado las escaleras con él, desnuda, con los pies fríos sobre el piso frío de baldosas de escaques, para coger una orquídea del bol y prendérsela en la solapa?

«Para mí. Ya que no nos volveremos a ver nunca más».

Como en una escena descabellada de un cuento descabellado.

Se convertiría en escritora, y puesto que era escritora, o puesto que era eso lo que la había convertido en escritora, se vería constantemente asediada por la volubilidad de las palabras. Una palabra no era una cosa, no. Una cosa no era una palabra. Pero, de algún modo, ambas —cosas— se habían vuelto inseparables. ¿Era todo una gran invención? Las palabras eran como una piel invisible, una piel que envolvía el mundo y le confería realidad. Pero no podías decir que el mundo no estuviera ahí, no fuera real si quitabas las palabras. En el mejor de los casos parecía que las cosas bendecían las palabras que las nombraban, diferenciándolas, y que las palabras lo bendecían todo.

Pero nunca decía estas cosas en las entrevistas.

A veces hablaba de ellas —incluso en la cama— con su marido Donald Campion. Ella le llamaba el Gran Disector. Y él la llamaba la Gran Vivisectora. ¡Una señora palabra! Y ella le sacaba la lengua.

—¿Y qué otras cosas cree necesarias para llegar a ser escritor?

—Bueno, tienes que entender que las palabras son sólo palabras,

sólo pedacitos de aire…

Las patas de gallo que le orlaban los ojos bailaban (no había duda).

—Oh, historias de aventuras, por supuesto; historias de chicos. A pesar de que seguía habiendo una guerra y de que todas aquellas lecturas de chicos se habían vuelto auténticas bobadas. Auténticas tonterías.

—¿Y… los chicos? ¿Los propios chicos?

—¿Se refiere a… aventuras *con* chicos?

Se convertiría en escritora. Viviría hasta los noventa y ocho años. Viviría para haber visto dos guerras mundiales y los reinados de cuatros reyes y una reina. Casi dos reinas, de hecho, ya que debieron de engendrarla —por los pelos— en el reinado de la reina Victoria. «Engendrada, y luego olvidada».

Tenía diez años y estaba en un orfanato cuando un gran barco chocó contra un iceberg, provocando unos cuantos huérfanos más. Tenía doce años cuando una mujer se arrojó a los cascos del caballo de un rey. Y acababa de cumplir quince cuando entró a trabajar una temporada (un verano) en una gran casa —jamás había visto palacio semejante— y lo aprendió todo sobre las emisiones nocturnas.

Viviría hasta ser casi tan vieja como el siglo, y saber que probablemente había sabido y visto —y escrito— lo bastante. Le tenía sin cuidado, solía decir alegremente, si llegaba o no al año 2000. Era un prodigio haber llegado tan lejos. Su vida tenía un «19» escrito en ella, y diecinueve años era una edad muy buena. Y su cara florecía.

No es que en realidad fuera excesivo lo que había sabido y visto en setenta, ochenta, noventa años. «Sus años de criada», «sus años de Oxford», «sus años de Londres», «sus años de Donald». Vivió en su pequeña ranura, ¿no? ¡Todos aquellos años de trabajo! Incluso sus años de lo que llamamos fama, de ir de aquí para allá por todo el mundo, de estar en sitios en los que jamás habría soñado que llegaría a estar… Todos aquellos años habían llegado a

desdibujarse. Y ahí teníamos a «Jane Fairchild con setenta años», «Jane Fairchild con setenta y cinco», «Jane Fairchild con ochenta». ¡Por el amor de Dios! Y teniéndoselas que ver una y otra vez con las mismas preguntas.

Pero si teníamos en cuenta lo que había visto con la mirada de la mente… Bien, pues entonces… Todos los lugares, todos los escenarios. *En los ojos de la mente* era el título de su libro más conocido. ¿Y podía deslindar lo que había visto con ellos de lo que había vivido de verdad? Por supuesto que podía: no era una fantasiosa. Y por supuesto que no podía. En eso consistía ser escritora, ¿no? En abarcar la materia de la vida. El quid de la *vida* estribaba en abarcarla.

¡«Sus años de Oxford»! Era un ejemplo claro. Sí, había ido a Oxford. Podía en verdad decir eso, pero por supuesto no como podían decirlo otras personas. Pero le encantaba decir alegre y libremente en las entrevistas: «Oh, sí, fui a Oxford». O «Cuando estuve en Oxford…».

Sí, en octubre de 1924 había ido a Oxford a trabajar de dependienta en una librería, la
Paxton's
Bookshop, en Catchpole Lane. Y los libros, lo sabía ya entonces, eran una de las necesidades, uno de los puntales de su vida.

Era su primer trabajo después del de criada, y el primer gran paso en la vida que había dado por sí misma. No era gran cosa, podría decirse, pasar de criada a dependienta, pero había requerido cierta iniciativa y osadía, e incluso cierta destreza en la escritura al contestar al anuncio. Y había requerido asimismo la colaboración del señor Niven, que le había proporcionado unas referencias. Y en ellas quizá hasta había afirmado que su sirvienta había hecho más uso de su biblioteca que él mismo.

En cualquier caso, había conseguido el empleo. Y el señor Niven debió de entender la importancia de ese gran paso, y del hecho de que ella estaba decidida a darlo, ya que en la despedida le dio diez libras (¡diez libras!) para que pudiera trasladarse a Oxford. Ella, de todas formas, tenía el dinero que había ido ahorrando de su sueldo de sirvienta (no tenía familia que pudiera necesitar ayuda

económica), por no mencionar las medias coronas y los florines que el señor Niven le había ido dando de cuando en cuando.

El señor Niven había aprendido a hacer economías, pero aún quedaban en él vestigios de largueza.

Para entonces Milly se había ido de la casa y había una cocinera nueva llamada Winifred, y pronto llegó también otra criada. Y ella, Jane Fairchild, jamás sabría qué fue de Beechwood o Upleigh. Jamás volvería. Era casi una superstición. Algunas cosas, algunos lugares adquieren una existencia más real en la mente. Ni cuando tuvo coche —sobre todo cuando tuvo coche— volvió a ninguno de esos dos lugares; ni siquiera para conducir hasta allí, detenerse, mirar y preguntarse.

Fue a Oxford, a trabajar para el señor Paxton. No era más que una dependienta. Pero una dependienta competente, cada día más familiarizada con los libros y —quizá lo más importante— muy buena con los clientes, desde simples vecinos de la localidad hasta la flor y nata de la universidad, catedráticos incluidos. El señor Paxton pronto vio con claridad que había conseguido un elemento humano valioso. Y también que la creciente familiaridad de su empleada con los libros llevaba aparejada una creciente familiaridad con sus clientes.

El caso es que empezó a trabar amistad, a salir, incluso a acostarse con algunos de ellos, y no sería erróneo afirmar que era algo que ella había esperado, o presentido vagamente. Si no podía «ir a Oxford» en el otro sentido, se relacionaba íntimamente con quienes sí lo habían hecho. Se podría decir incluso que se movía en «círculos» universitarios con más éxito y libertad que muchos —pobres empollones como eran— que estudiaban *allí*. Hasta pasaba bastante convincentemente por ser una de esas raras criaturas que tanto terror inspiraban: las estudiantes universitarias.

—¿Y qué estudias?

—¿Estudiar? Oh, no, yo no soy más que una dependienta.

Era digno de ver cómo se le iluminaban los ojos a la gente al oír eso.

Luego quizá se atrevía a añadir:

—Trabajo de dependienta, pero… también escribo.

Un día, en la pequeña oficina de la librería, el señor Paxton, atento observador de la situación y hombre dedicado a su familia,

le dijo:

—Voy a comprar una máquina de escribir, Jane. Ésta ha visto mejores tiempos.

Había una expresión torpemente estoica en sus ojos, como si estuviera hablando de sí mismo. La máquina de escribir vieja estaba en perfecto estado.

—¿La quieres? —dijo.

Y fue entonces, podría decirse, cuando se convirtió realmente en escritora. Por tercera vez. Primero al nacer. Luego un día espléndido de marzo, cuando era una sirvienta.

¡Sus días de Oxford! ¡Sus años de Oxford! Oh, fueron días maravillosos. Conoció bien Oxford. Fue algo equiparable a una educación. Y, si hemos de ser absolutamente sinceros, a veces, en algunos aspectos, la educadora fue ella. Para algunas de las mejores mentes del país. ¿Para cuántas, en Oxford? Oh, ahora no lograba recordarlo. Y, por supuesto, fue en Oxford donde conoció a su marido, Donald Campion. Pero ésa era otra historia. Era curioso cómo podía decirse eso de la vida misma: ésa era otra historia.

—No fue lo que se dice un matrimonio apacible, ¿no? El de usted con Donald Campion.

—¿Por qué dice eso?

—Bueno…, dos cabezas. Dos carreras. Él era el joven y brillante filósofo, ¿no es así?

Ella no dijo: «Era una cuestión de cuerpos, también». Aunque a los ochenta años tampoco habría salido del todo mal parada. A decir verdad —si bien Donald Campion no llegó a saberlo nunca—, Donald le recordaba a Paul Sheringham. Y es obvio que no iba a revelarlo ahora en una entrevista.

«¿Quiere decir que no pudo haber sitio suficiente para sus libros y los míos?». Pero tampoco dijo eso. A veces sabía quedarse muda con la misma contundencia con la que sabía soltar una agudeza. Qué buena máscara haber cumplido ochenta años y tener una cara como un salvaúñas estrujado…

—Y… tan trágicamente corto —dijo el entrevistador, torpemente.

«¿Donald o el matrimonio?». Pero tampoco dijo eso.

—Sí, fue trágico —dijo ella con voz de pedernal. Y no dijo, como podía haber dicho (a los ochenta podía ser oracular): somos combustible. Nacemos y nos quemamos; algunos con más rapidez que otros. Hay diferentes clases de combustión. Pero sin arder, sin incendiarse, la vida sería triste, ¿no le parece?

Pero lo había dicho, de todas formas —o algo parecido—, en algún pasaje de un libro. Y, a decir verdad, el duelo por la muerte de Donald, el segundo duelo de su vida, fue como el fin de su propia vida. Podía haberse arrojado a su pira funeraria. Pero en lugar de ello se convirtió en una escritora famosa y mejor.

En los ojos de la mente no se publicó, no se terminó y en cierto modo ni siquiera se *empezó*… hasta que un tumor cerebral le arrebató a Donald en el otoño de 1945. La broma sombría de éste al respecto era que siempre había sido muy sesudo. Y otra de sus bromas era que ya no había peligro de que pudiera infringir la Ley de Secretos Oficiales. Había sobrevivido a la guerra descifrando códigos, y su mejor trabajo estaba aún por llegar. Ahora todo habría de ser —pensó Jane (era su propia broma sombría)— como una obra de ficción.

—Teníamos el mismo dilema, ¿sabe? Donald y yo. Las palabras y las cosas.

Le había dado vueltas a la idea de titularla *Todo en la mente*. E incluso *Secretos oficiales*. Pero quién querría publicar una novela con ese título. *En los ojos de la mente*… *Todo en la mente*… Cualquiera de ellos sonaba abstracto, y hasta un poco cerebral. ¡Ja! Doce años de esposa de un filósofo.

De hecho era su libro más físico, más carnal, más abiertamente *sexual*. Al fin había encontrado el modo de escribir sobre ese *tema*. Y había sido su primer gran éxito. Tenía cuarenta y ocho años; no eran tantos (se les deparan ciertas misericordias) para una escritora, pero sí demasiados para ser la madre que, por razones personales, siempre había evitado ser. Podría decirse que no había recibido muy buenos ejemplos de la maternidad. Salvo el de Milly. Ahora, sin Donald y su mirada gris azulada y el tableteo de su risa, desearía haber tenido descendencia.

Cuarenta y ocho años y famosa. *En los ojos de la mente*. A alguna gente le había conmocionado y escandalizado. Estaban en 1950. Veinte años después se consideraría un texto incluso timorato. Y —

para empeorar las cosas— era una mujer, «una dama novelista». ¿Una dama novelista? ¿De dónde se habían sacado esa expresión? ¿Y de dónde pensaban que venía ella?

Cuarenta y ocho años y famosa y viuda y sin hijos y aún sin haber cumplido la mitad de la edad que habría de alcanzar su vida huérfana.

—Tengo una noticia penosa que darte.

Mientras el señor Niven hablaba, las palabras hacían gala de su voluble facultad de disociarse de las cosas. Era tal su patente forcejeo para encontrar las que buscaba y tal la experiencia reciente de Jane que ésta le entendió «noticia fogosa». «Tengo una noticia pasmosa que darte». Una distorsión que ni la mismísima Milly habría logrado perpetrar.

Y cuando, después de unas cuantas palabras más, dijo: «Te has puesto muy pálida, Jane», ella tuvo el pensamiento fugaz de que eso era algo que a la gente sólo le pasaba en los libros. La gente sólo «se ponía pálida», o «se le encendía la cara de ira», o «sus ojos despedían fuego» o la sangre «se le helaba en las venas» en los libros. Libros que ella había leído.

—Siento tanto tener que decirte esto, Jane… En el Domingo de las Madres.

Como si hubiera regresado expresa y prontamente a Beechwood —parecía haber venido solo— para darle una noticia que la concernía a ella. Como si tuviera que darle la noticia inesperada de que no tenía madre.

—Ha habido un accidente, Jane. Un accidente fatal. Que implica a Paul Sheringham. Al señor Sheringham, de Upleigh.

Ella tuvo la presencia de ánimo necesaria —¿o fue un mero reflejo balbuciente?— para preguntar:

—¿En Upleigh?

—No, Jane. En Upleigh no. En la carretera. Un accidente de coche.

Fue entonces cuando dijo:

—Te has puesto muy pálida, Jane.

Incluso pareció que iba a avanzar un paso con los brazos extendidos, un tanto vacilante aunque en actitud gentil, como

temiendo que fuera a desmayarse.

Nunca sabría cuál era la versión que el señor Niven había registrado para sí de aquella escena y de lo que siguió después. Cómo la habría «escrito» él, por así decir. Nunca sabría —pero ésa seguramente no era sino una súbita conjetura generada por el pánico— cuánto *sabía*.

Nunca sabría (ni siquiera a los setenta u ochenta años) hasta qué punto la gente —la gente no escritora— se interesaba por otras vidas. Era un misterio.

Paul Sheringham no se había interesado nunca por ellas. Ella creía tener esa certeza. Y ésa era —había sido— su distinción.

Había salido tan tarde de Upleigh (como ella bien sabía) que, salvo que mediara alguna brujería, o alguna suspensión de las leyes de la física, llegaría tarde a la cita. Ella sabía (aunque jamás se lo contaría a nadie) que no había hecho el menor esfuerzo por darse prisa —más bien todo lo contrario—, pese a que iba a reunirse con su prometida. Sin embargo, había hecho todos los esfuerzos imaginables por acicalarse de forma escrupulosa. También eso lo sabría sólo ella, ya que tras la colisión el coche se incendió y el cuerpo de Paul quedó no sólo destrozado sino calcinado. Se rescataron algunas cosas, sabría, que sugerían cuál era su atuendo y su identidad. Una pitillera con sus iniciales, un anillo de sello. El coche no quedó tan destrozado como para no poder identificarlo como el vehículo que habitualmente conducía (a veces con demasiado brío) Paul Sheringham.

Pero habría llegado a la cita con mucho retraso. Tanto, que la reacción primero tibia y luego más y más desconcertada e indignada y airada de Emma Hobday tal vez se había acabado convirtiendo en una suposición aterradora. Santo Dios: ¡la había dejado plantada! Su «ya casi» marido había escogido aquel día —aquel día maravilloso— para dejarla y darse a la fuga. ¡El estudiante de derecho! Había aprovechado la oportunidad de que la casa se quedaba completamente vacía ¡para… abandonarla! Para desaparecer en el horizonte. Porque no era capaz de enfrentarse —quedaban tan sólo dos semanas— a unirse en matrimonio con su prometida. O a cualquier otra de sus obligaciones inminentes. Y era

ésa su forma monstruosa de anunciarlo.

En resumen, le habían dado unas solemnes calabazas. Y, mientras sabía que tal vez se estaba dejando llevar por su imaginación indignada hasta el punto de ponerse histérica, una parte de sí misma —que conocía a Paul Sheringham— pensaba: Quizá sea muy propio de él.

Y entonces…

Pero tal vez sólo ella, Jane Fairchild, la criada de Beechwood, habría de «escribir» la escena. Emma Hobday no era un personaje de un libro, ¿verdad? Jane no lo había inventado. Y no llegaría a saber nunca cómo lo habría escrito la propia Emma Hobday.

Y entonces… Y entonces la señorita Hobday no pudo quedarse allí sentada, mirando su fino reloj de pulsera mientras a ella la miraban los allí presentes, no. Mientras el estómago le hacía unos ruidos muy desagradables. Pidió que le permitieran usar el teléfono del hotel. Todo era tan inconcebible y embarazoso. Pero ahora ella ocupaba el centro de un mundo que la estaba traicionando, deshaciendo su futuro prefijado. Primero llamó a Upleigh House. No obtuvo respuesta. El timbre del teléfono parecía incluso decir: Esta casa está vacía, no hay nadie en ella, nadie puede oír nada. ¿Qué hacer entonces?

Al final, después de pasearse de un lado a otro mordiéndose los labios, de salir incluso a respirar y a mirar en todas direcciones, de batallar con el pensamiento de que se estaba comportando como una chiflada, llamó a la policía. Tal vez la policía pudiera perseguir —perseguir y capturar— a su prometido en fuga, o dar con alguna otra explicación que al menos la salvara de la ignominia total.

Y entonces, a aquella hora del día, con la información que ya obraba en su poder, a la policía no le quedó otra alternativa que responder a su requerimiento, y sí, al menos salvarla del oprobio.

Y entonces tuvo lugar una terrible y rápida sucesión de llamadas telefónicas. El Hotel Swan de Bollingford atendía ahora a una mujer en estado de *shock* que sin embargo aún podía proporcionar ciertos detalles cruciales. Sí, el George Hotel de Henley. A algunos kilómetros río abajo. Allí es donde habían ido todos; allí es donde estarían ahora.

Si es que al final no habían decidido ir de pícnic. O si, movidos por algún capricho súbito, no surcaban alegremente el Támesis en

una lancha alquilada. Todo encaminado en cualquier caso a celebrar con júbilo el matrimonio inminente, un festejo del que la feliz pareja se había excusado juiciosamente. Si se hubieran avenido a sumarse con docilidad al grupo…

Pero por suerte todos seguían aún en el George; ni siquiera se habían movido de la mesa, y aún daban cuenta de un bizcocho al jerez con frutas.

Y entonces, el día cambió por completo para todos ellos.

Y entonces, el señor Niven volvió solo a casa en el coche, por razones que aún habría de explicar con detenimiento. Aunque no podía deberse —Jane podría haber estado en cualquier otra parte, incluidas las riberas del Támesis, disfrutando de un Domingo de las Madres sin madre— a un deseo de comunicárselo a ella a solas.

—Jane, ¿quieres sentarte?

El único sitio habría sido un asiento del Humber. Como Ethel e Iris aquella mañana en el coche de Paul Sheringham. Pero no iba a desmayarse. Seguía aferrada al manillar de la bicicleta.

Todo hacía suponer que —fuera lo que fuese lo que lo había demorado antes— Paul Sheringham había tratado de minimizar el retraso. Debía de conducir a mucha velocidad. Tomó una carretera secundaria que, aunque más estrecha y sinuosa, suponía un atajo: cruzaba la vía férrea por un puente en lugar de hacerlo por el paso a nivel de la carretera principal, que lo habría detenido en caso de encontrarlo cerrado.

Pero nunca llegó a cruzar esas vías.

Era de dominio público que a veces conducía rápido, pero también que era un buen conocedor de las carreteras locales. Así que sin duda conocía el atajo que acortaba el trayecto hasta Bollingford, y la pronunciada curva hacia la derecha que trazaba la carretera a aproximadamente un kilómetro del puente. Era más bien una esquina, de hecho, que quizá indicaba el punto en que los topógrafos y los terratenientes no se habían puesto de acuerdo un día. Incluso había un gran roble en el vértice: una señal que prevenía del peligro. Y Paul Sheringham se había estrellado contra él.

El sol era radiante; hacía un día espléndido. Era imposible que

no hubiera visto la curva, ni el roble aún sin hojas que se le venía encima. Había, además, señales de tráfico. Y debía de haber tomado esa curva centenares de veces. Tal vez le habían fallado los frenos. El estado en que quedó el coche impidió comprobar ese detalle. Tal vez —dado que no había ningún tráfico en aquel momento— la culpa fuera de algún factor inocuo que resultó fatal, como un animal de granja extraviado. Aunque ¿se estrellaría alguien contra un árbol para evitar un percance, si bien no desdeñable, menos grave?

El informe, e incluso el dictamen oficial de la investigación, concluiría que se trataba de un terrible —un «trágico»— accidente. Y a tal conclusión no se llegó tan sólo por la falta de testigos o pruebas que pudieran abonar otras hipótesis, sino porque era lo que todo el mundo quería creer —en especial los Sheringham y los Hobday, muy bien relacionados con los medios oficiales—. Nadie quería pensar que, dos semanas antes de su boda con la señorita Emma Hobday, y precisamente yendo en su coche a encontrarse con ella, Paul Sheringham se había empotrado contra el tronco de un árbol por cualquier razón distinta de un accidente.

El señor Sheringham padre, en caso de que se lo hubieran preguntado, sin duda habría respondido que dado lo excepcional del día no había nadie en Upleigh cuando su hijo salió de casa y se subió al coche. La cocinera y la criada, habría explicado, estarían cada cual en casa de su madre. Y a la señora Sheringham, al oírlo, le habría dado otro espasmo y le habría retemblado el pecho. El policía desplazado hasta la casa, en fin, pensaría que ya había hecho suficientes preguntas y guardaría el bloc de notas.

Pero ella, Jane Fairchild, no tendría que responder a ninguna pregunta. ¿Por qué debería? No era más que la criada de Beechwood; ni siquiera era la de Upleigh. Ella no había hecho más que irse en su bicicleta, y no se había acercado al lugar del accidente en absoluto (aunque el señor Niven quizá había pensado que sí lo había hecho y por eso se había puesto pálida). Y luego había vuelto a casa, un poco antes de lo que debía.

Y algo que jamás saldría a la luz: mientras se paseaba desnuda por la casa no había oído ningún «ruido sordo» en la lejanía. ¿Habría sido audible la colisión a aquella distancia? Y cuando se asomó por las ventanas no había visto ninguna mancha en el cielo

azul.

Pero sí había oído el teléfono.

El señor Niven no llegó a sostenerla. No entonces. Jane no se desmayó, aunque se puso pálida.

Él lo repitió:

—Lo siento, Jane, siento tener que decirte esto.

¿Y por qué, en aquel momento en que cambiaba el cariz de las cosas, parecía que Jane era otra persona? Era una expresión: «no ser tú mismo». ¿Por qué parecía que podía ser Emma Hobday? ¿O que podía ser la hija del señor Niven (aunque el señor Niven no tenía ninguna hija), que al mismo tiempo era Emma Hobday? ¿O que el señor Niven era el señor Hobday? ¿Que los personajes de esta historia estaban todos mezclados?

¿Por qué parecía que el señor Niven estaba proyectando sobre ella todo un revoltijo de escenas en las que podría haber estado ella, sin que en realidad lo estuviera haciendo? Jane era sólo la sirvienta, y en aquel momento ni eso. ¿Por qué parecía que aquel día y su ahora terrible significado —ya no era en absoluto el Domingo de las Madres— habían desdibujado el orden cotidiano de las cosas entre el señor Niven y ella?

Era como si le estuviera hablando a su esposa.

—Jane. Jane, he dejado a Clarissa, a la señora Niven, con los demás. En Henley. Ha pensado que podría ser de más ayuda si se quedaba con ellos. Por supuesto, Emma, la señorita Hobday, irá en su coche a reunirse con ellos. Si es que está en condiciones de hacerlo. Se ha hablado de si era mejor que fuéramos todos a reunirnos con ella en Bollingford. Está en Bollingford. ¿Lo había dicho ya? O si sería mejor que fuéramos todos a casa de los Hobday. Y ésa es la cuestión, Jane: dónde ha de estar cada uno. Yo he pensado que debía estar aquí, Jane. He pensado que debo estar aquí para…

—¿Sí, señor Niven?

—Para ir a Upleigh.

—¿A Upleigh?

—Sí. Me he parado aquí antes para hablar por teléfono. Acabo de hacerlo. Me estaba yendo. He hablado con Claris…, con la

señora Niven. Siguen en Henley. Pero han decidido ir a reunirse con la señorita Hobday en casa de los Hobday. Ésa ha sido su decisión. Creo que es lo mejor. La señorita Hobday es lo primero. El señor y la señora Sheringham no quieren volver todavía a Upleigh. Aún no. Es comprensible. Yo iré a casa de los Hobday más tarde. Me alegra (bueno, sintiéndolo mucho) poder explicártelo a ti en persona. Pero, Jane, has vuelto muy pronto…

—Pensé, señor…, pero ya no importa. Pensé que podía volver un poco antes a leer mi libro.

—¿Tu libro?

—Sí.

—Bien, si tú… No debo…

—Da igual, señor Niven. Mi libro no importa.

—Alguien debe informar al servicio de Upleigh, ya sabes. El señor Sheringham me ha dicho que tu… colega se llama Ethel. Y que la cocinera se llama Iris.

—Pero…

—Sí, lo sé. Se han ido a ver a sus familias. Como Milly. Pero debe ponérseles cuanto antes al corriente de… las circunstancias. El señor y la señora Sheringham me han dicho, santo Dios, que Paul las llevó a las dos a la estación esta mañana. Pero volverán separadas. Es la… Ethel seguramente primero. Así que debo ir a Upleigh a esperarla. Para informarle de lo que ha pasado.

—¿Y a la estación no, señor?

¿Había vuelto a ponerse pálida?

—Quizá no sea el mejor lugar para hacerlo. En cualquier caso…, ¿cómo decirlo, Jane?…

—¿Decir qué, señor?

—Creo que alguien debe… ver en qué situación está Upleigh. Me refiero al estado en que el señor Paul Sheringham habrá dejado la casa.

—Pero…

—Sí, por supuesto; él se habrá marchado, sin más. Santo Dios, al parecer iba a repasar algunas asignaturas de derecho. Sí, seguro que se ha ido sin más. No hay por qué preguntarse por la situación de la casa. Pero siento que… alguien debería comprobar cómo están las cosas. Para preparar a los Sheringham. O sea, para reconfortarles. Aún no están con ánimo de volver a Upleigh. Sienten que deben

quedarse con la señorita Hobday. Pero imagínate, Jane. Imagínatelo. El estado de su… Me he ofrecido a hacer lo que acabo de decirte. Ver cómo están las cosas en Upleigh. Dicen que seguramente cuando él…, cuando el señor Paul se fue, y la casa quedó vacía, dejó una llave debajo de la figura de piedra (una piña, han dicho) de la entrada. La señora Sheringham ha dicho «una piña de piedra». Junto al porche delantero. Así que…

—¿Así que…?

—Tengo que ir a Upleigh. A esperar a Ethel. Y a ver cómo está…

El señor Niven no parecía del todo preparado para la tarea de la que se había comprometido a ocuparse. Se aclaró la garganta con dificultad.

—Jane…, ¿puedo pedirte algo?

—¿Pedirme qué, señor Niven?

Seguía agarrando con fuerza el manillar de la bicicleta. Cayó en la cuenta de que incluso estaba apretando las palancas de los frenos, pese a estar de pie junto a la bicicleta y completamente quieta.

—Si podrías acompañarme.

—¿Ir con usted, señor?

—Por supuesto me doy cuenta de que aún es tu día libre. Si quieres, Jane…, si lo que quieres es leer tu libro…

—*Su* libro, señor Niven.

No tenía la menor idea de por qué le había corregido.

—Sí, claro.

Una mueca fugaz cruzó su semblante, como si el comienzo de una sonrisa se hubiera convertido en otra cosa.

¿Iba a echarse a llorar? No era su hijo. No era más que un vecino con quien tenía cierta relación.

—Sí, señor. Iré con usted.

—Te lo agradezco, Jane. Es muy amable de tu parte. Supongo que no has estado nunca en la casa de Upleigh…

—¿Le importaría, señor Niven, que antes entrara un momento a beber un vaso de agua?

—No, claro que no. Perdóname. Todo esto es tan duro de encajar… ¡Y te has pasado todo el día pedaleando! Sí, sí, por supuesto, necesitas recobrar la calma, refrescarte. Perdóname, Jane. Estaré aquí, junto al coche, cuando vuelvas.

Y quizá aquellos cinco minutos más o menos lo cambiaron todo. ¿Cuándo había sucedido antes algo parecido: que el señor Niven la esperara a *ella*? Y que al salir incluso le abriera la portezuela (con el panel interior de cuero) para que montara en el Humber. Pensó de nuevo en Ethel y en Iris.

Dentro de la casa —volvía a estar dentro de una casa vacía— sintió, durante unos instantes, que se le humedecían las mejillas; luego se empapó la cara con agua fría a conciencia. Quizá hasta tuvo que ahogar un grito.

Fueron en coche a Upleigh. No era un trayecto largo. Pero el señor Niven condujo muy lentamente, con sumo cuidado, como si se dirigiera a una cita a la que no le apeteciera acudir. Se les hacía difícil hablar. Sí, se sentía como Ethel. Podría haber sido Ethel.

Y resultó que Ethel se les había adelantado. La dócil y cumplidora Ethel, al parecer incapaz de disfrutar de su día de asueto completo, había decidido volver para prepararles el té a los Sheringham, en caso de que regresaran a tiempo. El «día» libre con su madre debió de ser cuestión de un par de horas, y quizá, por razones personales, había preferido no prolongarlas ni un minuto más. Habría llegado en el tren de las 15.42, y habría ido a Upleigh caminando (un kilómetro y medio aproximadamente). Había atajos en los campos. El sol habría ido adquiriendo una tonalidad dorada oscura. Brotarían las prímulas. Brincarían los conejos. La ágil Ethel apenas habría tardado veinte minutos. Y habrían sido quizá los veinte minutos mejores de su Domingo de las Madres.

Ya en el camino de entrada, entre los tilos, Jane se había percatado de la señal inequívoca: la ventana de arriba. Una señal inequívoca sólo para ella. Estaba cerrada. Alguien la había cerrado. ¿Quién sino Ethel? Ethel había estado en el dormitorio y había cerrado la ventana.

Así que había dejado escapar un gritito ahogado —aunque audible para el señor Niven— mientras subían por el camino de entrada. Y el señor Niven lo había tomado quizá como una expresión de congoja, ya que sin duda ambos estaban pensando —si bien de forma diferente— en cómo Paul Sheringham habría bajado por aquel mismo camino apenas unas horas antes, en dirección contraria. Por última vez. Y el señor Niven había dicho, innecesariamente:

—Sí, es terrible, Jane.

Y aunque *sí* había sido un grito ahogado de congoja, era asimismo un pequeño grito de alivio. Y con ello no traicionaba nada.

El sol no daba ya en la fachada de la casa ni en la grava. Cuando se bajaron del coche notaron incluso que el aire era frío, tras el calor del mediodía. Y mientras el señor Niven buscaba «la cosa esa en forma de piña» y Jane se reprimía para no señalarla de inmediato o decir algo, Ethel abrió de pronto la puerta, como solía hacer con naturalidad siempre que se presentaba alguna visita. Incluso puede que pensara, al oír el ruido del motor desde dentro de la casa, que eran el señor y la señora Sheringham que regresaban. Y allí estaba Ethel en el porche, surgida de improviso, con un sorprendente aire de estar a cargo de —de proteger— todo el caserón de Upleigh.

Y ella, al ver que Ethel abría la puerta, había pensado instintivamente en la última vez que la había visto abriéndose.

—¿Señor Niven…? —había dicho al cabo Ethel, con una mezcla de sorpresa y compostura que no había abordado aún el enigma de por qué el señor Niven se presentaba allí con Jane… (¿cómo era su apellido?), la criada de Beechwood.

¿Es que aquel día se les daba un paseo en coche a todas las criadas?

El señor Niven dijo:

—Tú eres Ethel, ¿no?

Lo cual también sonaba extraño.

Así pues, no habían tenido que esperar a Ethel. Más tarde Jane procuraría imaginar cómo habría sido todo si hubieran llegado antes que ella. Pero todo el proceso de informarla tuvo lugar en el porche principal, ya que Ethel no aceptó la sugerencia de entrar en la casa a sentarse; no del señor Niven, que no era su patrón, por mucho que su actitud mostrara a las claras que estaba a punto de revelar algo realmente terrible. ¿Y habría pretendido acaso que aquella criada de Beechwood también entrara a sentarse?

Ethel, de hecho, cambió de golpe. O quizá dejó aflorar su verdadero ser. Jane nunca sabría si su idea de Ethel (e incluso la del

propio Paul Sheringham) no había sido errónea desde el principio.

Los ojos de Ethel, mientras el señor Niven volvía a batallar con las palabras, habían taladrado de pronto los de Jane, como si ella, Ethel Bligh, lo supiera todo. Aunque también era posible que le estuvieran diciendo, con la misma seguridad y firmeza: «Nosotras las sirvientas debemos estar juntas, ¿no crees?, y saber cuál es nuestro lugar en el mundo».

Su cambio de expresión, en cualquier caso, fue mucho más allá de la mera perplejidad. «¿Y qué estás haciendo *tú* aquí? ¿Qué haces confraternizando con tu patrón?».

Alcanzó a vislumbrar, detrás de Ethel, a través del vestíbulo y de las sombras del pasillo, la mesa y el bol con las orquídeas blancas. En cierto modo parecía increíble que siguieran allí.

—Tengo algo muy penoso que decirte, Ethel —empezó el señor Niven—. ¿Me permites llamarte Ethel?

—Sí, señor.

Y el señor Niven informó a Ethel. Y ella se quedó allí plantada, cual inflexible defensora del porche principal, como si estuviera absolutamente decidida, ahora que tanto infortunio había caído sobre aquella casa, a repeler cualquier ulterior asalto a ella. El señor Niven, que seguía abajo, en el camino de grava, pareció acobardarse ante aquella autoridad repentina.

—Pues me alegro, señor Niven, de haber vuelto antes de tiempo, porque así podré ayudar. Debo de haber presentido que algo no iba bien. Que podían necesitarme. El señor y la señora Sheringham… tienen que estar destrozados. Deben de estar tan desconsolados de nuevo… —Ethel añadió con absoluta deliberación lo de «de nuevo»—. Estaré aquí cuando vuelvan. Informaré a la cocinera en cuanto llegue. Responderé a todas las llamadas telefónicas, y también las haré, si es necesario.

—Ethel…

Pero Ethel siguió hablando, tal vez en un claro desafío a la norma de hablar sólo cuando se le preguntaba.

—Ya lo he ordenado todo. He ordenado el cuarto del señor Paul…

—A eso me refiero exactamente, Ethel.

—¿A qué se refiere, señor Niven?

—Necesito preguntarle… Estoy aquí para saber si… —El señor

Niven vaciló—. ¿Ha encontrado usted algo… en el cuarto del señor Paul?

—¿Algo? No sé a qué se refiere, señor Niven.

—A algo… como una nota, Ethel. Algún escrito.

—No, señor, no he encontrado ningún escrito. Y si hubiera encontrado algún escrito, no lo habría leído. —Por su expresión, Ethel casi parecía que iba a añadir un cortante «¿Eso es todo, señor?». O incluso un «Y, de ser así, ¿sería de su incumbencia, señor?».

—Entonces… Está bien, Ethel. Está… bien.

—¿Está *usted* bien, señor? ¿Necesita tomar una taza de té o algo?

—No, gracias, Ethel. ¿Estás *tú* bien? ¿Necesitas… que te hagamos compañía? ¿O la compañía de Jane?

Era una posibilidad para la que ella, la criada de Beechwood, no estaba preparada, así que esperó, resignada, a que Ethel estudiara el ofrecimiento.

—No, señor. Puedo arreglármelas sola, gracias.

Pero Ethel dijo esto último sin mirar al señor Niven, sino mirando directa y fijamente a su «homóloga».

Y su mirada era como la mirada del más severo y más comprensivo de los padres.

Así pues, nunca sabría muchas cosas. Pero supo entonces que, para cuando los Sheringham volvieran a casa, Ethel ciertamente habría «adecentado» a conciencia el dormitorio del señorito Paul. Los pantalones echados a un lado, la ropa de cama. Habría cambiado las sábanas (aunque, Ethel debió de caer en ello más tarde, nadie volvería a dormir en ellas) y las habría metido en el cesto de la ropa sucia, a la espera de la colada del lunes. Habría recogido y limpiado —como simple deferencia para con Iris la cocinera— la mesa de la cocina. Y todo habría vuelto a estar como debía. Aunque todo era diferente.

Y Ethel un día acabaría encarnando a otro personaje menor (y no tan menor) en *Si la verdad se supiera*. Se vería convertida en ficción y (aunque sólo la autora lo sabría) honrada por ella. No se llamaría Ethel (se llamaría Edith), o no se parecería a Ethel, o no sería siquiera una sirvienta, sino uno de esos personajes que existen,

al parecer, en la periferia de las cosas y que no obstante lo saben todo. Uno de esos personajes cuyo «carácter» real la mayoría de las veces resulta insospechado y pasa inadvertido. Pero para entonces ésa era una verdad general que ella, la autora, sabía que era de obligada aplicación en la creación de seres de ficción, al igual que era una verdad general en la vida y en los individuos.

Pero nunca sabría exactamente cuánto había llegado a saber Ethel. Y nunca sabría lo que Ethel hizo o pensó o imaginó o sintió cuando volvió a quedarse a solas en la casa, en el ínterin hasta la llegada de los Sheringham (y de Iris la cocinera) y, en su momento, la aparición de la policía, que la sometería a un cuestionario de rutina.

Ella difícilmente habría escrito una nota de agradecimiento para su madre.

Volvieron en el coche. El sol se estaba poniendo e iba adquiriendo una tonalidad anaranjada. La tarde llegaba a su fin. Y refrescaba. Sólo era marzo. Ethel también encendería algún fuego (entre otras tareas). Lo que había que hacer en tales circunstancias era mantener las chimeneas encendidas. Como ella haría muy pronto, cuando volviera a ser la criada de Beechwood.

¿Y qué era ahora, en aquel momento?

El señor Niven, al cabo de un largo silencio, dijo:

—Siento haberte privado de tu lectura, Jane. Siento mucho haber empleado tu tiempo. ¿Qué libro estás leyendo? No me acuerdo.

—No se preocupe, señor. No importa.

Estaba sentada a su lado, en el asiento del acompañante, donde se sentaba la señora Niven cuando conducía su marido. Intentaba con todas sus fuerzas no llorar y mantener la compostura.

Si el señor Niven al menos hubiera dicho: «Tienes que tomarte la noche libre. Y darte un largo baño caliente». Pero las criadas nunca se daban largos baños calientes, ni sus señores les concedían noches extras, sobre todo cuando acababan de disfrutar del día libre reglamentario. Al cabo de un rato tendría que volver a sus obligaciones. Tendría que ser como mínimo tan fuerte como Ethel.

La noche en ciernes, la luz de un tono albaricoque, el mundo de

un oro verde vaporoso…, todo increíblemente bello.

Al cabo de otro silencio largo, el señor Niven dijo:

—Todos, Jane. Los cinco…

Sabía a qué se refería. Sabía exactamente a qué se refería. Pero dijo «Sí, señor» en el tono en que las criadas se limitaban a articular esas palabras para expresar su conformidad general con todo.

Luego, de pronto, una vez hubo frenado en la explanada principal de Beechwood y hubo apagado el motor, el señor Niven se inclinó hacia ella y, como un niño, se echó a llorar —a sollozar ruidosamente— apretándole la cabeza, la cara contra los pechos, de forma que Jane pensó en el momento —¿había sido esa misma tarde?— en que ella los había apretado contra las páginas abiertas de un libro.

—Lo siento tanto, Jane. Lo siento tanto… —dijo el señor Niven, aún con la cara pegada a sus pechos. Y ella, acunándole la nuca de forma involuntaria e instintiva, dijo:

—Está bien, señor Niven. Está bien…

El libro se titulaba *Juventud*; el libro que podría haber estado leyendo en el banco del jardín, o que podría haber mencionado cuando el señor Niven se lo había preguntado. Podría haberse limitado a pronunciar la extraña palabra «juventud».

O, más bien, se titulaba *Juventud, una narración; y otras dos historias*. Título torpe, poco atractivo, confuso. Era el único libro de Joseph Conrad que había en la biblioteca de Beechwood, y la narración titulada «Juventud» fue lo primero que encontró en él, un buen texto con el que empezar, dado que, como llegaría a saber más tarde, se basaba libremente en las experiencias tempranas de Conrad y en su primer encuentro (sabría también que escribió sobre ello con frecuencia) con algo —una visión, una promesa, un hecho, una ilusión— llamado «Oriente».

Era, en todo caso, lo que acababa de empezar aquel Domingo de las Madres. Si su día se hubiera desarrollado con normalidad, si el teléfono no hubiera sonado, podría fácilmente haberlo terminado en una esquina soleada de Berkshire, o incluso en el jardín de Beechwood. Podría incluso haber seguido leyendo los otros relatos del libro. Uno de ellos se titulaba «El corazón de las tinieblas», y

(dado lo acontecido aquel Domingo de las Madres) habría de pasar mucho tiempo hasta que se decidió a leerlo, si bien sabía que había descubierto en Joseph Conrad a un escritor importante. (Tal vez la había disuadido su título).

Sabía que Conrad era diferente de todo lo que había leído antes, pero percibía también que había cosas para las que ella aún no estaba preparada. Era un poco como leer *La isla del tesoro* y *Secuestrado* pero no querer leer aún *El doctor Jekyll y el señor Hyde*.

Le gustaba la palabra «narración»; era una palabra sobria, de sonido fiable, pero no entendía por qué una cosa debía llamarse «narración» y otras simplemente «historias». La palabra que más le gustaba en aquella época era «cuento»: le alegró mucho descubrir que Conrad también la prefería a menudo. Había algo más tentador en el hecho de llamar a un escrito «cuento» y no «historia», pero tenía que ver quizá con la sugerencia de que lo que se contaba acaso no era del todo verdad, de que acaso entrañaba una mayor carga de invención.

En relación con esas palabras —cuento, historia, incluso narración— había una suerte de controversia, siempre presente en segundo plano, sobre la cuestión de la verdad, y podía resultar difícil precisar cuánto de verdad había en cada una de ellas. Estaba también la palabra «ficción» —un día llegaría a ser para ella el ingrediente prioritario—, que parecía desdeñar la verdad casi por completo. ¡Algo totalmente ficticio! Sin embargo, algo clara y totalmente ficticio también podía contener —y ahí residía el quid de la cuestión y su misterio— cierta verdad. Cuando hubo leído los tres relatos, sintió que podía afirmar que *El doctor Jekyll y míster Hyde* «contenía» más verdad que *La isla del tesoro* o *Secuestrado*. Aunque alguna gente opinaría que *El doctor Jekyll y míster Hyde* era el más extraño y sin duda el más aterrador de los tres.

«Contar cuentos» podía significar urdir absolutas mentiras. Como «inventar historias». De hecho era posible que «cuento» fuera la palabra mejor para referirse a los libros de aventuras por los que se había sentido atraída desde el principio en la biblioteca de Beechwood, y no habría tenido el menor sentido preguntarse si tales libros eran veraces o no. Eran cuentos. En la palabra «cuento» había un regusto salado a hombres y a mar. Y muchos de los «libros para chicos» que había leído trataban, de un modo u otro, de hacerse a la

mar —un viaje, una tierra desconocida—, como si ésa fuera la esencia de la aventura y lo que todos los chicos querrían hacer… Y ahí estaba Joseph Conrad, que encajaba a la perfección con cualquiera de esos chicos.

Y le gustaba la palabra «juventud». O, mejor, se le antojaba un desafío, ya que a primera vista no parecía el título de un cuento, historia o narración…, o aventura. Parecía más bien una idea. Pero cuando hojeó «Juventud» en la biblioteca de Beechwood lo encontró lleno de los temas marineros y de cuento con los que ya estaba familiarizada. Tal vez era lo que uno de los chicos —o a la sazón hombres jóvenes— de los Niven había pensado también, aunque era obvio que no había llegado muy lejos en su lectura del libro, si es que había leído algo de él. A diferencia de otros libros de la estantería giratoria, ése parecía aún limpio y nuevo. Llevaba incluso una inscripción en tinta azul oscura, «J. Niven, oct. 1915», de aspecto tan fresco que parecía escrita el día anterior. Y quizá ésa fue otra de las razones por las que lo eligió.

A Conrad, sintió enseguida, se le podía considerar «un autor provocador». «El corazón de las tinieblas»… Tal vez J. Niven había pensado lo mismo. «Un autor provocador» no era una expresión que formara parte de su vocabulario para juzgar a los escritores, y ciertamente no imaginaba que un día la emplearían para definirla a ella. La tomaría, llegado el caso, como una frase elogiosa, pero por supuesto había gente que la utilizaba como crítica. Era otra forma de decir «desagradable». Bueno, allá ellos…

—Conrad —solía decir, cuando respondía una vez más a aquellas preguntas repetidas y tediosas—. Oh, Conrad… Era único.

Como si hablara de alguien a quien había conocido. Lo cual, en cierto sentido, era cierto.

—Oh, Conrad… Hubo un tiempo en que me encantaba todo eso de los navegantes.

—Pero es un autor para hombres, ¿no cree?

—¿Y?…

La otra razón por la que le gustaba la palabra «juventud» era que, obviamente, era algo que ella tenía, entonces. Era una «joven». Aunque de alguna manera «joven», como «cuento», tenía un

fortísimo sesgo masculino. «Joven» se ajustaba bien a hombre, pero ¿a mujer? Pero todo tenía un sesgo masculino en 1924.

En cualquier caso, la palabra «juventud», en tanto parecía poseer cierta cualidad elástica, suscitaba una controversia sobre dónde empezaba y dónde se convertía en algo diferente. Pero sin duda se seguía siendo joven a los veintidós años. Y en 1924 hasta el siglo seguía siéndolo… Aunque, de hecho, eso no era cierto. «Juventud» —grandes parcelas de ella— era lo que el siglo había perdido…

Y sí, por supuesto, en 1924 Conrad probablemente ya no estaba de moda; se había quedado anticuado. ¿Barcos de vela? ¿El Oriente exótico? ¿Es que no sabía lo que le había ocurrido al mundo?

Pero era en verdad el único. La noche del Domingo de las Madres de 1924, cuando, por razones de peso, Jane se sentía absolutamente incapaz de conciliar el sueño o de descansar, volvió a coger «Juventud» de Joseph Conrad. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Llorar? ¿Y volver a llorar? En su pequeño lecho de tablas. La gente leía libros, ¿no?, para huir de sí misma, para escapar de los problemas de la vida.

Y era y no era una historia de aventuras. Era diferente; tenía algo especial. Era sobre cinco hombres viejos y hoscos sentados alrededor de una mesa contando cuentos que habían hecho con su vida cosas diversas, pero que todos, en su juventud, habían estado alguna vez en la mar. Veía a aquellos hombres en aquella mesa, veía sus caras llenas de arrugas. Uno de ellos se llamaba Marlow, y contaba su historia. No era en realidad una historia de aventuras. En absoluto. Era sobre un viejo barco panzudo que siempre tenía mala suerte, que nunca se alejaba mucho de las aguas turbias del puerto, pero que un día, al final de la historia, que era también una especie de comienzo, conseguía llegar a… Oriente.

Cuando terminó *Juventud y otras historias* (incluso había conseguido leer «El corazón de las tinieblas», relato realmente provocador y sin duda distinto a todo lo que había leído hasta entonces), supo que tenía que leer otras obras de Conrad, y escribió a una librería de Reading que enviaba libros por correo. Aún tenía

la media corona que le había dado el señor Niven, y otras medias coronas que había ahorrado. Puso un giro postal en el pueblo. Y esa manera emprendedora de entablar relación con una librería tal vez le hizo pensar: «Una librería, una librería…»

Compró un libro titulado *Lord Jim*, que no era muy distinto de *Juventud* pero sí mucho más largo…, y también provocador. Un «relato», rezaba la cubierta. Trataba de nuevo del hombre llamado Marlow, y el lector sentía la tentación de pensar que el tal Marlow era el propio Conrad de incógnito. Luego compró un libro titulado *El agente secreto*, que era completamente distinto, ya que no se desarrollaba en Oriente ni tenía nada que ver con los barcos, sino que estaba ambientado en las mugrientas calles de Londres, si bien sin perder ese halo de territorio desconocido y potencialmente peligroso que, de haber tenido ella ya el término en su vocabulario, habría calificado de «conradiano».

En esa época pensaba que el propio Conrad debía de ser una especie de agente secreto que se deslizaba entre varios mundos. Y mucho después pensaría y a veces diría que todos los escritores eran agentes secretos. Pero lo cierto era quizá —aunque eso no lo diría nunca— que todos somos agentes secretos, que es eso lo que somos en realidad.

El caso es que para cuando leyó *El agente secreto*, y por descabellado que pudiera parecer, ya albergaba el deseo secreto de convertirse en escritora. Y no era extraño en ella tener secretos.

No era su nombre real —el de Conrad—, descubrió Jane, ya que en realidad era polaco. Así que tenía un nombre un poco como el de ella. Tampoco era un seudónimo; era, sencillamente, su nombre «inglés». Pero lo extraordinario, lo verdaderamente asombroso de Joseph Conrad era que para escribir todos sus libros no sólo tuvo que aprender a escribir, sino que tuvo que aprender a escribir en una *lengua completamente nueva*. Era algo casi increíble. Era como haber cruzado una barrera imposible —infranqueable—, y Jane sentía que acaso era eso lo más grande, el mayor logro y la aventura más real, más grande incluso que haber realizado todos aquellos viajes en su juventud, más emocionante incluso que haber llegado a Oriente.

Y eso era lo que tenía que hacer ella para convertirse en escritora: cruzar esa barrera imposible. Y también ella —era algo

que llegaría a entender— tendría que encontrar una lengua, pese a *tener* ya una lengua, ya que encontrar una lengua, encontrar *la* lengua, era —llegaría a entender— lo que en verdad era escribir. Pero raras veces diría estas cosas en las entrevistas. Eran temas demasiado delicados.

—Conrad…, oh, sí… Tenía algo especial —decía, como si estuviera hablando de algún amante del pasado.

Y, a decir verdad, en sus últimos meses en Beechwood, antes de «ir a Oxford», se le antojó emocionante saber que Joseph Conrad, que había nacido en Polonia y había surcado los mares, aún vivía, no demasiado lejos de allí, en algún rincón de Inglaterra. Una emoción que, aunque había vivido para sentirla, no habría de durar mucho, porque una mañana de agosto de 1924 —la noticia le causó un súbito *shock* íntimo— leyó en el periódico, antes de plegarlo y aplanarlo para ponerlo en la mesa del desayuno del señor Niven, que Joseph Conrad había muerto.

Y, a decir verdad (aunque ella nunca lo diría en las entrevistas, ni a nadie en absoluto), las fotografías que había visto de Joseph Conrad —del Conrad de los últimos tiempos— habían hecho que se enamorara de él. La gravedad, la barba, la expresión de los ojos, que parecían estar viendo algo muy lejano y a un tiempo muy profundo… Incluso había llegado a imaginar cómo sería estar en la cama con él, estar tendida a su lado, sin hablar… Un Conrad desnudo, viejo. Y ambos mirando hacia arriba, contemplando cómo el humo de sus cigarrillos se alzaba en el aire, se mezclaba bajo el techo, como si entrañara alguna verdad más grande que la que ninguno de los dos podría llegar a expresar con palabras.

El primer soplo de Oriente en mi cara. Nunca lo podré olvidar.

Se convertiría en escritora. Escribiría libros. Escribiría diecinueve novelas. Llegaría a ser incluso una «escritora moderna». Aunque ¿cuánto tiempo sigue siendo «moderno» un escritor? Era como la palabra «joven». ¿Y en eso, en suma, era en lo que estribaba la escritura: en la modernidad? Conocería tiempos y cambios, y escribiría sobre ellos. Viviría más de noventa años, casi cien, y en sus últimos años, cuando poseía ya una vena definitivamente traviesa, y la sacaban a escena una vez más en su

silla de ruedas —«Jane Fairchild a los ochenta años», «Jane Fairchild a los noventa»— mencionaría nombres de escritores del pasado como si…, «érase una vez», hubieran sido realmente amigos suyos.

Todas las escenas. Todas las reales y todas las de los libros. Y todas las que en cierto modo se hallaban en medio, porque se ceñían a lo que uno lograba imaginar y visualizar de la gente real. Como cuando intentaba visualizar a su madre. O sólo lo que uno alcanzaba a suponer que podría haber sido verdad si las cosas un día, hace mucho tiempo, no hubieran tomado un rumbo diferente. Podría haberse ido con él; podría haberse arreglado todo de un modo mágico; estar de pie pegada a él, junto a la valla, en el frío del amanecer, mientras el sol desplegaba grandes y ardientes mantos sobre las colinas, mientras Fandango se acercaba cabalgando, con las ventanas del hocico henchidas, expeliendo vaho, y los cascos batiendo la tierra. Podría haberlo entendido, y haberlo sabido para siempre. ¿La cuarta pata? La cuarta pata era *suya*.

En sus libros contaría muchas historias. En sus últimos y negligentes años, empezaría incluso a contar historias sobre su propia vida, de tal suerte que el lector nunca sabría del todo si eran ciertas o inventadas. Pero había una historia que no contaría jamás. En ciertas cosas se mantendría tan impecablemente callada como Ethel (que había llegado a ser Edith, al cabo). Tan silente, suponía, como se habría mostrado Joseph Conrad, pese a su talento de fabulador, sobre ciertas cosas, tendido junto a ella cual una maravillosa cáscara vacía de varón humano.

Contar historias, contar cuentos. Siempre con la insinuación de que traficas con mentiras. Pero para ella no sería nunca otra cosa que la tarea de llegar a la médula, al meollo, al corazón, al núcleo, al fondo: la empresa de contar la verdad. Había sido también, a su modo, el empeño de Donald. Pobre Donald… La vida se lo había arrebatado cuarenta, cincuenta años atrás.

Ya estaba bien de entrevistas y de sus tonterías y triquiñuelas. ¿Qué era exactamente, entonces, lo de contar la verdad? ¡Los lectores quieren siempre que hasta la explicación se explique! Y cualquier escritor que se precie los engatusará, los azuzará, se los llevará al huerto. ¿No era lo bastante obvio? Se trataba de ser fiel a

la verdadera materia de la vida, se trataba de intentar capturar, aunque jamás se logre, la percepción misma de estar vivo. Se trataba de encontrar una lengua. Y se trataba de ser fiel al hecho —una cosa se seguía de la otra— de que en la vida hay muchas cosas —muchas más de las que pensamos, ay— que no pueden explicarse.

GRAHAM SWIFT (Londres, 1949). Se licenció en Literatura Inglesa en el Dulwich College, con un máster en el
Queen's
College de Cambridge y un doctorado en la Universidad de York, que no concluyó, por dedicarse a la escritura. Fue profesor durante algún tiempo en Grecia, y en varios colegios ingleses.

Recibió las bendiciones de la crítica por *Sweet-Shop Owner* (1980) y *El volante* (1982), sus dos primeras novelas, aunque fue gracias a la repercusión que tuvo *El país del agua* (*Waterland*, 1983), que pudo empezar a mantenerse económicamente como escritor desde mediados de los ochenta.

Sus novelas han ganado distintos premios prestigiosos como el Booker Prize y el premio al mejor libro extranjero en Francia. Algunas de sus obras han sido llevadas al cine.

Notas

[1] Dos chelines y seis peniques (dos chelines y medio o media corona). *(N. del T.)* <<

[2] *A maid…, and yes, a maid*: «Una criada…, y sí, virgen». Juego de palabras con las dos acepciones de *maid*: «criada» y «virgen (doncella)». En castellano «doncella» tiene también ambas acepciones. *(N. del T.)* < <

[3] Nombre que se da en algunos países de Europa al diafragma. *(N. del T.)* <<

[4] Hay un juego de cuasihomofonía entre *emissions* («emisiones, poluciones») y *omissions* («omisiones»). *(N. del T.)* <<

[5] Literalmente, «niño hermoso». *(N. del T.)* <<

[6] Expósito. *(N. del T.)* <<

[7] *Birthright* es «derechos de nacimiento, derechos inalienables, derechos naturales…» y «primogenitura». *(N. del T.)* < <

[8] Fardo. *(N. del T.)* <<

[9] En inglés hay cierta homofonía entre *orchid*, «orquídea», y *orphan*, «huérfana», la palabra que no acierta a usar Milly. *(N. del T.)* <<

[10] *Cook* es «cocinero-a», además de un apellido. *(N. del T.)* < <